

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LIX- Núms. 851-852
Mayo-Junio 2002

Edita:
Fundación Ramon Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º
Tel. y Fax 93 317 47 33
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es



100 años del
Templo Nacional
Expiatorio del
Tibidabo

50 años del
Congreso
Eucarístico
Internacional
de Barcelona

100 años
del Santuario de
San José
de la Montaña

Sumario: pág. 2

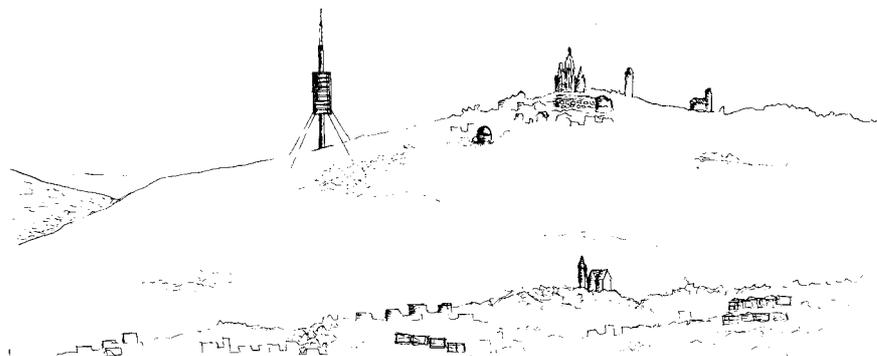
L'alt Tibidabo és la superba acròpolis que vetlla la ciutat

... cimes que et coronen,
gegants de la marina dels de muntanya al peu,
que fermes de l'un a l'altre les aspres mans se donen,
formant a tes espatlles un altre Pirineu.

Amb Montalegre encaixa Noupins; amb Finestrelles,
Olorda; amb Collcerola, Carmel i Guinardons;
los llits dels rius que segueixen eix mur són les portelles;
Garraf, Sant Pere Màrtir i Montgat, los torreons.

L'alt Tibidabo, roure que sos plançons domina,
és la superba acròpolis que vetlla la ciutat;
l'agut Montcada, un ferro de llança gegantina
que una nissaga d'hèroes clavada allí ha deixat.

JACINT VERDAGUER: *A Barcelona*



Sumario

A los 100 años de la primera piedra del Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo	3
«El Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo se alzará allí como un faro». Pastoral del cardenal Casañas	5
En la cumbre del Tibidabo. Crónica de <i>La Vanguardia</i> del 29 de diciembre de 1902	7
El Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo: una realidad y un símbolo <i>Luis M^a Ortiz, S.I.</i>	8
Nuestro Montmartre <i>Félix Sardá y Salvany</i>	13
«Trabajad para que el Tibidabo sea el centro de gran reparación». Recomendaciones a los salesianos de Don Felipe M ^a Rinaldi	16
1952: XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona	17
Mensaje del papa Pío XII a los participantes en el Congreso Eucarístico	18
Recordando el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de 1952 <i>Francisco Muñoz Alarcón, can.</i>	20
Barcelona a los pies de la Eucaristía <i>Gerardo Manresa Presas</i>	22
Crónica del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona <i>Himmanu-Hel [José Oriol Cuffí Canadell]</i>	25
Centenario de la inauguración del santuario de San José de la Montaña, en Barcelona	30
Madre Petra, apóstol josefino del siglo XIX <i>Francisco Canals Vidal</i>	31
«Como obispo de Barcelona, doy gracias a Dios por el foco de devoción josefina que ha sido y es este santuario». Homilía del cardenal Ricard Maria Carles	34
El Espíritu Santo y la Santísima Virgen <i>José M^a Petit Sullá</i>	36
Recrear la figura del hombre <i>Anselmo A. Navarrete, OSB</i>	41
Mis recuerdos del padre Orlandis. Su relación con el padre Ignasi Casanovas y su obra. <i>Francisco Canals Vidal</i>	47
La Santa Sede distingue la fecunda labor de Francisco Canals Vidal en su servicio al bien e incremento de la Iglesia	50
In memoriam. P. Armando Bandera González, OP (3-V-1920 - 1-IV-2002) <i>Juan José Gallego, OP</i>	51
A continuación, nuestra secciones habituales	

RAZÓN DEL NÚMERO

Tres aniversarios

CONMEMORAMOS en nuestras páginas tres aniversarios de gran resonancia religiosa, que dejaron una huella profunda en la ciudad de Barcelona y cuyo recuerdo es fuente de esperanza y motivo de acción de gracias.

En diciembre de 1902 el cardenal Casañas bendecía la colocación de la primera piedra de lo que iba a ser la realización de la profecía de Don Bosco: «*En el Tibidabo se construirá un templo que dará mucha gloria a Dios*». Hoy, este santuario, regido por la congregación salesiana, es una de las realidades religiosas más importantes de nuestra ciudad: centro de difusión de la devoción al Corazón de Jesús, especialmente a través de la consagración de las familias; centro eucarístico donde hombres y mujeres se turnan día y noche delante del Santísimo haciendo posible que el Tibidabo sea uno de los pocos lugares del mundo en donde se hace adoración perpetua a la Eucaristía. A la luz de todo ello, podemos considerar con qué abundancia se ha ido realizando a lo largo de los años la profecía de don Bosco.

El 20 de abril de este mismo año de 1902 se inauguraba el santuario de San José de la Montaña de Barcelona, con su obra social adjunta. Desde sus orígenes, la Congregación de Madres de los Desamparados, fundada por la beata Madre Petra, se ha encargado de la atención a los niños y de mantener viva la devoción a san José en este santuario singular, el más atractivo y universal después del Oratorio de Montreal. Su presencia popular desborda a la misma ciudad y la devoción josefina se extiende desde aquí hacia toda España e Hispanoamérica. Finalmente, también nos hacemos eco de aquel grandioso acontecimiento espiritual que dejó una huella imborrable en todos cuanto lo vivieron. Nos referimos al XXXV Congreso Eucarístico Internacional, que se celebró en nuestra ciudad del 27 de mayo al 1 de junio de 1952. La elección de Barcelona como sede del Congreso fue debida a la tenacidad del obispo Gregorio Modrego, que logró vencer reticencias y dudas provenientes de distintas instancias, que no consideraban prudente la realización del Congreso en Barcelona, dadas las circunstancias de Europa y de España. Fue un estallido de devoción, de fe y de piedad eucarística que asombró a propios y extraños y una vez más Barcelona, ciudad que en tantos aspectos podríamos calificar de babilónica, muestra este semblante misterioso de fe resplandeciente, que surge de sus entrañas como un signo providencial de los planes que Dios tiene sobre ella.

Tibidabo, San José de la Montaña, Congreso Eucarístico Internacional, tres llamadas que con motivo de los respectivos aniversarios son para todos motivo para renovar nuestra esperanza confiada en la promesa del Corazón de Jesús al padre Hoyos: «*Reinaré en España con especial predilección*».

A los 100 años de la primera piedra del Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo

EN una escritura notarial fechada el 30 de enero de 1876 consta que doce caballeros compraron dos fincas «en la cúspide del Tibidabo» con una extensión global de 26.930 metros cuadrados, «junto con una casita, hoy día derruida, dentro de dicha pieza de tierra, viña y bosque».

Diez años después visitaba Barcelona san Juan Bosco. Venía a consolidar las Escuelas Profesionales de Sarriá, fundadas dos años antes, y a conseguir ayudas para el Templo del Sagrado Corazón de Jesús que, por encargo del Papa, estaba construyendo en Roma.

Esta noticia sugirió a los doce caballeros que había llegado el momento de cumplir su compromiso de reservar la cima del Tibidabo para el culto cristiano. Aquel sacerdote con fama de santo, que afrontaba la responsabilidad de una construcción en Roma, bien podría, ayudado por sus hijos, los salesianos, llevar a término algo semejante en Barcelona.

Por este motivo, el 5 de mayo de 1886, cuando Don Bosco iba agradecer a la Virgen de la Merced los bienes reportados con su visita, recibió de los propietarios un pergamino que decía: «Para perpetuar el recuerdo de vuestra visita a esta Ciudad, se han reunido estos señores, y de común acuerdo han determinado cederos la propiedad del monte Tibidabo, a fin de que en la cumbre del mismo, que amenaza convertirse en un semillero de irreligión, se levante un Santuario al Sagrado Corazón de Jesús para mantener firme e indestructible la religión que con tanto celo y ejemplo nos habéis predicado y que es noble herencia de nuestros padres».

Don Bosco respondió conmovido: «Me hallo todo confuso por la inesperada y nueva prueba que me dais de vuestro sentimiento religioso y de vuestra piedad. Os lo agradezco; y sabed que en estos momentos sois instrumentos de la Divina Providencia porque cumplís sus inescrutables designios. Cuando salí de Turín, pensaba



para mis adentros: Ahora está casi terminada la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Roma; preciso que estudie otra empresa para honrar y propagar esta salutar devoción. Y una voz interior me tranquilizaba pensando que aquí podría satisfacer mi deseo; era una voz que me repetía: ¡Tibi dabo! ¡Tibi dabo! (te daré, te daré).

»Sí, señores; sois los instrumentos de la divina Providencia; con vuestra ayuda muy pronto se levantará en este monte un majestuoso santuario dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, en el cual todos podrán acercarse a los Santos Sacramentos y será un perpetuo recuerdo de vuestra caridad y de vuestro afecto a la religión católica, de la que tantas y tan hermosas pruebas habéis dado».

El 30 de mayo de 1886 se empezaba a construir en el punto más alto de la montaña una ermita que se conserva en la actualidad adosada al templo superior. Se bendijo un mes más tarde, el 3 de julio, sábado; y al día siguiente, domingo, se celebraron en ella dos misas. De esta manera, antes de que pasaran dos meses de la entrega de los terrenos a Don Bosco, quedaba en la cumbre una señal bien clara de su destino a gloria del Corazón de Jesús.

Pronto se añadió un movimiento popular: un día determinado, precisamente el lunes de Pentecostés, empezó una romería, que por el hecho de recoger a lo largo del camino diversas flores silvestres se llamó inmediatamente la Romería del Ram.

Su acierto quedó patente porque el gesto ha tenido continuidad hasta hoy, sin que sufriera interrupción en los años de la persecución religiosa que fueron 1937 y 1938; si no un grupo compacto, si al menos como excursionistas, pasaron varias parejas a dejar también su tradicional obsequio de un mazo de flores silvestres. La Romería del Ram seguía viva a pesar de todo.

El 29 de octubre de 1901 se inaugura el funicular hasta la cumbre del Tibidabo y el 28 de diciembre de 1902 –pasados 16 años de la entrega a Don Bosco– el cardenal Casañas, obispo de Barcelona, pone la primera piedra del futuro templo.

El carácter expiatorio de este Templo tiene su origen en una nota típica de la devoción al Corazón de Jesús, que ante el olvido y desprecio del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús promueve una respuesta de amor y reparación, de entrega personal que, según la generosidad de cada uno, llegará a la reparación y expiación dolorosa de los pecados del mundo, unida al sacrificio eucarístico. El cardenal Casañas en la colocación de la primera piedra (1902) dijo: «Santificar la montaña del Tibidabo que según frase de Verdaguer “es la superba acròpolis que vetlla la ciutat” dedicándola al adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios por parte de Barcelona de las ofensas de toda clase que contra Él se cometen en nuestra

ciudad... El Sagrado Corazón de Jesús se alzaré en la cumbre del Tibidabo... como eficazísimo pararrayos que, desarmando los de la divina justicia irritada por nuestros pecados, los convierta en centellas de misericordia, que conmuevan y enciendan en su amor a todos los hombres». Quien más impulsó el rasgo expiatorio del Tibidabo fue ciertamente la señora Amelia Vive Negra, madre de familia, quien promovió sin más recursos que su fervor, su calor comunicativo una campaña de reparación a través de privaciones cuyo producto se destinaba al Tibidabo, campaña que fue adquiriendo amplia difusión y penetración popular. Al morir el 20 de julio de 1928 su seudónimo de María Victoria tenía resonancias nacionales por lo que los muros del templo superior se levantaban a buen ritmo, cerrando las airoas columnas terminadas en marzo de 1920.

Con ocasión del Congreso Eucarístico de Madrid, a los 25 años de la donación de los terrenos a Don Bosco, la cripta fue bendecida por el obispo doctor Laguarda, obispo de Barcelona. Pocos días después, en la última sesión del Congreso, tras una Memoria sobre el apóstol de la Eucaristía (Don Bosco) presentada por el salesiano Rodolfo Fierro Torres, el arzobispo de Granada, doctor Messeguer, concluyó la sesión con estas palabras:

«Hemos hablado del arte, hemos hablado del amor. Debemos dejar un monumento perenne de arte y de amor. Por voluntad de Dios manifestada de varios modos, los Padres Salesianos, que parecen destinados por Dios a impulsar prácticamente el movimiento social cristiano, están edificando un santuario en la cumbre del Tibidabo en honor al Sagrado Corazón de Jesús. Pongo pues, a vuestra aprobación, la proposición siguiente:

»“El Congreso hace votos para que como fruto y recuerdo de esta grandiosa Asamblea, se propague por toda España la idea del Templo nacional dedicado al Sagrado Corazón en el Tibidabo a fin de que los españoles tengamos también cuanto antes nuestro Montmartre”».

La Asamblea, puesta en pie, aclamó con entusiasmo indescriptible esta conclusión.

El templo superior fue bendecido el 25 de mayo de 1952 por el obispo de Barcelona, doctor Modrego y en su terraza se celebró uno de los primeros actos del Congreso Eucarístico.

La estatua que corona el edificio tiene las facciones de la Sábana Santa y mide siete metros y medio de altura y pesa 4800 kilos.

Juan XXIII, al encender por primera vez la iluminación de la estatua y el templo dijo: «Al iluminar este Sagrado Corazón y la montaña del Tibidabo, corona de Barcelona, pedestal y trono de Cristo Rey, queremos invocar su benevolencia sobre esta magnífica ciudad y sobre España entera, que paternalmente bendecimos».

«El Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo se alzará allí como faro»

*Pastoral del cardenal Casañas pidiendo donativos para la construcción
del templo del Tibidabo*

UN hombre providencial que en nuestros días visitó esta ciudad, el venerable Don Bosco, cuya obra salesiana con su prodigiosa fecundidad y admirables resultados es la mejor demostración del carácter divino de su misión, concibió el hermoso pensamiento de levantar un santuario al Sagrado Corazón de Jesús en la cima del Tibidabo, el punto más alto de la cordillera de montañas que, según la poética expresión de Verdaguer, *son las murallas dadas por Dios a la Ciudad de los Condes*, calificada por Cervantes, de *Archivo de la cortesía y en sitio y belleza única*.

Aquella idea no cayó en terreno estéril y los hijos del inmortal Don Bosco, después de haber dedicado la montaña al Sagrado Corazón de Jesús, se disponen hoy a realizar el pensamiento de su fundador, y con tal objeto acuden a la piedad de todos los barceloneses y en especial de los devotos del Sagrado Corazón, tan interesados en acrecentar su culto.

Barcelona que por el desarrollo de su población y su crecimiento industrial y mercantil es hoy una de las primeras ciudades de Europa, no queda atrás tampoco en la importancia de sus manifestaciones en el orden religioso, como lo demuestran el gran número de sus edificios e instituciones dedicadas al culto divino y al ejercicio de la caridad, hecha por amor a Dios, para el socorro de todas las necesidades de la vida humana y recientemente ha dado ella otra prueba con la grandiosa celebración de las fiestas jubilares de S.S. el Papa León XIII.

En el presente año la inauguración de las obras del Santuario puede ser el último acto de aquellas fiestas solemnísimas y el mejor monumento, para los tiempos venideros, de la piedad de Barcelona en los comienzos del siglo xx.

Santificar la montaña del Tibidabo que, según la frase del poeta antes nombrado en su «Oda a Barcelona»,

És la superba acròpolis que vetlla la ciutat

dedicándola al Adorable Corazón de Jesús es, sin duda, la mejor reparación que puede ofrecerse a Dios

por parte de Barcelona de las ofensas de toda clase que contra Él se cometen en nuestra ciudad, y al mismo tiempo la obra más simpática que puede proponerse a la piedad de los fieles.

El Sagrado Corazón de Jesús en la cumbre del Tibidabo, que por su altura y situación domina todo el llano de Barcelona y se divisa desde largas distancias, se alzará allí como faro que ilumine las inteligencias, imán que atraiga las voluntades, Mediador Divino entre Dios y los hombres, volcán de caridad a cuyo calor recobre nueva vida la sociedad helada por el frío materialismo y eficazísimo pararrayos, que desarmando los de la Divina Justicia irritada por nuestros pecados, los convierta en centellas de misericordia, que conmuevan y enciendan en su amor a todos los hombres.

BENDECIRÉ LAS CASAS EN QUE LA IMAGEN DE MI CORAZÓN SEA EXPUESTA Y HONRADA, ha dicho el Divino Salvador: por donde puede esperarse que, si Barcelona honra de tal suerte al Deífico Corazón, no han de faltarle sus bendiciones y con ellas la paz que hoy no tiene y de que tanto necesita, así en el orden moral, como en el social y el político para la tranquilidad de los espíritus y la prosperidad de los mismos intereses materiales.

Las asociaciones católicas y especialmente los Apostolados de la Oración, aquí tan florecientes, tienen en el mencionado proyecto ancho campo para demostrar su celo por los intereses del Sagrado Corazón, contribuyendo ahora a la edificación del santuario y haciéndolo luego centro de piadosas romerías y otros actos de culto.

Una limosna pues, católicos, para el nuevo Montmartre de Barcelona, y al levantar con ellas por encima de la Ciudad la imagen del Redentor de los hombres, pidámosle que para bien de todos se realice entre nosotros aquella su consoladora promesa:

CUANDO SEA LEVANTADO SOBRE LA TIERRA ATRAERÉ
HACIA MÍ TODAS LAS COSAS.

SALVADOR CARDENAL CASAÑAS,
OBISPO DE BARCELONA

AL SAGRAT COR DE JESÚS

HIMNE ⁽¹⁾

Commemoratiu de la col·locació de la PRIMERA PEDRA DEL TEMPLE
DEL SAGRAT COR DE JESÚS
EN LA MONTANYA DEL TIBIDABO



*Cor de Jesús, á qui palau vos dona
donau-li vostre amor,
y feu més gran lo nom de Barcelona
que fa d' un mont la trona
de vostre Sagrat Cor.*

Enamorat d' Espanya
lo regne 'n voleu fer,
regnau en la montanya
del catalá terror.
Del cim d' aqueixa serra
vetllau per la ciutat,
per nostra aymada terra,
per tot lo Principat.

Si á Hoyos revelareu
vostre regnat diví,
á Bosco demanareu
que 'l soli fos aquí.
L' Escola Salessiana,
de vostre amor correu,
almoyna avuy demana
per fervos una Seu.

A fer la Seu nos crida
Jesús al nou Tabor,
y tots havem sentida
la veu del bon Pastor.
Lo místich Solitari
nos diu enamorat:
— no 'n feu un nou Calvari
d' eix mont glorificat. —

Del poble sant á exemple
aquí us adorarem,
tindrém nosaltres temple
y Vos, Jerusalem.
Sereu nostra corona,
lo nostre rich tresor,
y ha d' ésser Barcelona
ciutat del Sagrat Cor.

De les comarques totes
al Tibidabo altiu,
les ànimes devotes
vindrán á ferhi niu.
Ningú de Vos s' allunya,
per Vos los catalans
farán de Catalunya
un poble de germans.

Com sol que may declina
brillau en nostre cel,
de nostra mar llatina
siau lo blanch estel.
Lò signe de bonança
siau per nostres camps,
de la ciutat que avança
lo místich parallamps.

De la montanya á l' ona,
de l' un á l' altre riu,
lo fill de Barcelona
vol ser vostre catiu.
Oh Lliri fragantíssim,
Sagrari dels amors,
siau lo llaç dolcíssim
de nostres pobres cors.

Si un jorn lo crit de guerra
retruny per la regió,
al cim d' aqueixa serra
alçau nostre penó.
Les barres catalanes
rendim á vostres peus,
servaules ben cristianes
les glories dels trofeus.

JAUME BOLOIX.

Barcelona, 21 de Desembre de 1902.

Concedim benignament en lo Senyor á tots los fidels sotmesos á nostra jurisdicció ordinaria, Cent dies d' Indulgencia per cada volta que canten ó resen ab verdader esperit de pietat y fervor cristiá, lo Himne al Sagrat Cor de Jesús que precedeix.—SALVADOR, CARDENAL CASASAS, Bisbe de Barcelona.
Per manament de sa Em.^a Rdm.^a lo Cardenal Bisbe, món Senyor. RAMÓN SALVIA CIVIT, Secretari.

Barcelona, 24 de Desembre de 1902.

(1) Música del Horejat mestre F. Brunet y Recasens.

En la cumbre del Tibidabo

La Vanguardia de Barcelona publicó, el lunes 29 de diciembre de 1902, la siguiente crónica de la colocación de la primera piedra del que sería Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo.

LA solemne ceremonia de colocar la primera piedra del piadoso monumento que va a levantarse en la cumbre del Tibidabo al Sdo. Corazón de Jesús revistió ayer los caracteres de una brillantísima fiesta religioso-popular.

La muchedumbre de fieles que se congregó en lo alto de la montaña, prestábale animadísimo aspecto, siendo garantía de que el entusiasmo que hay por tan loable obra de la fe catalana, logrará pronto feliz término.

Como saben nuestros lectores, por iniciativa del Vble. Dom Bosco, secundada admirablemente por sus Hijos, Salesianos, y con la cooperación de las dignidades eclesiásticas y personalidades importantes que luego citaremos, va a levantarse en la cumbre del Tibidabo un suntoso templo que será espléndido mirador desde el cual la imagen del Hijo de Dios se comunique con la de la Virgen que allá en lo alto de la escarpada montaña de Montserrat se venera.

El anteproyecto del templo cuyas obras ayer se inician es original del notable arquitecto don Enrique Sagnier, quien al desarrollarlo y con el fin de que fuese visible no sólo desde el llano de Barcelona, sino también desde todas las comarcas que se extienden al otro lado de la vecina cordillera, ha procurado que su planta apareciese igualmente perfilada desde todos los puntos de vista. De aquí la forma de cruz griega adoptada para lograr este resultado. Levántase en el centro de la cruz a la altura de cincuenta metros la ingente cúpula que ha de terminar con la imagen del sagrado Corazón, al propio tiempo que la acompañarán cuatro torres de 40 metros de elevación llenando los cuatro ángulos exteriores formados por los brazos de la cruz, cuya longitud será de 30 metros por 33.

Dará ingreso al Templo, de elegantísimo estilo gótico un espacioso pórtico y a la vasta plataforma en que descansará el monumento, circundándolo por todo sus lados, se subirá por grandiosa y monumental escalinata.

La ceremonia que ayer se celebró fue presenciada como hemos dicho por una muchedumbre inmensa.

Antes de la hora señalada para comenzar el acto se hallaban en las estaciones del ferrocarril funicular las juntas de la Sociedad Anónima Tibidabo y de los cooperadores salesianos distribuyéndose en dos grupos.

La del Tibidabo formada por los señores Roviralta, Andreu, Mas y Ebra y Macaya acompañados del director de la línea señor Rubió, y los señores Marqués de Juliá, Pascual de Bofarull (Don Manuel), Rivera, Pareja,

Fontcuberta y el P. Aime, Inspector general de las Casas salesianas; por los Cooperadores se hallaban en la estación inferior los señores Marqués de Alós, Sagnier, Prat, Pascual (Don José M^a), Cabot y Hernández Villaescusa en la superior.

A las 11 de la mañana llegaron en tren especial el Emmo. Sr. Cardenal-Obispo Doctor Casañas, los obispos de Lérida y Solsona, el Dr. D. Jaime Cararach, Vicario General de Tortosa, delegado de su Prelado; los canónigos doctores Vilarrasa y Almera, el maestro de ceremonias de la catedral Dr. Saladrigas, representación de Párrocos y los señores antes mencionados que esperaban a los Prelados, quienes fueron recibidos por el Alcalde de Sarriá Sr. Vallet, presidiendo una comisión del Ayuntamiento, el rector de Vallvidrera, el delegado del Gobernador Civil Sr. Quiza y un piquete de la guardia civil que tributó a Su Eminencia los honores correspondientes a su alta jerarquía.

Las dos bandas de los Talleres salesianos y la de la casa de la Caridad tocaron la Marcha real, mientras se disparaban salvas de morteretes y los invitados aplaudían al paso de la comitiva.

En un alto acertadamente dispuesto y ante la imagen del Sdo. Corazón, el Sr. Obispo de Lérida celebró una Misa de campaña que fue oída por todos los invitados.

Terminada la Misa, el Sr. Cardenal-Obispo se revistió de pontifical, asistido por los señores Obispos de Lérida y Solsona que llevaban en aquel acto capa pluvial y mitra. La procesión que se dirigió hasta el lugar del emplazamiento de la nueva Iglesia se organizó por el orden siguiente:

Abrían la marcha una pareja de la guardia civil, la cruz de la parroquia de Vallvidrera, varios niños salesianos con traje de monaguillo, la banda salesiana de San José, representantes de las asociaciones católicas y los cooperadores salesianos, otra banda, reverendos sacerdotes, los Canónigos asistentes, Doctores Vilarrasa y Almera, los Prelados, el Ayuntamiento de Sarriá y la banda de la casa de Caridad.

Antes de ponerse en marcha se bendijo en el altar la sal, el agua y demás elementos prevenidos en el Ritual.

Una vez llegada la procesión al templete improvisado en la cumbre del Tibidabo verificóse la solemne ceremonia.

El arquitecto señor Sagnier hizo descender la primera piedra sobre la cual el señor Cardenal-Obispo echó la primera paletada de cemento. Luego fueron echando sen-

El Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo: una realidad y un símbolo

La revista *El Mensajero del Corazón de Jesús y del Apostolado de la Oración* se hizo eco de la construcción del nuevo templo dedicado al Sagrado Corazón. En su número de junio de 1903 publicó el siguiente artículo de la pluma de Luis M^a Ortiz, S.I.

I

HOY es proyecto, mañana será joya del arte cristiano el monumento de elegante estilo gótico que eleva al Corazón de Cristo Barcelona.

Ostenta la forma de cruz griega, con el fin de que sea visible no sólo al llano de la capital, sino también a todas las comarcas extendidas al otro lado de la vecina cordillera. Cuatro torres de 40 metros de elevación llenan los ángulos exteriores formados por los brazos de la cruz. En el centro levántase, a la altura de 50 metros, la grandiosa cúpula coronada con la imagen del Sagrado Corazón.

A su tiempo relatamos la solemne colocación de la primera piedra, es decir, vimos el Tibidabo como realidad; ahora, por entrar en el mes que la B. Margarita llama en sus escritos «mes consagrado», no estará de más considerarlo como símbolo, haciendo algunas reflexiones, que levanten el espíritu de esta atmósfera plomiza de amenazas y rencores a la región diáfana y tranquila de la caridad divina, a esa región donde siempre vive el Rey de los corazones, que ha de ser para España paz deleitosa, verdadero progreso y felicidad tranquila.

Esa región graciosa y apacible está simbolizada por la amena cumbre del Tibidabo, que ha escogido para su trono el Corazón divino. El estrépito, las nubes apiñadas de odios e intereses quedan a sus pies, envolviendo como negra gasa a la Ciudad Condal. *Nubes excedit Olympus.*

Si la pintoresca colina donde se ha asentado el Cora-

zón de Jesús augura su gran Reinado; Barcelona, la ciudad opulenta, industriosa y comercial, presa ahora de tumultuosos partidos, puede decirse que representa a España.

Tibidabo y Barcelona: es decir, en la actualidad paz y guerra interior, serenidad de firmamento y oleaje de resplandores celestes de pasiones; resplandores celestes de amor y exhalaciones fatídicas del averno. Reinado dulce del Corazón de Jesús; y amenazante anarquía sectaria.

¿Quién prevalecerá? En esa dichosa comarca que puede dar la ley a toda la Península ¿trionfará el Redentor divino, o esos infaustos apóstoles de las ideas modernas que se arrojan el título de redentores del pueblo?

No es difícil adivinarlo. Reinará el Sagrado Corazón de Jesús porque así lo tiene prometido y su promesa absoluta o condicional ha de cumplirse; si absoluta, por eso mismo; si condicional, ya que cuenta con nuestros generosos esfuerzos, esfuerzos y sacrificios y heroicidades han empezado a hacer los católicos con brillante resultado. Reinará el Sagrado Corazón, y depositada tienes en el tuyo, lector dichoso, esta esperanza sin que lleguen a turbarte los bramidos de las turbas asalariadas. No des crédito tampoco a los directores de la política extraviada, que te anuncian parodiando a los magnos profetas el *finis venit, finis venit*: ya llega, ya llega el anticlericalismo pujante; la ola revolucionaria del 68 en España y la ola que va azotando en Francia la autoridad, el templo, la propiedad y la familia.

das paletadas los restantes prelados y otras personas distinguidas. El acta fue firmada por el Cardenal Dr. Casañas, los obispos, el delegado del Gobernador Civil, el Rector de Vallvidrera, el Alcalde de Sarriá, los catedráticos doctores Marzal y Donadiu y los Cooperadores salesianos, junto con el Sr. Macaya y el representante de la Compañía de Aguas de Dos Rius.

Fue autorizada por el notario Sr. Dalmau.

Junto a la primera piedra púsose una urna con el documento, algunos ejemplares de los periódicos locales, la alocución repartida, monedas de oro y plata, y medallas

conmemorativas del Jubileo pontificio y de la última peregrinación y de la Virgen Auxiliadora, Patrona de las Escuelas Salesianas y del Sagrado Corazón.

La ceremonia religiosa terminó cerca de las dos de la tarde. Los prelados y algunos otros invitados hasta el número de 50 reunieron luego en el Restaurant del Tibidabo en íntimo banquete organizado por los Cooperadores salesianos.

Del grandioso acto realizado ayer en la cumbre del Tibidabo guardarán grato recuerdo cuantos lo presenciaron.

Esos profetas tempestuosos no son videntes como Ezequiel y está muy lejos de ser cierto su augurio y tan acelerado el estrago y mucho menos la ruina tan inmensa que veamos la desolación cerniéndose *super quatuor plagas terrae*, sobre los cuatro ángulos de la monarquía y llorando al rey y al príncipe y a los poderosos de nuestra patria, *Res lugebit, et princeps moerore afficietur et manus populi terrae conturbantur* (Ezeq 7, 27).

El año pasado gritaban contra la Iglesia (el clericalismo); este año contra el trono; ¿gritarán el que viene contra la propiedad y el matrimonio, o sea contra el hogar católico? Griten en buena hora; pero ni la familia, ni el trono, ni el altar correrán peligro, si España, cansada de comediantes políticos, levanta sus ojos al que es su salvaguardia, el Corazón divino; si empieza de veras dando ejemplo de despertar cristiano a las demás provincias, la famosa ciudad de los Condes, que Cervantes llamó «Archivo de cortesía» y es hoy emporio del progreso, si Barcelona mira de veras al Tibidabo.

II

ESE monumento es garantía de salud por su origen divino. Dos palabras de historia. El Corazón de Jesús, que dijo un día al P. Hoyos había de reinar en nuestra patria con más especialidad que en las demás naciones, no tenía aún revelado el trono donde había de asentarse como soberano de las almas españolas.

No voy a decir que la cumbre del Tibidabo está ya oficial o celestialmente designada como el regio sitial de Jesucristo; pero sí que es un trono escogido por el mismo Señor. ¿Qué habrá visto Él en los bien templados corazones catalanes?

Apareció en la centuria anterior un hombre providencial... Don Bosco. Se le llama con razón el taumaturgo del siglo XIX. En Italia principalmente, donde vio la luz, dejó un reguero de obras prodigiosas. Este hombre de Dios juntaba a los tesoros de su corazón los tesoros de sus fecundantes ideas. En Barcelona vivía por entonces una virtuosa señora que juntaba también a los tesoros no vulgares de su alma los tesoros extraordinarios de la for-



tuna. Esta señora... ¿por qué no decir su nombre si en expresión de la Escritura es aromática esencia a todos los buenos catalanes?... Doña Dorotea Chopitea de Serra, tuvo noticia de aquel varón extraordinario y no descansó hasta verlo en Barcelona. El feliz resultado de sus esfuerzos pregónanlo con sus admirables obras los PP. Salesianos de Sarriá y Hostafranchs; pero a nosotros nos interesa mencionar solamente un episodio.

El año 1886 partía Don Bosco de Turín para Barcelona. «Desde luego, dice él mismo, pedía al Señor me concediese la gracia de edificar allí un santuario al Corazón Sagrado de Jesús; y durante el viaje una voz me ha murmurado constantemente al oído: Tibi dabo... tibi dabo... tibi dabo...».

Fue recibido en la capital con triunfante acogida aquel sacerdote humilde y afable, aquel *hombre-leyenda*, como lo llamó Víctor Hugo, poeta como él, pero poeta no en estrofas sino en acción, aquel santo que conocía mejor que los poetas el arte de conquistar las voluntades. A este hombre providencial llegóse el Presidente de la Sociedad de San Vicente de Paúl, acompañado de once caballeros, y le dijo: «Señor: sabiendo que deseáis erigir un santuario en honor al Sagrado Corazón de Jesús en esta ciudad, nos consideramos muy honrados y dichosos con ofreceros a tal objeto un vasto territorio que poseemos sobre el monte Tibidabo». Don Bosco no conocía este nombre y derramando lágrimas de consuelo contestó: «Señores, lo acepto gustoso y lo agradezco. Sois en este momento los enviados de la Providencia».

Es demasiado conocido como hombre celestial este ser, ligado sólo a la tierra por maravillas, para que dudemos de su divina misión.

Luego el Corazón de Jesús tiene especial predilección por Cataluña. Enhorabuena, por consiguiente, al ilustre Principado. El ha escogido por su pedestal esa graciosa colina. ¿Y para qué? ¿Para que dentro de cuatro días vengán gentes del Aquilón, gentes sin ley y sin conciencia, cuyo símbolo es el gorro frigio y la tea incendiaria o el mandil ridículo, y hagan rodar por el suelo los ricos sillares del santuario? ¡Donosa empresa del Corazón Divino! ¡Insigne favor a Don Bosco, si desaparece tan gloriosa fábrica como castillo de naipes! El Tibidabo no sería para él *tibi dabo*, el misterioso *te concederé* que le dijo al oído

el celestial susurro. Al contrario; por esta empresa feliz el nombre de Don Bosco irá unido en los anales del Sagrado Corazón a los regalados nombres de Alacoque, Hoyos y La Colombière.

Ese trono, en fin, está bien asentado, porque ha puesto en él sus manos el apóstol Padre de los niños pobres, y porque ha sido escogido por el cielo. Silbe como serpiente y retuézase al pie la pujanza sectaria, el anticlericalismo ateo, la revolución naciente. No importa. Antes roerá con sus dientes el inmundito reptil una pirámide egipcia.

III

ADEMÁS del origen excelso de la nueva basílica, es motivo de esperanza ver al Corazón de Jesús dominando las alturas. Ahí veo una señal de que se avecina su Reinado. Esta elevación nos da la medida del incremento que ha tomado la devoción al Corazón de Jesús. Ya no había hogar cristiano sin su imagen, ni templo sin su altar, ni villa donde no hubiere resonado la valiente estrofa *Tu reinarás*, es decir, las aguas saludables de esta fuente del Salvador habían inundado las llanuras. Empieza ahora a subir a las montañas.

Cuando se vio el Arca en la cima del Ararat púdose calcular con alguna precisión la abundancia y altura de las aguas. El Corazón de Jesús, nuestra Arca de salud, está en la cumbre. ¿Saldrá de ahí la paloma que ha de volver con el ramo de olivo? Sí. Congratulémonos. Cerca está su Reinado. Bendecirá primero a una selecta familia o tribu española, y ésta renovará la faz de la patria.

La historia de Jesús se confunde con la historia de las alturas. Del Sinaí al Gólgota y al Olivete las alturas lo predicen, le saludan, le sirven de escabel para su triunfo: ellas indican los pasos amorosos de este gigante, celebrado en los místicos cantares; ellas ofrecen como en relieve a los ojos de la tierra la serie de cantos de esa epopeya divina que constituye su ley, sus luchas y sus victorias.

En las alturas coronó su legislación, escribiendo entre relámpagos el más alto precepto. «Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo.» En las alturas lanzó aquella voz henchida de felicidades, de beneficencia y amor: voz que es el testamento sobrehumano, el legado sublime en que vibran todas las noblezas del corazón de la humanidad, y se llama el *sermón de la montaña*.

La montaña es la historia del Corazón de Cristo, porque la montaña es la historia del amor, y el amor es la historia del Corazón de Cristo.

La historia del Corazón de Jesús es la historia de la montaña, porque es la historia del azul, de la claridad, de los puros espacios, de las irradiaciones luminosas, de todo lo que dilata y vivifica con los influjos del sol.

«Amaos los unos a los otros, como yo os he amado», predicará desde esa montaña a Barcelona mostrando con el dedo su Corazón; y desde ahí a las demás provincias

porque esas palabras bastan, y dan la clave de nuestra dicha: ese es el gran programa doméstico, político y social. Este precepto, bien entendido y mejor practicado, libraría de innumerables miserias, enjugaría mares de lágrimas, daría al hombre privado y público aquel cúmulo de satisfacciones que da Dios por añadidura a los guardadores de su ley.

¿Sí será ésta en los planes del Corazón divino la razón de llamarse este monte escogido Tibidabo?

IV

Así es. *Haec omnia tibi dabo*. Mejor que el espíritu del mal cuando quiso engañar a Cristo, dice el Sagrado Corazón de Jesús a Cataluña y en ella a toda España: «Todo ésto te daré, si postrada me adoraes». Cuanto abarca tu mirada por tierra y por mar, todo esto te lo daré, si eres fiel a los designios de mi Corazón divino. Esta monarquía española, que ahora decís pelagra, saludará otra nueva era de prosperidad; pero ha de ser con la condición de que me adore. «Reinaré, dije un día en el exceso de mi amor a España, reinaré con más veneración que en otras partes». Promesa aparentemente absoluta y que podría carecer de cumplimiento por falta vuestra: también se anunció a los herederos de David un reinado absoluto y sempiterno, y sin embargo el cetro de Israel pasó a manos extranjeras.

Según esto preguntamos nosotros: ¿el diamantino y celestial cetro del Corazón de Jesús, que podría siempre gobernar a España, pasará también a algún extranjero idumeo? ¿El cetro de los valientes Macabeos, de los españoles, últimos poseedores de las tradiciones católicas, pasará a un Herodes cruel, a los hijos de la revolución y de la masonería?

No lo permita Dios. Señal de que se acerca la derrota de sus enemigos es, repito, dominar el Corazón de Jesús las alturas de Barcelona. Después de recorrer pueblos y valles a paso de conquistador, ha ganado el divino Adalid una montaña estratégica. El Tibidabo es punto moral estratégico para su conquista de España por la influencia que ha de tener en toda ella el espíritu catalán. Hasta ahora Barcelona ha venido siendo para la Península el gran bazar de artísticas estatuas materiales del Sagrado Corazón; la gran fábrica de damascos y terciopelos para sus doseles. En adelante podrá ser esa capital y el Principado todo el molde según el cual se construya el espíritu de las futuras provincias españolas, llamadas a ser feudo del Sagrado Corazón.

Muy apta es para ello, dadas sus nativas dotes, la gran familia catalana, sin rival entre sus hermanas por su genio activo, tenaz, emprendedor. Calientese bien su espíritu patriótico, oro de buena ley, pero sin escoria, a los ardores del sol del Tibidabo; y, confundidos nacionalismo y catolicismo, salgan esas legiones de patriotas indomables con una sola alma, alma nacional, con un solo

corazón, corazón cristiano, pero encorazonado, como quiere el P. Hoyos, en el Corazón de Jesús.

La unión de tantos paladines cristianos es necesaria, es insustituible, es urgentísima y sólo en el Tibidabo se hará la unión verdadera.

Jáctase Cataluña, y con razón, de tener ya su Montmartre. No nos oponemos en las demás provincias a que así se llame, con tal que no se detenga ahí, a imitación de los franceses. El Montmartre francés es resultado de una revelación y de una promesa: revelación hecha a la Beata Margarita, por la cual el Corazón de Jesús prometía a Luis XIV el triunfo sobre todos sus enemigos. Pero exigiáale dos condiciones: 1. Consagrar la monarquía a su divino Corazón y 2. Colocar en sus armas ese sagrado emblema. No las cumplió aquel rey que llaman *Espléndido*. Tampoco le concedió el Señor el feliz suceso a sus armas: cabalmente el año 1689, que precedió a la muerte de Margarita, se pactaba la formidable Liga de Augsburgo, de la cual datan los reveses de Luis XIV. Francia, sin embargo, con voto nacional ha cumplido la primera parte de la petición, levantando la basílica de Montmartre.

El año 1900 reavivóse el pensamiento de cumplir la segunda. Surgieron partidarios del estandarte oficial que llevase el Corazón divino. Nada se realizó; no obstante haber aprobado la idea Su Santidad. Porque habiéndole presentado la fórmula de las Congregaciones regionales al Sagrado Corazón, el Papa escribía lo siguiente por medio del Cardenal Mazzella: «Nada más oportuno que ese emblema a cuya sombra marchan, el cual les enseña a unirse en caridad y a identificar en su corazón el amor a la patria y el amor de Jesucristo».

Barcelona tiene su Montmartre; dé un paso más y tenga su estandarte regional católico, ese Lábaro del Corazón de Cristo, como le llama León XIII.

V

Y pues Jesucristo tiene que reinar: *Oportet illum regnare*, y ha de reinar en España, empiece ya su Reinado en esas provincias privilegiadas que osentan el Tibidabo. Coloquen en su blasón entre las cuatro barras catalanas esa celeste insignia de paz, para cumplir mejor lo que significan las armas de Barcelona, ser Gonfaloniero o Alférez mayor de la Iglesia. Únanse bien en el doble amor a la patria y a Cristo todos los que desean unirse para la salvación de España. La bandera... *el Corazón de Jesús: el santo y seña... el «Syllabus»*. Por Dios quedará el que triunféis del enemigo común: el liberalismo y la masonería. El envalentonarse de los sectarios que recientemente hase visto, quizá sea en los planes del Corazón reinador como la última coletada de la hidra. A la vista está que no han triunfado en algunos puntos por los elementos intrínsecos de vitalidad, sino por la soltura de conciencia y por la desunión lastimosa de los buenos.

Esto se remediará pronto. Las Ligas católicas que se están organizando en diversas provincias es un movimiento bendito, iniciado y desarrollado por el Corazón Divino, que ha de tener magnífico resultado. Acabamos de ver con el mayor consuelo que entre otras excelentes Ligas figura la de la diócesis de Orihuela, bendecida por el Sr. Obispo y con cuarenta días de indulgencia a los socios. Así no es una utopía que soñemos en la derrota total de los enemigos de Cristo.

Tocando estamos el ejemplo de lo que puede el despertar de un pueblo en masa. Ahí está el glorioso triunfo de Bilbao. Sí; es una realidad: no es sueño, aunque todavía se pregunten muchos si estarán soñando: porque es de notar que los sectarios de todas especies y matices, con los elementos de combate que pudieran reclutar en esos antros de hierro, no obtuvieron la mitad de sufragios que el único representante de la religión y de la patria. Parecíanos ver a los antiguos eúskaros bajar de las abruptas sierras con su rodela pequeña (erredela) y con su larga y puntiaguda jabalina. Entonces se castigaba a los culpables despeñándolos desde una altura. En esta lucha más que patriótica, religiosa, han batallado con imponente unión los buenos. Y todos, no menos las mujeres que los hombres, han derribado al enemigo común de la cima de su injusto poderío al abismo del desprecio.

El júbilo que ha producido en España lo demuestran las varias y entusiastas felicitaciones con la del Señor Arzobispo de Granada al frente. En esto, un notable fenómeno se ofrece a la consideración del sociólogo cristiano; a saber, los parabienes de las señoras católicas, la aparición de esos ejércitos de madres que se han adherido con gran fervor al triunfo de las señoras bilbaínas. Por eso nos atrevemos a preguntar: ¿estos ejércitos de madres no podrían cooperar siempre y en todas partes a la gran defensa de los intereses de sus hijos? ¿No hemos visto a los ejércitos de madres francesas hacer frente al tirano Combes? ¿No se debe a los ejércitos de madres, al decir de Voltaire, el cristianismo de media Europa? ¿No recordamos que la conquista espiritual de Francia, fue una victoria de Clotilde sobre Clodoveo, la de Inglaterra una victoria de Berta sobre Etelberto, la de Suecia una victoria de Santa Brígida sobre Ulphon; la de Escocia una victoria de Margarita sobre Malcón, y la de Dinamarca una victoria de Emma sobre Canuto? Se cansa el ánimo de enumerar ilustres victorias femeniles.

Para triunfar con la espada puede poco la mujer, porque es necesario aborrecer; para triunfar con la palabra puede tanto o más que el hombre, porque es necesario amar. La joven Melania gana para Cristo a Voluciano, a quien no pudo convertir San Agustín. ¡Quién no sabe las maravillas de celo y adhesión a la causa católica de las dos Melanias? ¿A quién no entusiasma Santa Pulqueria, prodigio único en la Historia, joven de dieciséis años, gobernando un vasto imperio, educando a Teodosio el Joven, su hermano; confundiendo los errores, como dice el

Breviario romano, y creada Legado del Papa León, afirmando el dogma católico? ¿Y qué decir de Santa Teodosia, la única soberana buena de su tiempo, martillo de los herejes iconoclastas?

¿A España quién convirtió al cristianismo? ¿Recaredo? Yo diré que su esposa Rigonta, que lo convirtió primero a él. ¿Qué luchas ha habido entre la Iglesia y los poderes civiles, como las que sostuvo el gran santo y Papa Gregorio VII? ¿Pues quién alentó a ese mártir intrépido de los deberes del Pontífice? La célebre Condesa Matilde, la soberana de Toscana. «Los autores católicos de su tiempo, dice Rohrbacher, (t. XIV, pág. 361), la llamaron *Débora*, por ser comparable a aquella ilustre heroína de Israel que salvó la Religión y su pueblo cuando los hombres no tenían valor para hacerlo. *Un solo hombre*, durante el reinado de más de cincuenta años, se mostró siempre fiel a la Santa Sede, siempre con la espada en mano para defenderla, cuando varios príncipes y reyes la afligían; sin dejarse seducir por promesas ni intimidar por amenazas; y este hombre único era... una mujer... la Condesa Matilde.»

¿Y en nuestra edad no ha de poder nada la mujer católica? ¿No pueden crearse Ligas católicas de señoras como las de hombres, para defender la religión y la patria?

¿Qué dirá la virtuosa señora que hace poco escribía desde Cataluña a los católicos de Bilbao, cuando no había tenido lugar aún el triunfo y cuando más rabiosos estaban los enemigos: «Si a Cristo siguieron las primeras (las mujeres) hoy defenderemos nosotros los santos derechos que nos pertenecen y haremos lo que tal vez los hombres no se atreven a hacer? Al fin somos madres de nuestros hijos, y tenemos la obligación estricta de dar hasta nuestra sangre por salvarles. Soy una pobre viuda que nada valgo ni poseo gran capital; pero con toda mi voluntad daré lo que se necesite para defender nuestra Religión y nuestra patria.» ¿Y no es metal de heroínas el corazón de una conocidísima y distinguida dama bilbaína, que animó a su padre, enfermo, que no salía de casa, anciano de noventa años, a votar por los intereses religiosos, y le acompañó del brazo hasta la urna electoral, en medio de las lágrimas y aplausos de los buenos?

No nos arrepentimos de esta digresión, porque parece que se debe dar más importancia que la que se da a estas Ligas católicas de señoras, las cuales deberían funcionar paralelamente con las de los hombres, ya que son auxiliares grandísimos para los fines de las Ligas, a saber: fomentar la buena prensa, favorecer a las clases humildes y preparar candidatos católicos para los municipios y las Cortes.

VI

Bilbao y Barcelona, los dos pueblos más ricos de España, nos hacen esperar en una pronta regeneración. El primero por lo que ha hecho; el segundo por lo que debe

hacer, habiéndole puesto Dios en el azul del cielo esa cruz de Constantino que le está diciendo: *Con esta señal vencerás*.

En Barcelona trabajen los católicos con el celo que inspire el Corazón de Cristo; trabajen todos porque todos valen, caballeros y señoras: todos, si no, irán envueltos en la misma ruina, caso que triunfaren los sectarios a la francesa.

En Barcelona pueden unirse tal vez mejor los católicos, porque el Corazón de Jesús los ha distinguido con su presencia. En las antiguas murallas de esa ciudad veíase antes un Angel custodio que era su salvaguardia. Derribadas aquellas, desapareció el Paladión; pero he aquí que en el punto culminante, en la graciosa acrópolis de esa cordillera, que son las murallas naturales puestas por Dios, se levanta como rey del Tibidabo el Corazón Divino. «Yo te defenderé, yo te bendeciré en todas tus empresas», le dice a Barcelona.

Óyete bien, ciudad opulenta y escogida. En tu seno encierras gérmenes de salud para toda España, y también de ruina. Toda la Península tiene puesta en ti los ojos, por lo que llevo dicho: porque el Sagrado Corazón en el Tibidabo es símbolo de esperanza.

Y es símbolo de esperanza porque el mismo Sagrado Corazón *ha escogido* ese trono.

Y porque está en la altura, medida del crecimiento de su devoción.

Y porque esa pintoresca montaña es punto moral estratégico, dadas las buenas cualidades de tu raza.

El Sagrado Corazón te pide lo que a todos inspira: caridad, unión, Ligas católicas de hombres y de mujeres, bendecidas por los preladados.

Sé la primera en secundar todos los designios de lo alto y transmitirlos al resto de la patria. Hasta ahora has sido la primera en ofrecer a España los más útiles adelantos del siglo. Tú lanzaste al agua el primer buque de vapor, y el primer ferrocarril se paseó en tu suelo. Sé la primera, repito, en ofrecernos el mayor adelanto de esta edad. No la falsa civilización de las libertades modernas, sino el progreso verdadero y regeneración que trae el Corazón de Cristo. *Instaurare omnia in Christo* (Ephes I, 10).

Suban tus hijos a esa montaña sagrada en todos los peligros de la patria; y bajen después contra la actual morisma con el empuje de un Otger Catalón, el Pelayo de Cataluña. Entren las naves en tu puerto saludando ese Faro divino; y salgan después con la fe que sacaron las acaudilladas por don Luis Requesens con dirección a Lepanto. Volved la vista al Covadonga catalán. La Virgen os mostrará al pie del Bruch donde humillasteis, primero que en Bailén, los ejércitos franceses. Con el Bruch se enlazará en adelante el Tibidabo, porque ahí ha de empezar el triunfo sobre los enemigos todos de la religión y de la patria. El Bruch se hermana con el Tibidabo y el Tibidabo con Montserrat, como se ven unidos la palma de Cades y el divinal pimpollo, el Corazón de María y el Corazón de Jesús.

Nuestro Montmartre

El gran publicista católico Félix Sardá y Salvany publicó en el boletín mensual de las obras del templo *El Corazón de Jesús en el Tibidabo* (septiembre-octubre de 1906) este artículo en que se compara el futuro templo del Tibidabo con el que se había construido en la cumbre de Montmartre de París. Montmartre se había iniciado en 1876 y cuando Sardá y Salvany escribe ya está prácticamente terminado, aunque las obras no finalizarán del todo hasta 1919.

VUELVEN a continuarse con toda actividad, las obras de la basílica que al Sagrado Corazón de Jesús está levantando en la cima del Tibidabo la piedad barcelonesa. Bendecida y solemnemente colocada la primera piedra del monumental edificio, preparado su emplazamiento y levantada buena parte del edificio, no tardará Barcelona en ver satisfecho su cristiano anhelo de que presida la inmensa urbe y anchurosos suburbios un trono al Corazón Sacratísimo, que sea testimonio perenne de su fe y devoción, y prenda de las bendiciones del cielo sobre sus progresos en el siglo que estamos principiando.

Es la firma de católica que pondrá Barcelona al inverosímil colosal desarrollo con que en poco más de medio siglo se la ha visto crecer y como desbordarse de río a río; y desde la playa a las montañas que limitan su horizonte; firma de católica que a las generaciones venideras siga acreditando que lo es hoy como lo fue antes y como quiere serlo en adelante en toda la sucesión de los tiempos; firma de católica que podrán leer desde muy lejos Cataluña entera, y España entera, y el mundo entero, y que hablará más alto que sus ruidosas fábricas y talleres, que sus brillantes comercios y espléndidos bazares, que lo desahogado de sus nuevas calles y plazas, y lo delicioso de sus quintas, parques y jardines; firma de católica, Credo en piedra, que en medio de la casi general apostasía de los pueblos modernos, y al través de las convulsiones sociales que van siendo su aterrador consecuencia y castigo, tendrá además el valor de una viril protesta y de una firmísima esperanza. Viril protesta de que no será jamás apóstata de Cristo nuestra querida ciudad; firme esperanza de que por ello verá siempre sereno y bonancible su horizonte social, en medio de la horrenda cerrazón que por nuestros pecados va envolviendo y ennegreciendo, cada día más, el porvenir de las modernas sociedades.

Esta doble significación tiene a nuestro humilde juicio, el templo que está alzándose en la cumbre del vecino Tibidabo, señoreando majestuoso todo lo que constituye hoy motivo de legítimo orgullo para la Ciudad Condal. Y por ser así, quisiéramos fuese obra de todos, lo que de todos ha de ser testimonio de fe y emblema de esperanza. Y no quisiéramos quedase hijo alguno de los quinientos o seiscientos mil que en su seno cuenta Barcelona, que no tuviese ahí

su representación gráfica y material aunque no fuese más que con el donativo de una peseta.

¿Que es mucho pedir eso? Creemos que no, y que a nadie va a parecerle exagerada nuestra pretensión, si se atiende a las breves consideraciones que llevamos expuestas y que vamos a seguir exponiendo en un par de artículos más como el presente.

En otro lugar de este mismo número seguimos dando las hermosas listas de donativos, que nos han sido proporcionadas por la celosa e inteligente Dirección de la obra. Ellas hablarán con más elocuencia que nosotros, y con la fuerza más persuasiva de todas, que es la del ejemplo, darán a la cristiana y nobilísima empresa del pueblo barcelonés el más poderoso de los estímulos.

A nadie se oculta que lo primero que necesita la fe en nuestros días, después de fielmente profesarse, es exteriorizarse. Esta verdad que es incontestable, aplicada a la que podemos llamar fe privada, o fe de los particulares, lo es más tratando de lo que llamaremos fe social o fe de los pueblos. Estos más que nadie vienen obligados hoy a hacer pública profesión de ella tanto por lo menos como es pública, ¡ay! la de impiedad y descreimiento, que se gozan en hacer alguna vez las modernas sociedades.

Mas los pueblos, como tales, no tienen apenas otro medio de exteriorizar su fe y profesión cristianas que escribiéndola en esas páginas de piedra sino inmortales, las más allegadas a la inmortalidad, que son los públicos monumentos. El instinto popular por sí solo lo entiende de esta manera, y él es quien en cada época histórica halla la forma más adecuada para satisfacer esta necesidad de su conciencia. Una sola ojeada que demos a la historia, aun a la contemporánea, nos muestra la evidencia de esta verdad, que nuestros mismos enemigos no se atreverán a poner en duda. Hubo un tiempo en que los poderes públicos, oficialmente cristianos como hoy oficialmente ateos, daban la nota primera de ese género de manifestaciones del espíritu nacional y tomaban de ellas la iniciativa. Hoy, no estamos en los tiempos en que nuestros condes erigían el cenobio de Ripoll o Felipe II levantaba la inmensa mole del Escorial; hoy ni apoyo siquiera prestan los poderes públicos a empresas de este género, y hemos llegado en este punto a la última miseria de todas, cual es la de tener que agradecerles

que nos las consientan. Son, pues, los pueblos, por su cuenta y razón, quienes han de hacer suyas tales iniciativas, como otras mil que tocante a la Religión ha dejado en sus manos el indiferentismo oficial de los modernos estados. Es la verdad, la dolorosa verdad, que sobradamente pone cada día ante nuestros ojos la experiencia.

Pero también la experiencia acredita que los pueblos modernos saben hacerse cargo de esta nueva situación, que les ha creado el actual oficialismo prácticamente ateo, que de verdadero ateísmo práctico puede calificarse el hecho que acabamos de apuntar.

Sí, los pueblos con frecuencia asaz consoladora acuden a suplir en este punto la abstención de sus representantes, y repetidamente ofrecen al hombre pensador rasgos como el que en Barcelona motiva hoy las presentes reflexiones. El Montmartre francés, asombro del mundo, dominando con sus gigantescas cúpulas París, la metrópoli de la actual civilización pagana, es ejemplo viviente de esta verdad, y la señala como desde el cielo con dedo de fuego a todos los adoradores de esta falsa civilización, y les obliga a dejar consignado en las crónicas del siglo XIX, tan volteriano y positivista como todos sabemos, este que con tanta propiedad ha sido llamado monumental ex-voto de la Francia contemporánea. Y en vano es que se dicten legislaciones masónicas y se decreten odiosas expulsiones, y se pretenda hacer de la gran familia católica francesa una raza de patrias y proscritos; la protesta de Francia está allí abrumadora de vergüenza para los tiranos y sonriente de esperanzas para los oprimidos, latido vigoroso del corazón de la patria católica, que todo buen francés reconoce con ello que no está muerta, obligando a reconocerlo así aun a los que menos piensan como él. Cada bloque o sillar de aquel grandioso monumento es una como letra de colosal inscripción que leen todos los que visitan París, y leerán durante muchos siglos las futuras generaciones, y que puede traducirse así: «Francia cree aún, y no ha muerto para Dios y para su fe cristiana.»

Apliquemos a nuestro Montmartre español, las precedentes consideraciones, que seguiremos ampliando todavía en otro artículo.

Buscando el pueblo cristiano, símbolo que lo sea a la vez de sus protestas y de sus esperanzas, ¿cuál puede ofrecérsela mejor en tiempos modernos que el Sagrado Corazón de Jesús? He aquí porque a esta invocación se ha alzado en París la admirable basílica que todos sabemos, y he aquí porque Barcelona va a levantar la suya en el vecino Tibidabo.

La impiedad tiene ojeada muy certera en sus rencores, como en su amor la ha tenido siempre la fe de los pueblos. Y es indudable que en los modernos tiempos la impiedad masónica ha distinguido con singulares preferencias de odio, entre todas las cosas católicas, el culto del Corazón Sacratísimo de nuestro adorable Redentor. Instintivamente parece haber visto en su revelación al mundo un reto a ella y a sus empresas y planes de destrucción, así como una nueva orientación señalada a las almas fervorosas para sus trabajos de defensa, y restauración católico-social. El culto del

Sagrado Corazón es ante todo la expresión más viva de la fe en la divinidad de Jesucristo y en la eficacia de su Redención, que son los dogmas primariamente negados por el racionalismo sectario. Indícase además con él, por muy singular manera, la fuerza del amor divino que movió al Verbo del Padre a obrar el prodigio soberano de su Encarnación por nosotros, y la deuda inmensa de gratitud y de amorosa correspondencia con que desde entonces viénele obligada, más que por todos los anteriores beneficios recibidos, la humana criatura. De suerte que toda la Religión hállese como compendiada en este símbolo, que es juntamente la más augusta realidad; y todo lo que el católico como tal viene obligado a confesar y a agradecer, viene en cierto modo recopilado en este dignísimo jeroglífico. Ninguno, pues, más apropiado que éste para servir de blanco de sus tiros a la Masonería, y a los católicos de bandera. Se reconoció así desde los albores de su predicación al mundo por medio de nuestro venerable Hoyos y de la beata María Margarita, y el rebato general que se produjo en las filas sectarias y sus afines, así que se adivinó por vez primera que ese era mote de guerra, consignado está en la historia de los siglos XVII y XVIII, y a ello no hacemos más que referirnos. Y dura aún todavía hoy, y testimonios recientes lo acreditan en nuestra misma patria, con una evidencia que jamás nadie podrá desconocer.

¿Cómo, pues, por estos motivos no ha de sernos mucho más halagador la gloriosa empresa que traen entre manos los católicos de nuestra condal ciudad, y que no dudamos ver con nuestros propios ojos en muy breve plazo realizada?

Sí, que a ello convida todo, y la misma incertidumbre de los tiempos ha de ser quién más y más espolee a todos a no dar tregua a la obra hasta su perfecta conclusión y coronamiento. Así se ha comprendido, y pruébenlo las hermosas listas de subscripción y de particulares donativos que nuestros amigos han podido ver y seguirán viendo durante algún tiempo en las columnas de este nuestro boletín. No recordamos de mucho tiempo acá desfile igual, y que más haya traído consoladoras emociones a nuestro espíritu. Por aquí ha de desfilar, o mucho nos engañaríamos, todo el pueblo de Barcelona, y aun de fuera de ella vendrán valiosos contingentes a robustecer este catalán acto de fe, que lo de Barcelona, además de ser barcelonés tiene el singular privilegio de parecerle propio suyo a todo buen hijo de nuestro principado.

Así se consideran en Cataluña los dolores o alegrías, los entusiasmos o las pesadumbres de su egregia capital; todo es de todos los buenos católicos lo que aquí acontece; fenómeno de fraternal solidaridad que explica, más que otra causa alguna, las maravillosas eflorescencias de nuestro regionalismo. Ocasión muy propicia de demostrarlo una vez más se nos ofrece a los buenos catalanes en la presente obra, que también por este lado ha de sernos a todos altamente simpática. Los bienhechores hijos de Don Bosco, a cuya influencia debe nuestra patria tan valiosas obras de fe y de cristiana propaganda, merecen ser secundados en ésta más que otra alguna, y ciertamente lo serán.

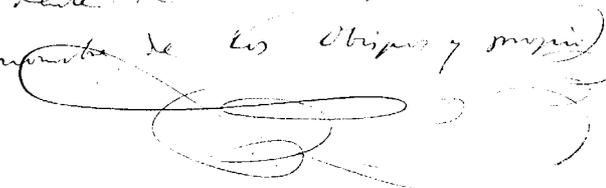
«... que los españoles tengamos también cuanto antes
nuestro Montmartre»

Texto manuscrito del acuerdo tomado durante el XXII Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, a propuesta del arzobispo de Granada, doctor Messeguer (28 de junio de 1911)

La sesión quinta del XXII Congreso Eucarístico Internacional, a propuesta de su presidente, el Excmo. Sr. Arzobispo de Granada, aprobó la siguiente conclusión:

"El Congreso hace votos para que como fruto y recuerdo de esta grandiosa asamblea se propague por toda España la idea del templo nacional dedicado al Sagdo. Corazón en el Penedado a fin de que los españoles tengamos también cuanto antes nuestro Montmartre"

Jose Arzobispo de Granada
Presidente de la 5ª Sesión
en nombre de los Obispos y sacerdotes



«Trabajad para que el Tibidabo sea el centro diario de gran reparación»

*Recomendaciones a los salesianos de su rector mayor Don Felipe M^a Rinaldi
(tercer sucesor de Don Bosco 1921-1931)*

Turín, 26 de Dicbre. 1923

Muy querido D. Miglietti: Grande gozo experimento al saber que la obediencia te ha destinado al Tibidabo.

Algunas veces nosotros mismos nos olvidamos de la misión que el Señor nos ha confiado sobre ese monte y damos poca importancia a lo que tanto preocupaba a D. Bosco, que se preguntaba al dirigirse a España: «¿Qué haré en España para el Sagrado Corazón?».

Ahora se trata de infundir vida religiosa al monumento levantado en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Las piedras y el arte deben vibrar en hálitos de vida y atraer a los hombres hacia el Corazón de Jesús.

Y, en consecuencia, todo lo que debas emprender en adelante, no tenga más fin que honrar al Corazón de Jesús y conducir a los hombres por el camino del bien.

En verdad que no deberás olvidar la arriesgada empresa de levantar la materia inerte hacia el cielo (cúpula y torres); pues que esto es necesario, toda vez que el hombre es un compuesto de alma y cuerpo; pero, aun aquella parte reservada al cuerpo, haz que goce de vida; que rinda también pleitesía al Corazón de Jesús.

Este es mi pensamiento y no tengo nada que añadir. El Corazón de Jesús nos inspirará lo que se debe ir haciendo. Procura que haya siempre en torno de Jesús diez, doce, veinte, ya sean aspirantes, huérfanos, clérigos o novicios (eso poco importa), para que con sus oraciones, con sus cantos y sus alabanzas se ofrezcan al Corazón de Jesús en aras de «expiación».

Los que comiencen a cumplir esta misión, atraerán con las funciones sagradas, con el canto y con la piedad a los demás, justos o pecadores.

Recuerda que tu confianza debe estribar en el Corazón de Jesús y que tu deber es estarle agradecido por haberte escogido a ti como instrumento para realizar sus designios. Medio poderosísimo es la Revista, que no debes olvidar.

Pregúntate todos los días: «¿Qué deberé hacer yo para honrar al Corazón de Jesús?». Haz que se familiaricen con esta pregunta todos los de casa, las personas piadosas, y cuantos suben a este monte que el Corazón de Jesús designó a D. Bosco como altar digno de su gloria: «TIBI-DABO». Te daré el Tibidabo para que me des honra en él. Sírivate todo lo dicho para entusiasmarlo más y más en la empresa.

Ruega por mi al Corazón de Jesús que tanto lo necesito.

Tuyo in C. J.
Sac. F. Rinaldi

Día 22 de Marzo de 1924

Muy estimado D. Miglietti: Me agradecería ver un esbozo de los trabajos que vais a ejecutar. Ruego al Corazón de Jesús os ayude a tributarle mucha gloria.

Acordaos de «su amor» y de «vuestra reparación». Cada viernes debería convertirse el Tibidabo en un brasero del que brotara perfume de incienso y fuego, esto es, «plegaria y amor».

Tuyo in C. J.
Sac. F. Rinaldi

Con motivo de la encíclica *Miserentissimus Redemptor* (1928) de Pío XI

Querido D. Ernesto:

Aprovéchate de la última carta de reparación del S. Padre para dar un impulso a las obras del Tibidabo. Es una carta a propósito para vosotros.

Es más, la noche anterior a la fiestas del Sagrado Corazón, organizad la adoración en vuestra iglesia, invitando a toda Barcelona y Cataluña entera para pasar la noche en oración.

Ea, más culto; háblese más; escribid a todos; trabajad para que el TIBIDABO sea el centro diario de gran reparación; en particular todos los viernes; sobre todo el primero de cada mes, y sin límites de entusiasmo en la fiesta del Sagrado Corazón.

Ánimo. Ánimo. Ánimo. Reine el sagrado Corazón; tenga en el Tibidabo su trono de gloria y de reparación.

Tuyo in C. J.
Sac. F. Rinaldi

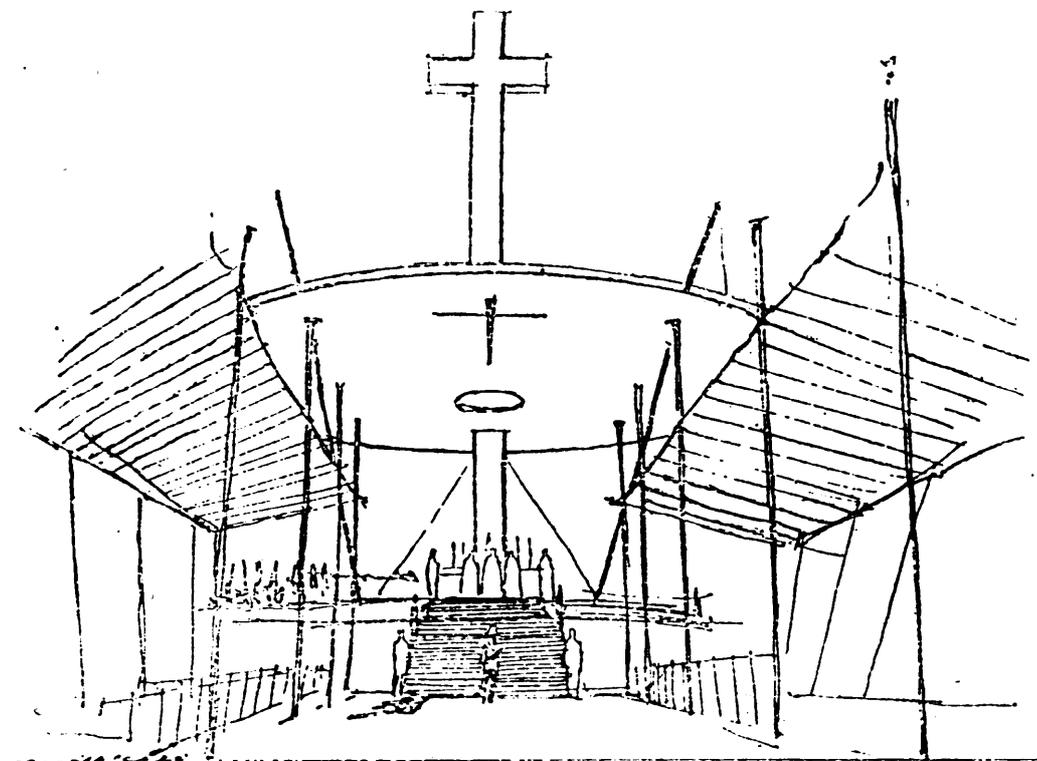
Octubre de 1929

Querido D. Miglietti: El Tibidabo no es simplemente un monumento de la ciudad de Barcelona, como «glorioso remate de la gran Capital», una obra de apostolado.

Con lo que ya hay, podréis realizar una obra digna de la populosa ciudad. Nuestro parecer es que conviene aprovecharse de toda oportunidad para arribar a la meta. El mundo no comprende esto, pero nosotros debemos realizarlo.

Tuyo in C. J.
Sac. F. Rinaldi

1952: XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona



El pecado: he ahí la verdadera causa de todo desorden individual y social, y consiguientemente de todas las discordias y de todas las guerras.

Ahora bien, el antídoto del pecado es únicamente la gracia, y fuente de ésta quien nos la mereció con su vida, pasión y muerte, y con su sacrificio de valor infinito, Jesucristo, que está sentado en el cielo a la diestra de Dios Padre, intercediendo por nosotros con gemidos inenarrables, y está también en el augustísimo Sacramento del Altar con su real presencia vivificando a su Iglesia y ofreciendo, de forma ahora incruenta, el mismo sacrificio de la Cruz.

El Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona será, por tanto, el verdadero Congreso de la paz, de la paz cristiana, de la paz integral, porque su actividad toda, estudio y oración, tendrá por objeto el problema de la paz del hombre considerado en toda su integridad, teniendo a la vista al hombre entero, tal cual es en su estado actual dentro de los planes de la divina Providencia, hombre caído por el pecado primero, pero elevado luego por los méritos de Jesucristo; hombre herido, pero sanado por la gracia; hombre que se reveló contra Dios, pero reconciliado con el mismo por el sacrificio del Hijo de Dios.

Y como quiera que el hombre no es un ser aislado, sino destinado a vivir y que de hecho vive en sociedad, también ese hombre social, considerado como miembro de la sociedad familiar, de la sociedad civil o de la sociedad internacional, necesita del elemento divino de la gracia para lograr una humanidad ordenada y sosegada, o sea pacificada.

De la Carta pastoral «Santidad y paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional», del obispo de Barcelona Dr. Gregorio Modrego Casaus (septiembre de 1951)

Mensaje del papa Pío XII a los participantes en el Congreso Eucarístico

SEA por siempre bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural.»

Venerables hermanos y amados hijos, representantes de todo el orbe católico que en estos momentos clausuráis en Barcelona las grandiosas jornadas del XXXV Congreso Eucarístico Internacional

¿Quién hubiera podido pensar cuando, en la tibia primavera de 1938, dirigíamos Nuestra palabra en la tan hermosa como desdichada Budapest al XXXIV Congreso Eucarístico Internacional, que en el siguiente íbamos a hacer oír Nuestra voz desde esta Sede Apostólica, y después de un paréntesis tan largo como doloroso? Cargado estaba el horizonte, y las expresiones que allí se escuchaban eran ya para ponderar lo dichoso que el mundo sería si quisiera seguir las exhortaciones del Sucesor de Pedro en favor de la paz.

Pero la voz fue desoída, el turbión descargó con estruendo y con estrago, y hoy, de nuevo, el grito angustioso, que escapa de todas las gargantas, es el mismo de entonces: ¡La Paz!

¡Cuánto se habla hoy de paz y de qué distinta manera! Para algunos, no es más que una formalidad exterior, hecha de palabras, impuesta por una táctica ocasional y constantemente contradicha por sus gestos y sus obras, tan contrarios a todo lo que dicen. Para nosotros, no; para nosotros, no hay más que una paz verdadera y posible, la de Aquel cuyo nombre es *Princeps Pacis* (Is 9,6), y cuyo Reino no consiste en goces terrenales, sino en el triunfo de la justicia y de la paz: *Nom est enim Regnum Dei esca et potus, sed iustitia et pax*,¹ una paz que se deduce como un imperativo ineludible de la fraternidad y del amor, que brota de lo más profundo de nuestro ser cristiano y que es el supuesto indispensable para otros bienes mayores y de un orden superior.

Os hablamos desde lejos, pero Nos parece que os vemos y que Nuestro espíritu se regocija al contemplar vuestra asamblea, porque en torno a la Eucaristía todo habla de paz: el ágape fraterno, el ósculo previo y hasta el mismo símbolo de muchos granos de trigo. La paz es unidad; pues, ¿dónde ir a buscarla sino en este sacramento *totius ecclesiae unitatis*?² Es fruto de la caridad; pues, entonces, ¿dónde encontrarla sino en este «Sacramentum

charitatis, quasi figurativum et effectivum»?³ Y si, como bien sabemos, los enemigos de la paz son la soberbia, la codicia y, en general, las pasiones desordenadas, ¿qué mejor remedio podremos anhelar que esta medicina celestial con la cual crecen la gracia y las virtudes, somos preservados del pecado, se complementa nuestra vida espiritual (Jb. q. 79 et passim) y, aumentando en el alma la caridad, son refrenadas las pasiones?⁴

España ha tenido el alto honor, justo reconocimiento a su catolicismo íntegro, recio, profundo y apostólico, de dar hospitalidad a esa magna asamblea que añadirá a sus fastos religiosos una página que ha de contarse entre las más brillantes de su fecunda historia; y en nombre de la vieja madre España, le ha tocado hacer los honores a la espléndida y próspera Barcelona, de la que no querríamos en estos momentos recordar ni la belleza de su situación, ni su clásica hospitalidad, ni su espíritu abierto siempre a todas las iniciativas grandes, sino, más bien, su tradición eucarística, cifrada en tres nombres: el santo de la Eucaristía, que fue san Ramón Nonato; un apóstol de la Comunión cotidiana, ya en el siglo XIII, que es santa María de Cervelló, y un alma que subió a todas las alturas de la mística, nutriéndose algunas veces tan sólo de Eucaristía, san José Oriol.

España y Barcelona, o, mejor dicho, el XXXV Congreso Eucarístico Internacional, pasará al libro de oro de los grandes acontecimientos eucarísticos por su perfecta preparación y organización, por la amplitud y acierto de sus temas de estudio, por la brillantez y riqueza de las exposiciones y certámenes que lo han adornado, por la imponente concurrencia presente, por el sentido católico que lo ha inspirado, especialmente recordando los hermanos perseguidos, y por el contenido social que se le ha querido dar, tan en consonancia con Nuestros deseos. Pero Nos, deseamos mucho más; Nos queremos proponerlo como ejemplo al mundo entero, para que al veros –tantas naciones, tantas estirpes, tantos ritos– «cor unum et anima una»,⁵ pueda comprender dónde está la fuente de la verdadera paz individual, familiar, social e internacional; Nos esperamos que vosotros mismos, inflamados en este espíritu, salgáis de ahí como antorchas encendidas que propaguen por todo el Universo tan santo fuego; Nos confiamos que tantas oraciones, tantos sacrificios y tantos

1. Rom 14,17.

2. S. Th.: 3, p q, 83. Art. 4 ad 3.

3. Ib q. 78. Art. 3 ad 6.

4. Cfr. Leo XIII. Enc. *Mirae Charitatis*, die 28 maii 1902.- Acta Leonis XIII. Vol. 22, 1903, pág. 124.

5. Act 4,32.

deseos no serán inútiles; Nos, reuniendo todas vuestras voces, todos los latidos de vuestros corazones, todas las ansias de vuestras almas, queremos concentrarlo todo en un grito de paz que pueda ser oído por el mundo entero.

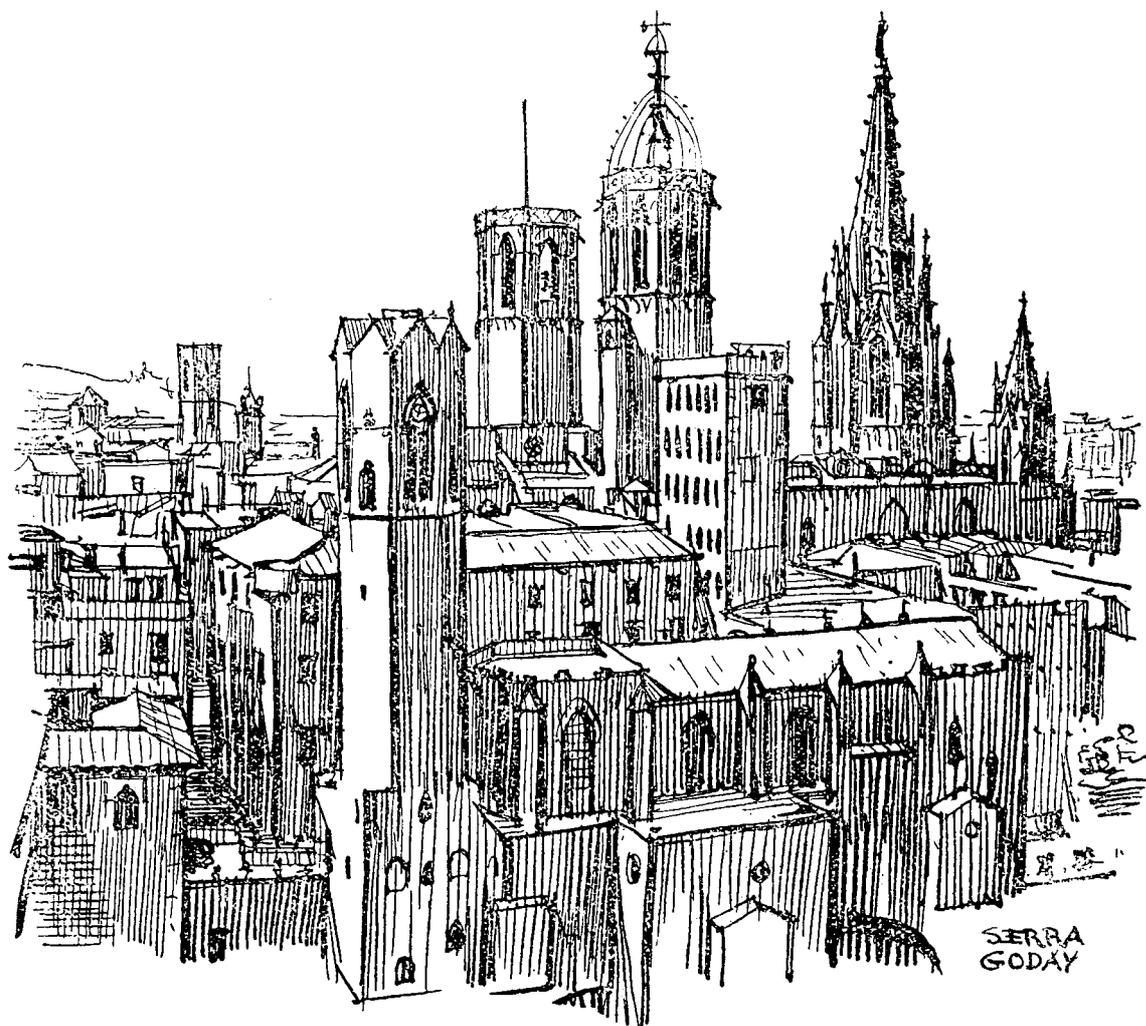
¡Oh Jesús amorosísimo, escondido bajo los tenues velos sacramentales, Cordero Divino, perpetuamente inmolado por la paz del mundo! Oye, finalmente, las ardientes plegarias de tu Iglesia, que, por boca de tu indigno Vicario, te pide para el mundo el fuego de la caridad, para que en ella se enciendan la unión y la concordia y al calor de éstas florezca en nuestra tierra, árida y desolada, el blanco lirio de la paz.

¡Que la unción de Tu Gracia —bálsamo escondido, fármaco suavísimo— sane en las almas las desgarraduras producidas por el odio, para que todos se sientan hermanos, hijos de un mismo Padre, que se nutren en una misma mesa con manjar celestial!

¡Que Tus palabras de paz, que el amor que siempre rebosa de Tu Corazón, inspiren a los regidores de las naciones, a fin de que sepan conducir a los pueblos que Tú

les has confiado por los caminos de la auténtica fraternidad, base indispensable de toda felicidad y todo progreso!

Hágalo así esa *Moreneta* de Montserrat, Patrona del Congreso y Madre de Cataluña, a la que desde aquí Nos parece ver en su nido de águilas volviendo sus ojos maternales hacia vosotros y bendiciéndoos con todo amor; háganlo san Pascual Bailón y todos vuestros santos y ángeles protectores, mientras que Nos, rebosando de gozo por haber podido ver en tan calamitosos tiempos un espectáculo tan hermoso como el que habéis ofrecido, os bendecimos a todos: a nuestro dignísimo legado, a nuestros hermanos en el episcopado, con su clero y pueblo, a todas las autoridades presentes, a cuantos han colaborado generosamente en la preparación y organización del Congreso, a cuantos en este acto final de tan solemne asamblea y, fuera de él, oyen Nuestra voz; a la Ciudad Condal, a España y al Mundo entero, cuyas ansias pacíficas hallan siempre completa correspondencia en Nuestro corazón de padre.



Recordando el XXXV Congreso Eucarístico Internacional de 1952

FRANCISCO MUÑOZ ALARCÓN, can.

DECÍA el Rev. Dr. Juan Serra i Puig, que fue Vicario General de la diócesis en dos periodos del pontificado de Mons. Modrego, que al poco tiempo de llegar a Barcelona D. Gregorio quiso pulsar las posibilidades de la diócesis barcelonesa, con un Congreso Eucarístico diocesano, que organizó pasado un año de su llegada a Barcelona. El Prelado escribía así el mismo año: «*Hemos advertido la gran devoción eucarística que aquí florece y fructificará: Adoración Nocturna con capillas y sagrarios tan dignos, el número de comuniones, la procesión del Corpus... y me asaltó la idea de un acto de glorificación, punto de partida de mayor fervor, más robusta fe viva, devoción práctica y efectiva para vivir como exige esa fe*». Comunicó esta idea, dice, a los sacerdotes reunidos en su primera Semana Sacerdotal y la aplaudieron. La finalidad añadía, será la reparación, la acción de gracias y una efusión de amor y de caridad «*que restañe heridas pasadas, reconciliando a todos los españoles; que haga sentir la solidaridad; que sea un grito por la paz, una plegaria por un orden social mejor*». Era como un ensayo de lo que ocho años después será el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

El año 1951 en el acto de clausura de la Misión general de Barcelona, el obispo Modrego escribe la primera carta pastoral sobre este gran acontecimiento, titulada «*Barcelona, sede del XXXV Congreso Eucarístico Internacional*». El tema general será, dice: «*La Eucaristía y la Paz*», aconsejado por las circunstancias de posguerra mundial. Emocionado, continúa escribiendo uno de sus numerosos elogios de Barcelona: «*En Barcelona que no cede el primer puesto en devoción y amor a la Eucaristía; Barcelona, la de las famosas procesiones del Corpus; que celebró en 1944 el Congreso Eucarístico Diocesano, que ha celebrado la Misión con 500 misioneros*». Y pone el Congreso bajo la protección de la Virgen de Montserrat.

Desde aquel escrito, sin abandonar la labor diaria, visitas recibidas y realizadas y resolución de los asuntos de gobierno episcopal, el obispo Modrego va delante de toda la organización, que él ha promovido, a pesar de que no fueran muchos los que en principio aprobaban la idea a realizar en tiempos tan difíciles para el mundo que salía de la conflagración mundial tan destructora de los años 1939 al 1945.

La nueva carta pastoral la titula «*Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional*»; es a la

vez doctrinal y práctica. Presenta el temario detallado sobre la Eucaristía y la paz familiar, social, internacional, en la Iglesia, y trata de todo lo que la organización exige, también de preparación espiritual: fundamentos teológicos, catequesis, oración, sacrificio... y acaba poéticamente diciendo que será «*una primavera terrenal, hecha símbolo de una primavera espiritual*».

Junto a este entusiasmo religioso, el obispo manifestó la preocupación constante por las necesidades sociales del momento «*la situación de los que viven en habitaciones pobríssimas*». Ya había promulgado la idea de lo que fue la obra de las Viviendas del Congreso Eucarístico». Eucaristía y caridad siempre unidas.

En la exhortación «*Ante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional*» había escrito: «*La historia demuestra que a mayor generosidad en el culto, mayor beneficio para los pobres... Desde el perdón y la reconciliación hasta la dádiva material en lo posible*».

Me estoy refiriendo al entonces obispo Gregorio Modrego, luego Arzobispo, artífice del Congreso cuyo quincuagésimo aniversario celebraremos, D.m., del 31 de mayo al 2 de junio.

La situación universal después de la devastación causada por la guerra, las aflicciones por los muertos en las crudas batallas, la necesidad de perdón y reconciliación personales y sociales fueron estímulo para elevar un clamor al cielo, ante el Santísimo Sacramento, restableciendo los Congresos Eucarísticos bienales suspendidos a causa de la guerra. España, y en ella la ciudad de Barcelona, ofrecían escenario para hablar en elocuentes términos de paz, mientras lo hacían con otra perspectiva las cancillerías de los estados del mundo.

Y la finalidad se logró. Prelados y fieles de todas las naciones acudieron a nuestra ciudad en busca de ese respiro de paz que se les ofrecía fundado en la religiosidad de este pueblo y en la devoción al Sacramento de la unidad, la Eucaristía. El eslogan fue: «*Eucaristía y Paz*», y la hubo. Los agentes del orden apenas hubieron de intervenir cuando más de un millón de congresistas llenaron los espacios del Congreso y clamaron unánimes: «*Cristo en todas las almas y en el mundo, la paz*».

Podemos añadir estadísticas que confirmen la grandiosidad del acontecimiento:

- número de personas, viajeros controlados: 1.526.998
- participantes en la procesión de clausura: 1.500.000

- cardenales: 49
- obispos: 225
- sacerdotes: 20.000
- países con representación: 80
- presbíteros ordenados en el estadio de Montjuïc: 820 en 21 altares.
- megafonía: 52 kilómetros de cable y 1.200 altavoces.

Entre otras anécdotas, destacamos la curiosidad del cardenal Gerlier, de Marsella, que quiso recorrer de noche los suburbios y quedó sobrecogido contemplando damascos sencillos y lamparillas encendidas en todos los balcones y ventanas de aquellos modestos barrios.

Este Congreso tuvo las dos vertientes propias de esta clase de actos. La intelectual y la espiritual, una y otra alrededor de la Eucaristía y concretamente del tema del Congreso: «*La Eucaristía y la Paz*». Teólogos y maestros de la vida espiritual cubrieron el primer aspecto. El clero y el pueblo llenaron los salones de conferencias y las iglesias en los actos de piedad. Una ordenación de 820 sacerdotes de diversas diócesis de España tuvo lugar en el estadio de Montjuïc. A todas horas hubo en numerosos lugares adoración a la Eucaristía, de jóvenes, de adultos, de familias, de la Adoración Nocturna, de niños, de obreros. Un certamen internacional de poesía tuvo como mantenedor al poeta y dramaturgo francés Paul Claudel. La sesión académica final del Congreso tuvo lugar en el Palacio Nacional. La procesión de clausura salió de la iglesia de Mont-Siú, en la Rambla de Catalunya, discurrendo por la Diagonal hasta el majestuoso altar construido en la plaza que, con motivo de este acontecimiento, se denomina de Pío XII, integrada por una concurrencia de más de millón y medio de personas; manifestación de carácter religioso no superada hasta ahora, en número, en Barcelona. Por la mañana del domingo de Pentecostés, 1º de junio de 1952, en el mismo lugar, celebrada la misa pontifical por el legado papal, el Jefe del Estado leyó la fórmula de consagración de España a Jesucristo Nuestro Señor. La gran jornada terminó con el mensaje radiado del Santo Padre.

Rompiendo con la tradición de los Congresos anteriores, no hubo en el de Barcelona más banquete que el de la Eucaristía. El obispo Modrego, de ejemplar austeridad de vida, se esforzó en evitarlos y lo consiguió, a pesar de

la presencia en Barcelona de un gran número de cardenales y obispos y de personalidades de todo el mundo reunidos por el Congreso.

El Congreso superó, según el testimonio de los peregrinos más conspicuos —cardenales, obispos, superiores generales de órdenes religiosas, periodistas extranjeros desplazados a Barcelona—, las experiencias de los congresos precedentes, anteriores a la guerra mundial, tanto por su organización como por las multitudes que movilizó en todos los actos y por la cantidad y variedad de los mismos, generales o sectoriales. Todo un pueblo, en su múltiple composición, ahora unos, en otros actos otros, todos: los creyentes fervorosos, otros menos habituales en las prácticas religiosas y hasta curiosos indiferentes con respeto, acudieron a los actos finales. El Congreso Eucarístico fue una sacudida interior para muchísima gente. Los frutos íntimos de conversión, de adoración personal, de respuesta a las llamadas del Señor, sólo Dios los sabe. Hay muchas personas todavía, que, al evocar el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona, dicen: ¡Oh, qué días aquellos, qué vibración de fe! Razón tenía Pío XII, el papa que nos dio el Congreso, cuando calificaba a nuestra ciudad: «*La espléndida Barcelona*».

Es justo que demos gracias a Dios los que sobrevivimos recordando aquellas sublimes jornadas y que relatemos a los que vinieron a la existencia años después lo que entonces experimentamos.

No olvidemos que la Eucaristía celebrada impulsa a la misión. La gran urbanización de 10.000 habitantes, denominada «*Viviendas del Congreso Eucarístico*», es en nuestra ciudad el fruto sazonado de la devoción y del culto que aquél, como todos los demás eventos religiosos, siempre han de traer en obras de caridad y sociales. La carencia de habitación para tantos inmigrantes, entonces mal albergados en Barcelona recibió fuerte impulso de solución, junto a otros intentos, para resolver el problema de la vivienda en aquel momento y en los sucesivos en nuestra ciudad. Aquel barrio tan bien urbanizado y sólidamente construido ofreció vivienda amortizable en su precio a usuarios distribuidos en porcentajes de obreros, comerciantes, empleados, matrimonios jóvenes. En el centro se construyó la iglesia parroquial de San Pío X, el papa de la Eucaristía.



Barcelona a los pies de la Eucaristía

GERARDO MANRESA PRESAS

La Eucaristía y el Reinado social de Jesucristo

QUIÉRASE O NO el Congreso Eucarístico Internacional que hace cincuenta años se celebró en Barcelona, no ha podido ser olvidado por ninguna de las personas que lo vivieron. En la prensa actual están apareciendo artículos y entrevistas de personas que lo vivieron y cada uno lo comenta según su actual forma de pensar, que en muchos casos ha cambiado completamente desde aquellas fechas. Pero, ¡qué le vamos a hacer! También yo, que tenía entonces diez años, recuerdo el ambiente que se vivió y el entusiasmo que despertó en toda mi familia y amistades, haciéndonos participar en muchas de aquellas celebraciones. También recuerdo la ciudad de Barcelona engalanada para honrar a la Eucaristía y vivir aquellos días con fe y caridad.

«La Eucaristía y la Paz», lema del Congreso

El lema del Congreso Eucarístico de Barcelona fue «La Eucaristía y la Paz». El mundo acababa de salir de una guerra mundial, la más sangrienta que ha existido, y la Iglesia quiso volver a anunciar al mundo, tanto a las personas como a las naciones, quién era el Único que podía traer la paz y dónde debían buscarla.

Queremos extraer de la revista *CRISTIANDAD* de junio de 1952 unos documentos que reflejan el ambiente de aquellos días en que Jesús Eucaristía presidió la ciudad y la nación española.

En la Carta Apostólica al XXXV Congreso Eucarístico, Pío XII decía:

«Porque, si bien han transcurrido ya siete años desde el final de la guerra, se echa de menos la tan suspirada paz, es decir la paz de las almas y de los corazones, la paz familiar y social, la paz entre todos los pueblos y naciones. (...) No puede en absoluto existir la paz entre los hombres sin que estribe sobre la doctrina, los mandamientos y ejemplos de Cristo. Sólo de éstos brota de forma espontánea el honor y la dignidad de la persona humana, la exaltación y el deber de la obediencia, la autoridad de la sociedad civil y la unidad estrechísima del género humano, la santidad del matrimonio y de la familia cristiana. Ahora bien, ¿hay algo más propio y eficaz para conseguir la armonía de todos los hombres y los pueblos que el triunfo de la Eucaristía en las almas y en las naciones? ¿Por ventura no cabrá esperar de esto lo que la Madre Iglesia implora, piadosa y confiadamente, en la cele-

bración de dichos misterios, o sea que «Dios conceda propicio los bienes de la unidad y de la paz», místicamente figurados bajo la ofrenda que se hace? (Oración de la misa de Corpus Christi)».

El Congreso, que se celebró durante los días 27 de mayo al 1 de junio, fiesta de Pentecostés, fue una manifestación pública de fe que trascendió a Barcelona y a España; toda Europa e Hispanoamérica recibieron su influencia.

En aquellos seis días pudimos ser testigos de actos que hoy día nos son totalmente inaccesibles, la ordenación de ochocientos veinte nuevos sacerdotes en el estadio de Montjuïc, la reunión de diez mil niños y niñas que habían recibido la primera Comunión en aquel año en la explanada del Templo de la Sagrada Familia, la vigilia de Adoración Nocturna en el Templo del Tibidabo y aquella vigilia nocturna de más de doscientos mil hombres que, animados por las palabras del jesuita padre Lombardi, confesaron y comulgaron. Todo ello culminó el día de Pentecostés, 1 de junio, con la misa pontifical, en la mañana y la procesión del Santísimo Sacramento por las calles de Barcelona, desde la Catedral hasta la plaza de Pío XII, que fue seguida con profunda piedad y devoción por unos dos millones de personas. En el mensaje final el papa Pío XII nos volvía a recordar:

«¡Cuánto se habla hoy de paz y de qué distinta manera! Para algunos, no es más que una formalidad exterior, hecha de palabras, impuesta por una táctica ocasional y constantemente contradicha con sus gestos y sus obras, tan contrarios a todo lo que dicen. Para nosotros, no; para nosotros, no hay más que una paz verdadera y posible, la de Aquel cuyo nombre es Princeps Pacis (Is 9,6), y cuyo Reino no consiste en goces terrenales, sino en el triunfo de la justicia y de la paz: Non est enim regnum Dei esca et potus, sed iustitia et pax, (Rom 14,17), la paz que se deduce como un imperativo ineludible de la fraternidad y del amor, que brota de lo más profundo del ser cristiano y que es el supuesto indispensable para otros bienes mayores y de un orden superior.»

Clima de paz social

El ambiente que reinó en Barcelona en aquellos días es difícil de describir, pero quizás la frase que más exactamente lo resume es la que dijo el P. Elías Ferreres, sacerdote escolapio, al afirmar que «durante aquellos días

en Barcelona no se cometió un solo pecado mortal». Este clima le hizo escribir a Roberto Coll Vinent, en la editorial del número 198 de nuestra revista, del 15 de junio de aquel año:

«El mundo católico respira todavía, gozoso, en el clima eucarístico que el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona ha hecho revivir...

»Una nota característica, entre muchas, queremos hacer resaltar aquí: el Congreso Eucarístico de Barcelona ha venido a ser una nueva y solemne proclamación de la realeza de Jesucristo por parte del pueblo cristiano, un deseo explícito y ferviente de que el Dios del amor, el Dios de la paz, reine efectivamente sobre el mundo entero, una protesta de la esperanza que en Jesucristo ponen, todavía hoy, todos los pueblos que un día recibieron el mensaje evangélico, que es mensaje de salvación y de paz.

»El grito blasfemo de “No queremos que éste reine sobre nosotros”, pronunciado primero por el pueblo deicida, repetido luego por la sociedad moderna y apóstata que engendró la Revolución, ha tenido estos días en el Congreso de Barcelona una réplica muda pero elocuente en la afirmación de fe de una ciudad entera convertida, por unos días, en custodia de nuestro Rey y en templo de toda la Cristiandad...

»Ningún argumento, ninguna fuerza humana, ningún poder exterior podía conseguir el orden perfecto, el silencio, el fervor de aquellos días de cielo. Un millón de comuniones repartidas en el intervalo de veinticuatro horas. Esta es la única explicación a tanto portentoso y a tanta maravilla.

»“Venga a nos el tu Reino”, ésta ha sido la plegaria que han musitado las almas reunidas en torno a la mesa eucarística, que es mesa de paz. Que reine Cristo en las inteligencias y en las voluntades. Que reine en el seno de las familias, que reine en toda la sociedad. Cuando rezábamos por la paz, individual y familiar, social e internacional, proclamábamos todos, con conciencia más o menos clara, que sólo el reinado efectivo de Cristo puede devolver al mundo el don divino de la paz.»

Frutos sociales del Congreso Eucarístico

EL prelado de la diócesis, Dr. Modrego, ya con anterioridad al Congreso Eucarístico, quiso que el incremento del espíritu cristiano, que sin duda se iba a producir en los barceloneses, especialmente los que poseían mayores posibilidades económicas, lo plasmaran en una realidad tangible dedicando sus recursos económicos a la ayuda de las clases más modestas. «*El problema a cuya solución se quiere contribuir con ello, no es de índole meramente económica. Como parte integrante que es de otro más vasto, el problema social, encuentra, en no pequeña parte su origen en el decaimiento general del espíritu cristiano, característico de nuestra*

época. Un decaimiento que permite al hombre permanecer impasible ante el sufrimiento de muchos de sus semejantes. La Eucaristía es Amor y amar es compadecerse de modo eficaz», decía nuestro colaborador Himmanu-Hel, seudónimo de Oriol Cuffí en el nº 193 del mes de abril del año 1952, *¿a quién podrá parecer ilógica, entonces, la construcción de viviendas a favor de los que carecen de ella, en la forma que exige la dignidad humana y los adelantos de la moderna civilización?»*. Y como fruto de esta iniciativa nació un barrio barcelonés, el barrio del Congreso, con la aportación de todos los barceloneses que sintieron como propia esta necesidad.

¿Sabremos conservar las gracias recibidas?

COMO se puede deducir de estas líneas el renacimiento del espíritu cristiano, fruto del Congreso Eucarístico, fue una realidad que vivieron los barceloneses aquellos meses. Pero ya Luis Creus Vidal nos advertía, por aquellas mismas fechas, que Satanás no se dejaría vencer fácilmente.

«¿Acaso no hay motivo para sentirse entusiasmado al ver cómo en el divino tablero, en el gran campo de juego del mundo y de la historia, le hemos ganado tantos puntos a Satanás? Quizás el lector se sonría. Hace años, cuando nuestros padres vibraban de otro modo- tanto vibraban, que gracias a la herencia de su vibración hemos vibrado ahora nosotros -, un poco ingenuamente, pero con hartazgo heroísmo, en sus cantos desafiaban los «bramidos de Satanás». ¿Es que Satán no debe bramar, ahora, ante el espectáculo que le ha dado Barcelona, a los tres lustros en que logró incendiar la totalidad absoluta, el cien por cien de nuestros templos?

»Ya lo sabemos, ya lo sabemos. No nos hemos de dormir en nuestros laureles. ¡Menguado sería aquel que creyese que ya hemos alcanzado el reinado del Sagrado Corazón! Pero, ¿no es legítimo, tras el Congreso, sonreír, engreírnos un momento en el colosal triunfo, y cantarle el trágala a todas las potestades del Infierno, que no han podido, ¡no han podido!, con España?

»Exultemos. Y preparémonos luego. Exultemos, porque no hemos de ser aves de mal agüero por sistema. Exultemos por el triunfo sobre todas las masonerías y preparémonos para su contraofensiva. No por nuestro valer, sino por el que Cristo nos ha concedido, al hacer que, soldados suyos, podamos habernos apuntado tal triunfo, por esta divina categoría, pues hemos de prepararnos para la embestida del Infierno. De momento, seguramente no pasará nada. Probablemente el diablo recurrirá —a veces también le falta fantasía— a la vieja leyenda negra y a la conspiración del silencio. No faltará, por ahí, más de un periódico imbécil que le secunde. Pero ésta no la perdona. El homenaje total, absoluto, explosivo, de una ciudad entera, ante Jesús-Hostia, y una parte de una ciudad moderna, enorme, donde precisamente cre-

yó sentar sus reales, no lo olvidará. Preparémonos. Las armas realmente eficaces, las del padre Claret, las de un Sardà i Salvany a que antes nos hemos referido, las de tantos humildes sacerdotes de barriadas sacrificados y abnegados, las de tantas mujeres buenas y piadosas, han sido las del sobrenaturalismo y las de la humildad. Esto ha destrozado la causa de Satanás en Barcelona. Esto ha devuelto a Cataluña aquella típica religiosidad militante que la caracterizaba, y que provocó su reacción civil que tuvo su mayor explosión en el Bruch. Aquella Cataluña viril y combativa, que tanto echamos de menos, abandonado español de las causas de Dios.

Conservar – Barcelona, se nos ha dicho, es una custodia – en esta custodia espiritual, todos nuestros valores en su integridad, todo su espíritu que acaba de hacer explosión por calles y plazas, es el objetivo futuro, porque salvando el alma, se supera todo. Arrimada al Papa ésta será la contribución de Barcelona, de España, a la paz: proclamar constantemente con energía santa la realeza de Cristo, como acaba de hacerlo ante su Sacramento. Y empeño de todos los buenos, ha de ser conservar *íntegramente*, la sal bendita de esta tierra. Si esta sal no pierde su fuerza, estamos salvados.»

La revancha de Satanás

Tal como había dicho Luis Creus, el demonio no perdonó a Barcelona y a Cataluña esta gran manifestación de fe y amor a Jesucristo y a su Vicario en la tierra y en los años siguientes, como a todos ha sido patente, hemos sufrido los despiadados ataques de Satanás. Quiero poner tres ejemplos que manifiesten las consecuencias de estos ataques.

En primer lugar, la incredulidad que reina hoy en día en la ciudad, en Cataluña y en España, donde la única ansia de la mayor parte de los ciudadanos es la economía, el poder y, lo que se «mal-llama», calidad de vida (comodidad y egoísmo), trayendo como consecuencia el vacío de las iglesias. Ahora sería difícil conseguir que doscientos cincuenta mil hombres barceloneses se reunieran para confesar y comulgar en una vigilia. En segundo lugar, y como consecuencia de la anterior, con la baja natalidad en la mayoría de las familias sería muy difícil reunir a más de diez mil niños que hubieran hecho en este año la primera comunión. Y, en tercer lugar, también con-

secuencia de la falta de familias numerosas, se ven hoy día los seminarios vacíos; es inimaginable hoy poder reunir a ochocientos nuevos ordenandos para su elevación al sacerdocio.

La esperanza del reinado de amor y de paz

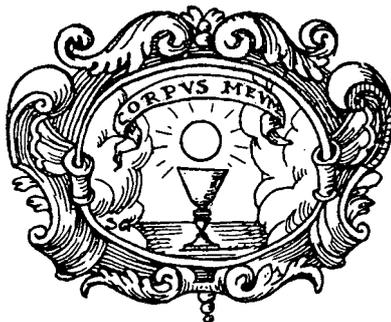
TODO lo que Satanás pueda hacer es muy triste y muy lamentable y hemos de luchar sin desfallecer para evitarlo con nuestra oración y nuestro sacrificio, pero lo que no hemos de olvidar nunca y hemos de guardarlo en nuestro corazón, son aquellos días, de los cuales los barceloneses hemos sido testigos, como dice la editorial de la revista del 15 de junio del año 1952:

«La regeneración espiritual del mundo que la Iglesia y el Papa, su Cabeza visible, predica incansablemente, no se nos puede ofrecer como una utopía imposible. El milagro se ha verificado en Barcelona, aunque la inconstancia y las claudicaciones de nuestra inmensa debilidad hagan menos visibles los frutos excelsos de estas jornadas esplendorosas. Los hombres quieren la paz. Los hombres todos intuyen, cuando la gracia de Dios se derrama sobre sus corazones, que esta paz sólo vendrá por los caminos del amor y de la justicia, por caminos sobrenaturales. Una ciudad que ha vivido por unos días bajo el influjo milagroso de la gracia divina, que se ha derrochado sin tasa sobre tantas almas, ha experimentado de cerca esta verdad.»

Así como los apóstoles Pedro, Santiago y Juan fueron, por unos momentos, testigos de la gloria del Señor en su Transfiguración en el monte Tabor, así los barceloneses pudimos gustar, por unos días, de aquellas dichas que Pío XI pretendía lograr con la instauración de la fiesta de Cristo Rey: «el día venturoso en que todos los hombres, hombro con hombro, serán un solo rebaño y obedecerán a un solo Pastor».

¡Esto debe alimentar nuestra esperanza y hacer que nuestras oraciones lleguen a adelantar la hora, como hizo María, nuestra Madre, en la bodas de Caná, de este gran día! ¡Venga a nosotros tu reino, Señor Jesús!

¡No!, ¡Seamos, como san Juan, más exigentes!: ¡Ven, Señor Jesús!



Crónica del XXXV Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona

HIMMANU-HEL, seudónimo tras el que se escondía el prolífico redactor de *Cristiandad* José Oriol Cuffí Canadell escribió para la revista esta minuciosa crónica de los actos y del ambiente del Congreso, que se publicó en el número 199-200, 1-15 de julio de 1952, todo él dedicado al acontecimiento eucarístico.

CREO que nunca se celebrará otro Congreso Eucarístico revestido de tanta magnificencia y entusiasmo. Solo podía obrar lo que he visto, la gracia del Señor, que ha querido así bendecir la obra de un pueblo insuperable.» Estas palabras del legado de Su Santidad, Emmo. cardenal Tedeschini, resumen y sintetizan lo que ha sido el Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. Decir que el Congreso Eucarístico de Barcelona ha superado en muchos aspectos las previsiones más optimistas y que hasta el presente no se ha dado manifestación pública de fe que pueda igualársele, no es mera retórica, sino expresión, tan sólo, de que en este caso resulta difícil dar con las palabras que reflejen exactamente la idea que con ellas se pretende significar.

«Benedictus qui venit in nomine Domini»

A las seis cuarenta y siete minutos de la tarde, del martes 27 de mayo, el break del Ministerio de Obras Públicas se detenía en el muelle de la Paz de Barcelona. De pie, sobre el estribo, se recortó entonces la figura señera, alta y estilizada del legado papal, su eminencia el cardenal Federico Tedeschini. La blancura extraordinaria de su pálido rostro contrastaba con la púrpura del vestido. El momento fue de una emoción indescriptible. Mientras millares de pañuelos se levantaban al aire y las voces enronquecían a los gritos de «¡Viva el Papa!», los sonos metálicos de la banda de música que entonaba el himno pontificio, las sirenas de los buques, los estampidos de los cañones y el volteo triunfal de las campanas anunciaban a la ciudad la llegada del que venía a ella en nombre del Señor.

El cardenal saludó a las autoridades que habían acudido a recibirle, revistó a la tropa, y después de corresponder a las frases de bienvenida del alcalde de la ciudad, subió con éste a un coche descubierto para dirigirse a la Catedral. Siguiendo a paso lento el itinerario trazado a la comitiva y que comprendía las Ramblas, plaza de Cataluña, calle Fontanella, Vía Layetana y plazas de la catedral y Nueva, para dar término en el Palacio

Episcopal, el coche del cardenal Tedeschini, precedido de los de los ministros y autoridades y flanqueado de la escolta de la Guardia Municipal a caballo y de gran gala, semejaba la quilla de un navío que fuese abriéndose paso por en medio de dos olas de gigantesco entusiasmo. La multitud era un mar de infinitas cabezas, coronadas a todo lo largo del trayecto por una nube de pañuelos que flameaban sin cesar. En la garganta de muchos, los vítores al Papa ahogábanse a menudo en sollozos de emoción.

Barcelona vivía, en aquellos momentos, uno de los espectáculos más impresionantes de su historia, por la grandeza de la manifestación en que aquél consistía, pero, acaso mucho más, por la sincera y espontánea devoción de los que en ella participaban.

Desde el Palacio Episcopal, donde descansó breves momentos, su eminencia el cardenal legado se dirigió bajo palio, cuyas varas sostenían caballeros de las Órdenes Militares de San Juan de Jerusalén y del Santo Sepulcro, a la catedral basílica. Tras la lectura de la Bula Pontificia, el Excmo. Sr. Obispo de Barcelona pronunció una vibrante alocución en la que puso de manifiesto el entusiasmo que el Congreso había despertado en Barcelona, en España y en el mundo entero, vivo reflejo del cual, eran las ansias de colaboración que en todas partes había encontrado.

Después del discurso del presidente del Comité Permanente de Congresos Eucarísticos Internacionales y arzobispo de Ottawa, monseñor Vachon, habló su eminencia el cardenal legado. Dijo el cardenal Tedeschini que había oído con suma complacencia y emoción los discursos de los prelados de Barcelona y Ottawa, pero que había escuchado, ya antes, con singular enternecimiento, un discurso que sin estar hecho de palabras resultaba único en su género: el del entusiasmo y el fervor del pueblo español, que desde la frontera hasta Barcelona no había cesado de acompañarle. «Mi palabra, añadió, es incapaz de expresar lo que he visto. He pensado en las palabras de san Pablo, y como él puedo decir que no he visto nunca, ni he oído nunca, lo que aquí he visto y oído.» Después de señalar que España era el lugar adecuado para la

celebración del Congreso Eucarístico Internacional, en medio de un mundo en el que parece sólo haya espacio para congresos políticos, técnicos y científicos, dijo: «Gracias, Señor, porque me habéis hecho la gracia de poder ver lo que he visto esta tarde. En futuros Congresos podrá llegarse a tanto, pero nunca superar el entusiasmo de la Barcelona de hoy». A las diez menos cuarto de la noche terminaba la función de la catedral. Pese a lo avanzado de la hora, la multitud permaneció estacionada en espera de poder tributar de nuevo sus muestras de respeto y de entusiasmo a la persona del legado de Su Santidad, muestras que se reprodujeron durante todo el trayecto del cardenal Tedeschini, hasta su alojamiento en el Palacio Nacional de Montjuïc. Ya entonces la ciudad ofrecía un maravilloso aspecto. Las fachadas de los edificios, sobre todo los de las vías céntricas de la capital se hallaban espléndidamente iluminadas. Los balcones de las casas particulares lucían colgaduras y cruces y emblemas luminosos del Congreso. Sobre las amplias avenidas de la capital, gallardetes con el oro y plata y el rojo y gualda de las enseñas pontificias y de España, respectivamente, se columpiaban gozosos al viento. Las gentes se echaban a las calles hasta el punto, que el tránsito en éstas se hacía dificultoso. Había empezado el Congreso Eucarístico.

La vigilia de la Adoración Nocturna en el Tibidabo

AQUELLA misma noche subía el que esto escribe al Tibidabo. En el recinto exterior al templo recientemente inaugurado, se encontraban millares de adoradores nocturnos con sus banderas. En la amplia explanada de la parte inferior, que se abre frente a las escaleras de la cripta, una multitud de fieles seguía devotamente la religiosa función, con los ojos fijos en la custodia, que se divisaba a lo alto, sobre el altar, erigido en el centro de un templete. Delante de él, el Excmo. Sr. obispo de Málaga, Dr. Herrera Oria, dirigía una fervorosa plática a los fieles allí congregados.

En medio de un silencio impresionante, cortado apenas por el suave rumor de las brisas nocturnas, la voz vibrante y plena de castellanas rotundidades del prelado, venía a ser como un eco de la paz que respiraban los corazones, a los pies del Señor Sacramentado y dentro de una atmósfera de piedad eucarística que, ya en aquella primera jornada del Congreso, se anunciaba difícilmente superable. A la plática siguió la misa de comunión, y, a partir de aquel momento, fueron sucediéndose en los diferentes altares de la cripta y del templo las misas que celebraban sacerdotes venidos de todas las partes de la nación y del mundo. Eran las dos y media de la madrugada, cuando llegábamos al término de la avenida del Tibidabo. Atrás quedaba todavía una gran multitud de fieles, esperando pacientemente su turno, para descender a la ciudad.

El día de la Eucaristía y de la Paz familiar

EL día primero, propiamente dicho, del Congreso, subsiguiente a la llegada del cardenal legado de Su Santidad, venía dedicado al tema «La Eucaristía y la Paz familiar».

Las solemnidades del día dieron comienzo con una misa en la explanada del templo expiatorio de la Sagrada Familia, a la que asistieron, en número superior a diez mil, los niños y niñas que durante este año recibieron por vez primera en nuestra ciudad a Jesús Sacramentado. Los niños recubiertos de la alba vestidura de primera comunión, concurrieron al acto acompañados de sus familiares y de gran número de fieles congresistas. Ofició la santa misa el Excmo. Sr. obispo de Pamplona, Dr. Enrique Delgado, y preparó a los niños para la Comunión, el reverendo Dr. Ros, secretario para los actos escolares del Congreso. Durante el ofertorio presentaron sus dones de incienso y flores y de las hostias para su consagración. La Sagrada Comunión fue impartida por el obispo celebrante, ayudado por los diversos prelados que asistieron a la misa, y cincuenta sacerdotes. Al final, el Sr. obispo de Barcelona dirigió breves y sentidas palabras a los niños. Les exhortó a que guardaran siempre la pureza del alma para conseguir siempre la gracia del Señor, y a que rogaran insistentemente por la paz de las conciencias y la paz entre los pueblos. «Será vuestra plegaria, dijo, la más querida y la que mejor puede elevarse hacia los cielos. Niños y niñas, terminó diciendo, amad siempre a Jesús con ese amor y esa devoción con que le habéis abrazado al recibir el Pan de los Angeles.»

Por la tarde del mismo día, tuvo lugar una imponente concentración. En la nueva plaza de Pío XII, sita en Diagonal-Pedralbes y cuya vista irá unida en adelante para los barceloneses al recuerdo imborrable de solemnidades eucarísticas sin par, se encontraban reunidas más de ciento cincuenta mil personas. Sobre el fondo de un mundo que habla de paz, guiado por móviles de rastreo materialismo, el espectáculo de la plegaria de millares de niños, que en alas de la inocencia ascendía pura a los cielos en súplica por la verdadera paz, se nos antojaba el mentís más rotundo que la verdad puede oponer a la mentira. Y cuando de una y otra parte de un famosísimo telón se pretende establecer la convivencia entre los pueblos y dentro de las naciones, sobre principios modernistas, que desconocen ser la familia cristiana base indispensable para la sustentación de aquélla, los católicos españoles, y con ellos los del mundo entero, rendían homenaje a Jesús Eucaristía por haberles concedido el gozo de un hogar, formado a ejemplo del divino modelo de Nazareth, plantel fecundo de la única y auténtica vida.

Veintiocho prelados de la Iglesia asistían al acto, entre ellos los cardenales Pla y Deniel y Caggiano, los arzobispos de Ottawa y Granada, y el obispo de Barcelona. El Rvdo. Dr. Tusquets, delegado catequístico diocesano, pronunció una bellísima plática. Los niños hicieron su plegaria por la paz, por boca de uno de ellos,



y realizaron su ofrenda por el éxito espiritual del Congreso: 2.606.178 misas, 2.647.877 comuniones, 4.267.802 rosarios, 3.454.970 visitas al Santísimo y 10.562.250 actos de caridad. A continuación se llevó al altar el Santísimo Sacramento. Copiamos de un periódico local: «Seguidamente subieron al presbiterio para realizar la ofrenda tres familias: una, representando a las más numerosas, que era la del almirante don Pascual Cervera, que ha educado cristianamente a catorce hijos; otra representando a las que han dado más vocaciones religiosas entre sus hijos y que era la de don Fidel Legido, que ha entregado al Señor los ocho hijos que ha tenido: dos carmelitas, tres jesuitas y las tres hijas, religiosas de Nuestra Señora. Y por fin, la familia que más ha sufrido por la fe, que era la de doña María Gavín, viuda de Tort, que de trece hijos ha tenido cuatro vocaciones religiosas. En el hogar de esta familia se refugió cuando la persecución, el obispo de Barcelona, don Manuel Irurita, que fue asesinado con el marido de la ofertante.»

«El almirante Cervera, con voz clara, ha leído su ofrenda. A las glorias que ha conseguido en su digna y brillante carrera militar, el almirante ha unido la de su familia, la más amada a los ojos de Dios. Asimismo han resultado sumamente emocionantes las otras dos ofrendas. La de la señora viuda de Tort ha sido compuesta por el actual prelado, Dr. Modrego. En las pupilas de los asistentes al extraordinario y emotivo acto, brillaban las lágrimas incontenibles.»

Después, el señor arzobispo de Granada, Dr. D. Balbino Santos Olivera, pronunció una emocionada alocución

en la que, tras analizar los peligros que modernamente amenazan a la familia cristiana, hizo notar que para salvar a ésta de la corrupción ha de irse a la Eucaristía, que es Pan de los Ángeles, trigo de los escogidos y vino que engendra vírgenes. Declinaba ya el día, cuando el cardenal Caggiano procedía a impartir la bendición con el Santísimo. Después se dio lectura a un mensaje de Su Santidad a la familia cristiana, en el que se decía que debe ser ésta a modo de jardín, donde los hijos sean como lirios que Jesús venga a cortar. El Marqués de Vivel, presidente de la Confederación Nacional de Padres de Familia, pronunció seguidamente un entusiasta discurso, tras el cual se dio por finalizado el acto.

Dos actos solemnes en el recinto de la Exposición de Montjuïc

EL jueves, 29 de mayo, era el día de «La Eucaristía y la paz social». Glosa encendida del tema enunciado, fue la magna concentración laboral, en la que se calcula participaron medio millón de personas, que tuvo por marco la magnífica avenida de María Cristina, que se extiende a los pies del Palacio Nacional de Montjuïc. Cuatro cardenales, diecinueve arzobispos y cuarenta y cinco obispos presidían la ceremonia. Junto a ellos cinco ministros de la nación y multitud de personalidades. En primer término, hicieron uso de la palabra los Excmos. y Rvdmos. señores obispos de Barcelona y arzobispo de Tarragona. Después de la entrega de ofrendas, un empresario, un técnico y un obrero consagraron a la Eucaristía sus respectivos estamentos laborales, y una vez llevado el Santísimo Sacramento al altar, desde la vecina parroquia de Santa Dorotea, prendieron el entusiasmo y el fervor en el ánimo de la muchedumbre, con su evangélica palabra, los cardenales de Toledo y Nueva York, monseñores Pla y Deniel y Spellman. Del primero son estas significativas palabras: «La Iglesia santifica el trabajo y bendice el ascenso de las clases inferiores a las superiores; si las encíclicas papales no se cumplen, no echéis la responsabilidad a la Iglesia, que no hace política y sólo pide en nombre de su divino magisterio la libertad para prodigar y decir la verdad, esa verdad que los auténticos apóstoles del obrerismo, surgidos de vosotros mismos, deben llevar al terreno de las realizaciones.»

A la mañana del día siguiente, la avenida de María Cristina se convertía de nuevo en amplio y luminoso escenario de otro solemne acto eucarístico. Era esta vez el Ejército de España el que rendía corporativamente sus gloriosas banderas ante el Señor de los Ejércitos, en prueba de pleitesía y homenaje a Jesús Sacramentado. Presididos por los ministros del Ejército, del Aire y de Marina, tenientes generales Muñoz Grandes, González Gallarza y almirante Moreno Fernández, respectivamente, generales, jefes, oficiales, suboficiales y soldados de todos los puntos de la nación se alineaban frente al altar, donde se

celebraba una misa de campaña. En el ofertorio de ésta, el obispo de la Seo de Urgel y co-príncipe soberano de los Valles de Andorra, Dr. Iglesias Navarri, coronel castrense, pronunció una plática. Terminado el santo sacrificio de la misa, se expuso el Santísimo. La tradición del Ejército español, cargada como la de otro ninguno, de sentido y esencias de cruzada, parecía estar presente en las palabras del arzobispo de Sion y vicario general castrense, Dr. Alonso Muñozerro, para infundirles acentos de inigualable verismo: «Sucesores en vocación militar y fe cristiana de los soldados que por mar y por tierra dieron escolta a Vuestra Divina Majestad en todos los continentes, como ellos os rendimos armas hoy, con una plegaria que brota de todos los corazones que sienten con vuestro Vicario el Papa: Señor, danos la paz.»

Comunión nocturna de los hombres

LA noche del jueves 29 de mayo, quedará registrada en la historia del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona como la fecha de uno de los actos más solemnes y emotivos, que en el transcurso de aquél tuvieron lugar. Estaba destinada aquella noche a la celebración de la comunión general para hombres. A lo largo de la Diagonal se dejaba oír la voz del locutor que en distintas lenguas daba instrucciones para la ceremonia. Fundidos en una enorme masa de gentes, de autobuses, coches y camiones, avanzábamos camino de Pedralbes. Imposible, de no habérselo procurado horas antes, hacernos a aquellas alturas con un medio de locomoción a propósito, para salvar la distancia desde la plaza de la Victoria hasta las inmediaciones de la de Pío XII. A medida que nos acercábamos a dicho lugar, las voces de los «claxons» cesaban y se desvanecían los murmullos de los comentarios. Sólo se oía acompasado el rumor de las pisadas sobre el asfalto. El aire se hacía todo él silencio.

En la interminable hilera de sillas que sobre la calzada, y a sus flancos, bajo la fronda de los árboles, se extendía hasta el altar iluminado, veíanse a intervalos sacerdotes administrando el sacramento de la Penitencia: hitos luminosos que señalaban la ruta hacia la suprema del encuentro con Dios simbolizado en el altar. Comenzaba su sermón el P. Lombardi. El P. Lombardi habla sin ningún género de artificio retórico. Parece quiere desnudar su palabra de todo obstáculo que pudiera impedirle el convertirse en adecuado recipiente de la gracia de Dios. Y la gracia de Dios fluye en ella mansa y quedamente, hasta conmover los corazones. Mensajero de la palabra de Dios, el P. Lombardi ha recorrido los campos en ruinas de la vieja Europa y los ubérrimos en promesas de fruto de la nueva América. Al lado de espléndidas realizaciones de la materia, el P. Lombardi ha contemplado a muchos hombres sin pan, sin trabajo, sin hogar. Es que en este mundo que parece tenerlo todo, falta una cosa. Y

el orador va demorando, hasta darnos tiempo a que la adivinemos qué cosa sea ésta, diciéndonos que se designa con la palabra más bella, más sugestiva y más atractiva: el amor... Hubo un hombre que amó como otro ninguno a los hombres: Jesucristo. En prueba de su amor murió por ellos en la cruz. Y todavía no satisfecho con eso, se les dio en alimento. Y ¿qué les dice entonces? Que amen a sus hermanos como él ha demostrado haberles amado.

El P. Lombardi exhorta al amor. A los que están constituidos en mando y a los que de ellos dependen, para que mutuamente se amen en el Señor. A los padres de familia, y a los jóvenes, para que respeten y amen a las que tendrán que ser un día sus esposas, a los abogados y a los médicos, para que defiendan y asistan a los humildes, puesto que los ricos ya tienen de sobras quienes lo hagan... En fin, a los políticos, para que sientan amor a sus súbditos y recuerden siempre que su misión consiste en servir. El P. Lombardi coronó su sermón con una bellísima plegaria a la Santísima Virgen María.

Después, la misa y la comunión. Describir el recogimiento y el fervor de aquella masa de doscientos mil hombres, que cantaban unísonos las partes de la Misa, y la emoción del momento de acercarse a comulgar, cuando la inmensa explanada salpicábase de innumerables lucecillas que denunciaban la presencia de los sacerdotes prestos a distribuir el Cuerpo del Señor, sería empeñarse en la desalentadora tarea de comprobar que todos los colores resultan pálidos ante la grandiosidad del acto que presenciábamos. Dejamos al lector que supla con su imaginación lo que nosotros no acertamos a significar con la pluma. Cuando, después de los cantos finales, la multitud se despamarraba hacia la ciudad, llevaba en sus bocas un único comentario: por sólo aquel acto valían la pena todos los afanes y los desvelos acumulados en el Congreso.

Otros actos del Congreso

HASTA aquí hemos venido reseñando diversos actos del Congreso. Haya o no tenido la dicha de haber asistido a aquél, el lector se percatará de que son muchas las solemnidades que, pese a su importancia, quedan forzosamente silenciadas por falta de espacio. Enunciemos, no obstante, las diarias sesiones de estudio celebradas en la Universidad, finalizadas todas ellas por una sesión académica en la que, bajo la presidencia de un purpurado, disertaron teólogos de fama mundial, como los PP. Garrigou-Lagrange, Bea, Parseh, etc.; el certamen poético mundial del Palacio de la Música, en el que actuó de mantenedor Paul Claudel, y la brillante sesión académica del sábado 31 de mayo, en el Palacio Nacional de Montjuïc, en cuyo transcurso don José María Pemán pronunció una maravillosa pieza oratoria; la plegaria por los países que gimen bajo la perse-

cución religiosa, realizada en lengua vernácula por preladados representantes de aquéllos, en el templo expiatorio de la Sagrada Familia, y la ordenación de ochocientos veinte sacerdotes de varias nacionalidades, que tuvo efecto en el anchuroso espacio del Estadio Municipal de Montjuïc, cuyas graderías se hallaban atestadas de fieles; el homenaje de los deportistas a Jesús Eucaristía... Ninguna actividad, ninguna nación estuvo ausente del Congreso. Véase en ello la verdad y la consoladora esperanza de un Reino de Cristo, Reino de la verdadera paz, dentro del cual la vida total de los pueblos discurre hacia su verdadero fin, vivificada por la gracia del Señor.

Los actos de clausura

POR la mañana del Domingo de Pentecostés, 1 de junio, día final del Congreso, S. E. el cardenal legado ofició una misa pontifical en el altar de la plaza de Pío XII. Millares de jóvenes de ambos sexos interpretaron la Misa gregoriana *Cum júbilo*, bajo la dirección del Rvdo. P. Altisench, Sch. P. Entre el colorido de la inmensa multitud, el blanco atuendo –mantilla y vestido– de las jóvenes ponía una nota de inconfundible religiosidad. Asistían al acto los cardenales y obispos presentes en el Congreso, S. E. el Jefe del Estado español, don Francisco Franco Bahamonde, el Gobierno en pleno de la nación, y diversos príncipes de sangre real. La muchedumbre permanecía firme en su puesto, no obstante el sol, casi diríamos de estío, que expandía sus rayos sobre la ciudad. Terminado el Evangelio, el cardenal Tedeschini pronunció una fervorosa y emocionada homilía, en cuyos párrafos vibraba el entusiasmo y el consuelo que el Congreso de Barcelona había levantado en su espíritu. A continuación, el Jefe del Estado consagró a España a Jesús Sacramentado mediante la lectura de una fórmula en la que después de proclamar la fe eucarística de nuestra

patria, se decía:

«Recibid, Señor, esta humilde reiteración de fe y de gratitud que desde lo más profundo de sus corazones, conmigo los españoles os ofrecen, y derramada sobre los pueblos que sufren tribulación la protección y bienes que en hora similar derramasteis sobre nuestra patria.»

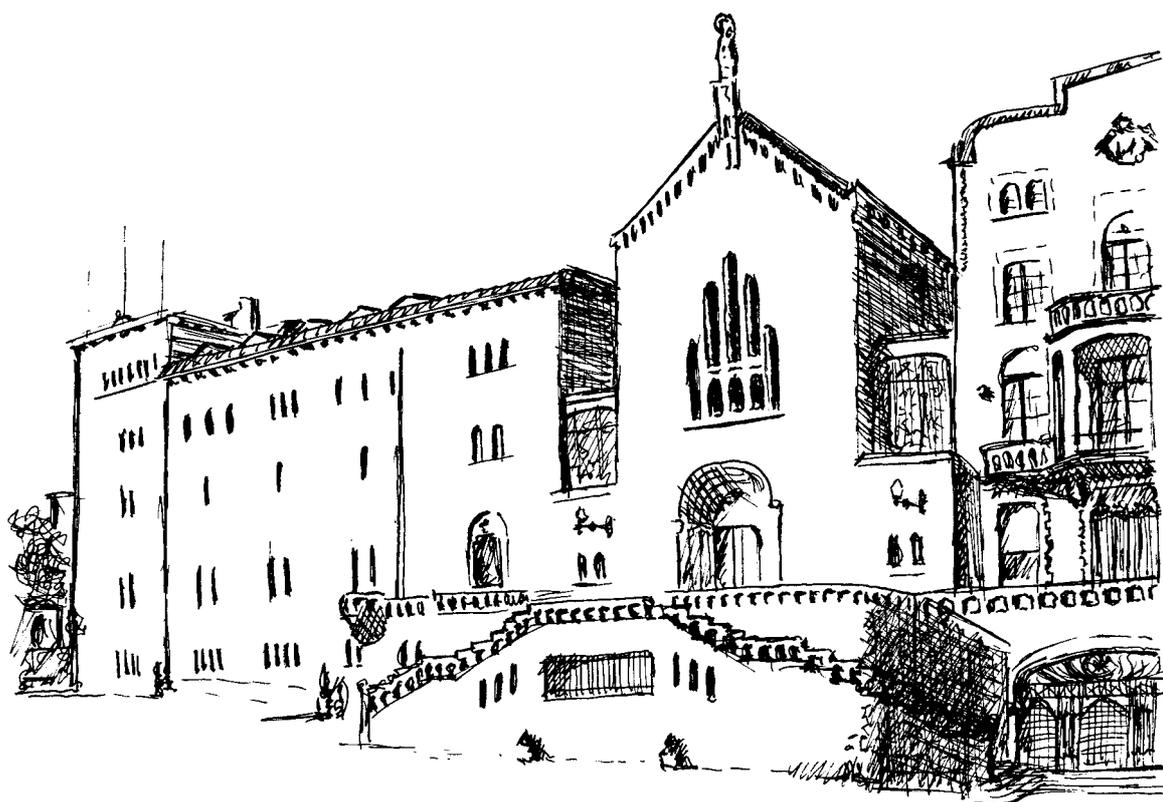
A las seis de la tarde se celebró la solemnísimas procesión de clausura. El Santísimo era llevado en la monumental custodia de la catedral de Toledo. En la misma plataforma en que se levantaba ésta iba postrado en actitud orante el legado de Su Santidad. Seguían detrás, a pie, los cardenales, el Jefe del Estado y el Gobierno. Delante de la custodia marchaban multitud de representaciones, entre las que destacaban las de los países sujetos a la tiranía de Moscú. No hay palabras para encomiar la grandiosidad del acto. Se dice asistieron dos millones de personas. Desde el altar de la plaza de Pío XII, el horizonte se confundía por todos los puntos cardinales con una línea de cabezas humanas. Era ya noche cerrada cuando después de llegada la comitiva al altar, circunvalado por una impresionante multitud de sacerdotes, el legado de Su Santidad impartía la bendición con el Santísimo que recibían arrodillados los fieles que se encontraban en cualquier parte de la ciudad. Seguidamente se oyó en medio del silencio: *Laudetur Jesus Christus*. Hablaba el Papa.

Al día siguiente, el cardenal Tedeschini y los representantes oficiales del Congreso se prosternaban ante la imagen de la Santísima Virgen, en Montserrat, para darle gracias por el éxito de las jornadas eucarísticas.

Hasta aquí, la crónica densa y apretada de algo de lo que fue el Congreso. En el ánimo de todos queda abierta la flor de una esperanza: que devengan realidad, con la ayuda de Dios, los sublimes panoramas de paz y de glorificación del nombre de Cristo, que al soplo de la gracia divina entrevimos en tantas de las horas inolvidables del Congreso.



Centenario de la inauguración del santuario de San José de la Montaña, en Barcelona



Presentó el arquitecto los planos para la iglesia. Madre Petra después de mirarlos los hizo ampliar. Encontraba la iglesia pequeña. Volvió a presentarle otra de mayores proporciones, pero al verla, apenas dijo por segunda vez: «¡Es muy pequeña esta iglesia!». La señorita Masferrer, que miraba los planos en unión de Madre Petra, intervino: «¿Pero, cree usted, Madre, que habiendo tantas iglesias en Barcelona que incluso en algunas festividades permanecen vacías, ha de venir aquí la gente, tan apartado como está esto?».

–Aquí –respondió Madre Petra– vendrá gente del universo entero.

De la biografía de Madre Petra *Sobre la piedra*, de M^a Virginia Llácer de S. José y Blandina Martín de S. José, Valencia, 1994, pp. 165-166.

Madre Petra, apóstol josefino del siglo XIX

FRANCISCO CANALS VIDAL

Dentro de los actos para conmemorar el centenario de la inauguración del santuario de San José de las Montaña tuvo lugar en el mismo, entre los días 15 y 20 de abril, un ciclo de conferencias. Ofrecemos a continuación la que pronunció nuestro colaborador Francisco Canals Vidal.

LA Providencia parece haber dado a la Madre Petra de San José y a la Congregación religiosa que fundó de «Madres de Desamparados y de San José de la Montaña» el don que tuvieron algunos elegidos profetas y patriarcas, y el mismo Hijo de Dios hecho hombre, de darles un nombre significativo de su vida y de su misión: «Petra», que sugiere la firmeza de la fe sobre la que la Iglesia se edifica, y «de San José», que tengo para mí que podría expresar, en forma sintética, su biografía.

En el acto de la beatificación de la Madre Petra, Juan Pablo II notó que, habiendo sido huérfana desde muy niña, esta experiencia marcó toda su vida, descubriendo que su quehacer debía consistir en ser madres para jóvenes, niños y ancianos que carecían del afecto familiar. Así, Madre Petra manifiesta cómo la virginidad de los religiosos y las religiosas se transforma en una fecunda maternidad espiritual, llevada a plenitud a través del amor a Jesucristo.

Trataré de exponer en estas reflexiones por qué me parece que la Madre Petra fue «de San José». Recordemos que san José, el varón justo que fue esposo de María, fue, por designio divino, y para ser el custodio del Redentor, custodio de la virginidad de aquella que había de ser perpetua y perfectamente virgen porque estaba predestinada a que en su seno se formase el Verbo hecho carne.

La beata Petra de San José parece tener como carácter singular (los santos no son producidos por «clonación» y la santidad tiene rasgos personalísimos en cada uno de los que Dios, con su gracia, ha elevado a perfección) una activa disponibilidad a las iniciativas divinas, en la que brillaba también el hecho de que su vida no respondiese a proyectos y designios humanos, sino siempre a iniciativas divinas, dócilmente recibidas, y activamente realizadas según la voluntad de Dios.

Leyendo *Sobre la Piedra*, el libro escrito por dos de sus hijas espirituales, María Virginia Llácer de San José y Blandina Martín de San José, nos encontramos con una mujer que parecía, en ese momento, que podía ser casada «a gusto de las dos familias», aunque ella sintiese creciente repugnancia hacia la vida de matrimonio a medida que éste parecía ser cercano. Lo que sabemos es que, al

haberse enemistado, por razones extrínsecas, políticas, las dos familias, se desató aquel nudo y pudo sentir claramente la que entonces se llamaba Ana su vocación al servicio de Dios en los pobres.

La beata Petra, a lo largo de las vicisitudes complicadas que vivió —pasó incluso por un noviciado mercedario—, es movida por Dios a ejercer siempre una solicitud materna sobre los más pobres. Sin haber conocido la hermosísima advocación mariana que nombra a la patrona de Valencia, un obispo —el que por primera vez la decide a emprender una fundación propia— le sugiere el título «Madres de Desamparados». En verdad que nada podríamos pensar más propio de la que estaba desde siempre guiada por san José que este título para una familia religiosa.

La perpetua virginidad de María, ejemplar e inspiradora de la virginidad consagrada a Dios en la Iglesia de Cristo, se ordenaba totalmente a su maternidad sobre Jesús, el Hijo de Dios que había de engendrar en su seno por obra del Espíritu Santo. Es generalmente reconocido que la divina maternidad es la razón de ser de todos los privilegios singularísimos de María: a ella se ordena su Concepción Inmaculada, a ella sirve su virginidad, de ella, que la asocia a Cristo Redentor y Cabeza de la humanidad redimida, brota su gloriosa Asunción y su universal maternidad espiritual sobre los hombres pecadores, que permaneceríamos en el mayor desamparo del pecado si no fuese por el fruto de su fecunda virginidad. «Virginidad fecunda», es decir, maternal. Por esto, la Virgen de las vírgenes fue una mujer casada, casada con aquel misterioso varón justo que fue san José.

Para expresar lo que a mí me parece sobre la vida religiosa y el servicio apostólico de la Madre Petra de San José, voy a decir ahora algunas palabras sobre san José. Su matrimonio se ordenaba todo él a que su esposa fuese la Madre de Dios, y a esto servía la común y conyugal virginidad de José y María. Que el matrimonio de José y María es verdadero matrimonio lo califica Suárez como una verdad de fe.

Como cosa muy natural, María pregunta al Ángel cómo podrá ser madre sin conocer varón, lo que nos su-

giere el sublime misterio de aquel matrimonio virginal. Pero José se encuentra ya realizada la obra de Dios en el seno de su esposa sin haber sido antes advertido. El «fiat» de José es su acto de fe, manifestado en la obra de recibir en su casa a María como esposa. Los caminos de Dios han guiado así a José, con su fe obediente como la del Patriarca Abraham cuando salió de Ur de los Caldeos, cuando creyó en la maternidad de su anciana y estéril esposa Sara, y cuando se dispuso a sacrificar al «hijo de la promesa», en cuya descendencia tenían que ser bendecidas todas las naciones.

El que le había sido anunciado por el Ángel como «el que salvará al pueblo de sus pecados» tiene que ser salvado por él de la persecución de Herodes. José no pregunta nada y se va a Egipto. Cuando el mensaje angélico le indica su regreso, parte de allí sin saber a dónde va y, de nuevo perplejo, es después orientado por el Ángel hacia Nazaret.

Fuera de la misteriosa escena del Templo, en la que, según el Evangelio, José y María no entendieron las palabras de Jesús: «¿No sabíais que tengo que estar en las cosas de mi Padre?», ya sólo sabemos que Jesús, a Quien José había puesto, como padre, el nombre que significaba «el salvador del pueblo» vivía «sujeto a ellos», y crecía y se robustecía, y la gracia de Dios estaba con Él. El Hijo de Dios obedecía a José, cuya vida toda no se realiza en iniciativas y proyectos humanos, sino en oír la voz de parte de Dios por el Ángel y en «hacer lo que se le había dicho de parte del Señor».

En el oficio de lectura de la actual solemnidad de san José se incluye un texto de la Epístola de san Pablo a los Hebreos en que se narra que fue por la fe por lo que los santos realizaron sus obras. Después se cita a san Pablo cuando señala la fe como el comienzo de la justificación y al apóstol Santiago cuando enseña que Abraham manifestó su fe por sus obras, y en sus obras llegó la fe a plenitud.

José, el varón justo, vivió por la fe operante. Ahora bien, la fe obra por la caridad, que fructifica en el gozo. Los devotos de san José deberíamos tener siempre presente y anunciar con fervor este regirse san José por el amor y el carácter gozoso y alegre de su fidelísima obediencia.

No he podido entender nunca a los que dicen que sabemos muy poco de José porque el Evangelio habla poco de él. Entiendo mejor a quienes, al escribir la biografía de Madre Petra, han escrito: «Si José había hecho de padre para Jesús, si lo había protegido siempre unido con María, si les había servido con tanta fidelidad, no es de extrañar que la Madre Petra confiara plenamente en él. Antes había confiado también en el Padre eterno. Por eso le nombró protector de la Congregación y deseaba que todas sus casas fueran otro Nazaret. De él tomó la actitud de servicio, movido por el amor a Jesús y a María». Estas palabras nos muestran luminosamente la eminencia de la dignidad de José, el varón que, en el plan divino, tenía la misión, como esposo de María, de velar solícito y de servir en el misterio de la cotidianidad familiar de Nazaret

sobre el Hijo, fruto de la virginal fecundidad de la Madre de Dios.

Se explica así que en el pensamiento cristiano, y anticipándose el sentir del pueblo fiel a las escuelas teológicas, la dignidad de la misión de san José se haya visto como íntimamente asociada a la de María. En algunos momentos se dudaba sobre si no serían más excelsas misiones que la del padre de Jesús y esposo de María las del Precursor, las de los profetas y las de los apóstoles.

El Espíritu Santo ha movido en la Iglesia la conciencia de la singular eminencia de san José. León XIII afirmaba, en la *Quamquam pluries* (15 de agosto de 1889) que san José se acerca más que nadie a aquella dignidad por la que María es superior a todas las criaturas. En el rito bautismal, en unas breves letanías, se invoca, por este orden a «santa María, Madre de Dios, san José, esposo de la Virgen, san Juan Bautista y los santos apóstoles Pedro y Pablo, y todos los santos y santas de Dios»; En las preces eucarísticas que, desde Benedicto XV, se unen a la solemne reserva del santísimo Sacramento, se concluye con estas dos deprecaciones, que siguen a las dirigidas a María: «Bendito sea San José, su castísimo esposo; bendito sea Dios en sus ángeles y en sus santos».

José está con María por encima de todos los ángeles y santos. Esto en cuanto a su dignidad, pero podemos preguntarnos acerca de su santidad. Cristo dijo, respondiendo a la alabanza dirigida «al vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron»: «Bienaventurados, más bien, los que escuchan la Palabra de Dios y la practican».

Si distinguimos, en nuestros conceptos, la dignidad de Madre de Dios y la santidad eminente de María, concebida sin pecado, podemos ver aquella dignidad como «más singular», por cuanto la misma Inmaculada Concepción tiene su singularidad en que María fue, en el primer instante y de modo pleno, no ya parienta en lo humano del Hijo de Dios, sino partícipe de la divina naturaleza en grado eminente, como estamos llamados a ser todos los bautizados.

Santo Tomás nota que en el orden sobrenatural lo que está destinado a ser común es más importante que lo menos común, y que ésto, lo menos común, se ordena a aqué- llo. Que María engendrarse en su seno al Hijo de Dios se ordena a que todos los cristianos fuésemos hechos hijos de Dios por Cristo. Por esto, no han faltado teólogos —entre los que destaca san Maximiliano Kolbe, el gran apóstol de la Inmaculada— que han destacado la primacía de esta santidad perfecta y original de María que la dispuso a ser elegida para ser Madre de Dios

Ahora bien, la santidad de José, como la de María, quiso Dios que fuesen imitables, y no sólo admirables, como notó con insistencia santa Teresita del Niño Jesús, la jovencísima Doctora de la Iglesia.

Esta imitabilidad de María y José se realizó totalmente en lo doméstico y en lo cotidiano. Santa Teresita tuvo tal sentimiento de que su santidad, la de los padres de Jesús, servía fidelísimamente a lo que san Juan de la Cruz y nuestro

obispo Torras i Bages llamaron «la humildad de Dios» que afirma en sus manuscritos autobiográficos que su devoción a san José desde su infancia «se confundía» con su devoción a María. Hablando de José ante la reina Ana de Francia, la esposa de Luis XIII y madre de Luis XIV, dijo el gran orador sagrado Bossuet que «lo que la Iglesia tiene de más eminente es lo que tiene de más oculto». Elogio oportunísimo de la santidad en la vida cotidiana, sin la que ningún carisma doctoral ni profético, ni ninguna tarea apostólica, tendría sentido ni podría ser fructífera.

Pensemos ahora en la Madre Petra de San José, en este su «ser de san José». Dios toma siempre la iniciativa, y Dios mismo la libera de un compromiso de matrimonio o de la posibilidad de profesar en otra congregación religiosa, Dios le muestra la advocación que expresará la vocación «maternal» de las vírgenes consagradas en la congregación que Dios la destinaba a fundar y, finalmente, Dios a la que se sentía «hija de santa Teresa» en la confianza perseverante y fiel al patrocinio constante de san José, la lleva a Barcelona, y por caminos providenciales y milagrosos la lleva a que su congregación llegue a tener su título plenario y definitivo: «Madres de Desamparados y de San José de la Montaña». De la beata Petra dijo Juan Pablo II, en la ocasión antes citada, que fue llamada, con razón, «apóstol josefino del siglo XIX».

El siglo XIX, el de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia por Pío IX, el siglo de la encíclica de León XIII, y aquel en que se abre camino la devoción a la Sagrada Familia, la familia que, según León XIII, quiso Dios que fuese el origen de la Iglesia. En este siglo, la madre Petra de San José tiene el carácter de ser un apóstol con carisma profético. Ella pudo llegar a este lugar de la Montaña de San José, en esta tierra secularmente devota, vecina de los Josepets, los Josefinos, hijos espirituales de los Carmelitas Descalzos de Santa Teresa del convento de Gracia, en este santuario en el que reside, con signos regios, la venerada imagen, una de las pocas coronadas canónicamente por autoridad pontificia.

En este santuario, en el que se dio el hecho de la «correspondencia de los devotos con el Patriarca», y que en

algún momento trajo humillaciones y persecuciones a la Madre Petra, quiero ante ustedes, sintiéndome hermanado espiritualmente con las Madres de Desamparados y de San José de la Montaña, hacer que estas palabras sean también una carta al Patriarca.

En ella suplico a san José que conceda a la Iglesia que toda la verdad evangélica expresada en él —a quien el papa Paulo VI llamaba «introducción al Evangelio de las Bienaventuranzas»— brille y, una vez más, pase del sentir de los fieles al magisterio del papa y de los obispos, al pensamiento de los teólogos fervientes y humildes, y a la vida espiritual de los sacerdotes y seminaristas, que su devoción esté presente en todos los hogares cristianos.

Que se recuerden siempre, en los escritos pastorales de los obispos y del papa, las decisiones de Juan XXIII, que quiso que, en la basílica de San Pedro, el altar dedicado a san José, que él renovó y restauró, fuese el lugar de atención para todos los fieles del mundo del patrocinio de san José sobre el Concilio Vaticano II.

Ante el patriarca José, patrono de la Iglesia, me atrevo a expresar mi convicción de que el recuerdo constante de este patrocinio sobre el Concilio Vaticano II y la ferviente espiritualidad josefina del papa Juan XXIII hubieran evitado a la Iglesia todas las crisis de identidad del posconcilio. El Concilio Vaticano II hubiera sido recibido fervorosamente como el concilio de la Iglesia Católica, que no suprimía ni llevaba al olvido los anteriores a partir del de Nicea (años 325), ni ninguna de las enseñanzas del Magisterio eclesiástico de perenne validez, que el Vaticano II presuponía, ratificaba y aplicaba a las necesidades de nuestros días.

Que José, el «Hijo de David», que estuvo presente con la Virgen en una de las apariciones de Fátima, acelere los caminos del Reinado del Corazón de Jesús en el mundo, y con María, y por su Corazón, se obtenga lo que Pío XII pidió a la Virgen al consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de María: «¡Haced que de uno a otro polo no resuene sino esta invocación: “¡Alabado sea el divino Corazón, por quien hemos alcanzado la Salvación. A Él la Gloria y el Imperio por los siglos de los siglos!”».



Misa en la esplanada de San José de la Montaña

«Como Obispo de Barcelona, doy gracias a Dios por el foco de devoción josefina que ha sido y es este santuario»

Homilía del cardenal Ricard Maria Carles en la misa de inauguración del centenario de San José de la Montaña, celebrada el pasado 20 de abril

REVERENDOS sacerdotes y diáconos; Superiora General y hermanas de la Congregación de Madres de Desamparados y San José de la Montaña; miembros de la Asociación de San José de la Montaña; devotos del Santo Patriarca y de la beata Petra de San José. Queridos todos, hijos e hijas de Dios:

Vengo esta tarde a este lugar para abrir los actos del centenario de este santuario de San José de la Montaña, fundado en 1902, estamos en el 2002. Esta semana habéis celebrado aquí un ciclo de conferencias, en el que varios expertos os han hablado en sucesivas charlas de la construcción del Santuario, el arquitecto de la catedral, Dr. Juan Bassegoda. De madre Petra como mujer de fe, esperanza y alegría en medio de la adversidad, que os ha expuesto una de sus religiosas, M. M^a del Mar Cabrera de San José, Vicaria General de la Congregación. Madre Petra como apóstol josefino del siglo XIX, por el Dr. Francisco Canals Vidal, tan devoto y estudioso de la figura de san José, al que dedicó su tesis doctoral en teología, realizada en su madurez, titulada «San José, Patriarca del pueblo de Dios». El padre Blanquet os ha hablado de la memoria de Jesús, María y José en Barcelona. Él que tan bien conoce la historia de la devoción josefina en nuestra ciudad. Finalmente el padre Teófanos Egido, C.D., director de la revista *Estudios josefinos*, que os habló de san José en la vida de la Iglesia.

Quienes habéis asistido a estas conferencias, habéis hecho un repaso de la teología de la figura de san José, de la historia de su devoción en la Iglesia, en nuestra ciudad y diócesis.

Ahora nos reunimos en torno al altar sobre todo para dar gracias, porque en estos cien años de existencia del Santuario, se han cumplido con creces las expectativas que sobre él abrigaba su fundadora, la beata Petra de San José. Ha sido un foco de devoción josefina. Así lo indica la Superiora General de la Congregación de Madres de Desamparados y San José de la Montaña, en el artículo de apertura del número de la revista «La Montaña de San José», dedicada al santuario, en su centenario.

En efecto, el Santuario a lo largo de este tiempo ha sido y sigue siendo, añadido yo, centro de acogida, de peregrinación, de irradiación cristológica y josefina. En definitiva, como Madre Petra lo concibió, se ha convertido en un lugar señalado por Dios para derramar sus misericordias, por intercesión de san José.

Como obispo de Barcelona, doy gracias a Dios por el foco de devoción josefina, que ha sido y es este santuario, tan querido por los barceloneses de hace un siglo y de ahora. Y querido y amado de forma ininterrumpida. Recordemos también que Madre Petra fue una mujer de gran fe. ¿Quién ha sido el alma de esta obra a su vez social y religiosa? La beata Petra de San José Pérez Florido, una mujer andaluza de coraje y cuya devoción a san José nos trae a la mente a Sta. Teresa de Jesús. Como la gran santa de Ávila, madre Petra tenía una confianza ilimitada en su Señor y Protector San José. Y los hechos de Barcelona se lo confirmaron. Como tantos hijos e hijas de su tierra andaluza harían a lo largo del siglo XX, madre Petra llega desde Andalucía a la tierra catalana el 25 de noviembre de 1886 con un objetivo claro: una obra social. Entonces Barcelona tenía muchas necesidades en este sentido. Fundaron una nueva casa para niñas huérfanas y desamparadas. Provisionalmente se hospedaron en la casa de una señora, frente a la catedral. Después alquilaron un pequeño piso en la calle Ataulfo, nº 12, en la Barcelona antigua. La casa era muy pequeña para albergar a las niñas, y por eso alquiló en la parte alta de la ciudad una torre llamada el Putxet. El 19 de marzo de 1887 en la capillita de esta torre, comenzó a recibir veneración la imagen de san José. Esta imagen es la misma que más tarde sería llamada «San José de la Montaña». El aumento de las niñas acogidas y otras circunstancias aconsejaron el traslado a la calle el Salvador, en la barriada de Gracia. Alquiló una casa por cinco años. Cumplidos éstos, el dueño puso en venta aquella torre y Madre Petra no contaba con recursos para comprarla. ¿Dónde llevarlas? Puso toda su fe y confianza en su padrecito san José. Entonces se produjo el hecho que dio pie a la fundación de este santuario. En la casa de Barcelona comenzaron ocho días de ejercicios espirituales, para pedir la protección de san José, ante la apremiante necesidad de encontrar una casa para su obra. Y el segundo día de los ejercicios, se presentó la Srta. Carmen Masferrer, que enterada de la difícil situación en que se encontraba Madre Petra, venía a ofrecerle una casa, torre y terreno, en la villa de Gracia, en la llamada «Montaña Pelada», para las niñas que tenía acogidas. Madre Petra emocionada pudo decir a la Srta. Masferrer: «Usted ha sido la mensajera de san José. Ya sabía yo que él no nos abandonaría». La Srta. Masferrer personifica la nobleza del pueblo ca-



talán, que confió en aquella mujer de Dios y madre de los pobres que fue Madre Petra. Los donativos de los barceloneses no faltaron, con frecuencia anónimos, sobres que dejaban en la portería.

Cito este hecho para decir que encontramos en Madre Petra la misma fe que encontramos en Sta. Teresa en sus andanzas que nos narra en el *Libro de las fundaciones*. También madre Petra tenía una gran devoción a la Santa de Ávila. Y escribió las Crónicas de sus azares fundacionales por obediencia de su confesor. Después de san José, a quien ella más quería y admiraba era a santa Teresa de Jesús.

Decía madre Petra con gracia andaluza que a la Montaña Pelada ya le saldría el pelo, y así fue. El día de la inauguración de este santuario fue la fiesta del Patrocinio de san José, el 20 de abril de 1902. Y la madre moriría unos años después en Barcelona, el 16 de agosto de 1906. Ella había escrito de la tierra catalana: *«Bendito sea Dios que me ha traído a esta tierra tan bendita y que no extraño nada. Parece que he estado aquí toda mi vida y donde me parece que la Congregación va a progresar mucho con su ayuda»*. Madre Petra fue beatificada por S.S. Juan Pablo II el 16 de octubre de 1994, dentro del Sínodo de Obispos sobre la Vida Consagrada. Yo misma tuve el honor de postular su beatificación al Santo Padre. Evidentemente Madre Petra es un ejemplo a seguir. Permitidme pues, citar para acabar, dos fragmentos de la homilía del Santo Padre en aquella ocasión:

«La beata Petra, dijo, es ejemplo de mujer consagrada en medio de innumerables dificultades. Acoge con fe el carisma que el Espíritu Santo le otorga al servicio de todos. Huérfana desde muy niña, tomó por madre a la Virgen (ved este paralelismo también con Sta. Teresa de Jesús). Esta experiencia marcó toda su vida, descubriendo que su quehacer debía consistir en que ella y sus religiosas fuesen «madres» para niños, jóvenes y

ancianos que carecían del cariño y afecto familiar. Así, Madre Petra muestra que la virginidad de los religiosos y religiosas se convierte en una fecunda maternidad espiritual llena además de buenos resultados sociales». Y dijo también el Santo Padre a sus hijas religiosas, las Madres de Desamparados y San José de la Montaña, les pide que tengan siempre caridad fraterna, en un clima de paz y mutuo respeto; viviendo y compartiendo gozosamente la pobreza, en actitud de oración y serena observancia de las reglas. A todas las exhorta a derramar como carisma del Instituto, amor y misericordia, especialmente entre los más necesitados y abandonados.

Decía la madre Petra: *«Es el Amor quien debe prestarnos alas para subir más arriba»*. Y eso me recuerda también un cierto parentesco y ritual con S. Juan de la Cruz: *«Subí tan alto, tan alto, que le di a la caza alcance»*. Pidamos para todos nosotros este Amor a Cristo y a los pobres. Y me place recordar que Madre Petra tenía un gran amor a Valencia, donde puso su noviciado y dio como titular de la Congregación a Ntra. Sra. de los Desamparados, ante cuya imagen oraba siempre con gran devoción, en mi ciudad natal de Valencia. Y algunas de vosotras, las religiosas, sabéis que uno de mis recuerdos de infancia era que viviendo en la Gran Vía, en Marqués del Turia, muy lejos de vuestro convento, algunos domingos, mis padres tenían costumbre de ir allí paseando y nos llevaban a sus hijos con ellos. Era un paseo largo pero agradable, porque teníais exposición del Santísimo los domingos por la tarde. Y por eso San José de la Montaña lo veía yo muy querido por mis padres: es un recuerdo de mi niñez y de mi adolescencia. Pidamos hoy por los frutos de este centenario por intercesión de la Virgen. Pidamos a san José por la Iglesia de Jesucristo de la que es el patrono. Pidámosle también por las vocaciones vuestras, por las sacerdotales y religiosas, por los seminarios y los noviciados. Pidámosle que siga este foco de irradiación de la devoción al Santo Patriarca.

El Espíritu Santo y la Santísima Virgen

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

EN la primera parte del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* comienza san Luis M^a Grignon de Montfort por establecer las excelencias de esta devoción y se inspira, como principio fundamental, en que la devoción a la Santísima Virgen forma parte integrante de la voluntad eterna de Dios, esto es, que:

«Habiendo querido Dios empezar y concluir sus más grandes obras por la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará de conducta en el transcurso de los siglos, pues es Dios y no varía en sus sentimientos ni en su proceder».¹

La más grande obra realizada por Dios al comienzo de su obra redentora es la Encarnación de la que María es condición necesaria con necesidad de medio pues sin María no hubiera habido Encarnación. De María se habla poco en el Evangelio, pero la Encarnación está explicada con mucho detalle. «¡Oh admirable e incomprensible dependencia de un Dios! El Espíritu Santo, para demostrarnos todo su valor, no ha podido pasarla en silencio en el Evangelio».²

El plan inmutable de Dios es que así como Cristo vino al mundo, para nuestra salvación, por medio de María, del mismo modo quiere que sea por medio de Ella como ha de producirse la salvación en cada hombre. «El Eterno Padre ha comunicado a María su fecundidad, en cuanto una pura criatura podía recibirla, a fin de darle poder para engendrar a su Hijo y después a todos los miembros de su Cuerpo místico».³

Y esto, que es verdad perenne, será más explícitamente manifestado cuando venga el Señor Jesús, en la segunda venida en los últimos tiempos: «Si, pues, como es cierto, el reino de Jesucristo ha de venir al mundo, no será sino consecuencia necesaria del conocimiento del reino de la Santísima Virgen María, que le trajo al mundo la vez primera y le hará resplandecer en la segunda venida».⁴ En la medida en que estamos más cerca de la segunda venida de Cristo hemos de estar más dispuestos a vivir el reinado de María que nos hará capaces de recibir al mismo Señor y su reino definitivo. De hecho, Grignon de Montfort advierte reiteradamente que el conocimiento de

María se va revelando paulatinamente a la Iglesia, conforme lo necesitan más los fieles por la dificultad de los tiempos –que san Luis María consideraba ya muy malos en su tiempo.

San Luis María no se detiene en la constatación de hecho de este principio que hemos señalado al comienzo sino que señala la razón del mismo, basándose en el modo concreto como se realizó la Encarnación, esto es, mediante la acción del Espíritu Santo en la humilde Virgen de Nazaret y, a este respecto, escribe estas bellas y profundas palabras, que serán el centro de nuestra atención en esta exposición:

«El Espíritu Santo, que no produce otra persona divina, se ha hecho fecundo por María, con quien se ha desposado. Con Ella, en Ella y de Ella ha producido su obra maestra, que es un Dios hecho hombre; produce todos los días y producirá hasta el fin del mundo los predestinados, que son los miembros del Cuerpo de esta Cabeza adorable; por eso, cuanto más encuentra a María, su cara e indisoluble Esposa, en un alma, tanto más deseoso y decidido se muestra a producir a Jesucristo en esa alma, y a esa alma en Jesucristo».⁵

La eficacia de la acción salvadora procede del mismo Dios, esto es, del Espíritu Santo, a quien en el Credo llamamos «Señor y dador de vida» porque nos la da y en el más alto grado, la vida de la gracia, la vida sobrenatural. Pero el Santo nos advierte que el Espíritu Santo tanto más realiza esta acción vivificante y santificadora en un alma si ve en ella a María. El Espíritu Santo es el Esposo divino de María, de modo que si pensamos que la santidad es esencialmente el ser «otros Cristos», es muy coherente observar que esta acción engendradora del Dios-hombre la realizará el Espíritu Santo con una prontitud y espontaneidad –diríamos, si vale la expresión paradójica– con una gran «naturalidad» si ve que aquella alma

5. *Ibid.*, n. 20. Este texto se nos antoja el más profundo y el que propiamente da razón de aquellos otros, bien justamente famosos, en que llama a María el «molde» de Jesús, allí donde fácilmente se formará el cristiano a semejanza de Jesucristo porque «ha sido echado en el mismo molde en que se formó un Dios hecho hombre». Esta comparación de María como molde en donde reproducir la imagen de Cristo es muy expresiva y sirve para contrastarla con la acción escultórica en que se pretende, a puro golpe de cincel, modelar una escultura, con todo el riesgo de error que ello conlleva. Esta gráfica idea está expresada en los ns. 219-221. No nos detendremos a comentar estas palabras tan verdaderas y prácticas porque en ellas no se hace mención del Espíritu Santo que es lo que directamente se pretende en este artículo.

1. San Luis M^a Grignon de Montfort, *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, ed. Casals, Barcelona, 1981, edición preparada por el P. Francisco de P. Solá, n. 15.

2. *Ibid.*, n. 18.

3. *Ibid.*, n. 17.

4. *Ibid.*, n. 13.

posee a María por su devoción, por su entrega y, en definitiva, por su consagración.⁶

Los cristianos saben que el Espíritu Santo es el Espíritu que Cristo nos envía desde el Padre para que habite en nosotros y nos santifique. Pero pueden no caer en la cuenta de que esta acción «económica» del Espíritu Santo, su misión entre los hombres, la realiza al modo como tuvo su primera acción en el mundo, la cual no fue sin María. Cristo es el primer hombre, la cabeza de la humanidad redimida, el nuevo Adán y no puede ser distinto el modo como actúa el Espíritu Santo en la cabeza y en los miembros. «Una misma madre no da a luz la cabeza sin los miembros».⁷

La solidez de esta doctrina es indiscutible según atestigua la más antigua tradición de la Iglesia y que el Concilio Vaticano II ha recogido expresamente, en palabras de san Agustín, diciendo que «[La Virgen María] es verdadera madre de los miembros (de Cristo)... por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza».⁸ La mediación de María en la actuación del Espíritu Santo en cada hombre está afirmada en el Catecismo: «Por medio de María, el Espíritu Santo comienza a *poner en comunión* con Cristo a los hombres».⁹ Y de ahí deriva su maternidad espiritual: «Al término de esta misión del Espíritu, María se convierte en la “Mujer”, nueva Eva, “madre de los vivientes”, Madre del Cristo total (cf. Jn 19,25-27)».¹⁰

En este artículo se va a poner el texto fundamental de san Luis María, arriba citado, acerca del singular papel de la Virgen María en la actuación del Espíritu Santo sobre cada una de las almas de los cristianos, en relación con un pasaje evangélico de la mayor relevancia como es el comienzo del capítulo tres del Evangelio de san Juan, donde se narra el diálogo entre Jesús y Nicodemo que nos introduce de modo explícito en esta consideración de la acción fecundante del Espíritu Santo en cada alma que la hace nacer a una nueva y superior vida.

Leemos en san Juan la escena del diálogo nocturno entre Jesús y el fariseo Nicodemo, maestro de la Ley, quien atisba la procedencia divina de Jesús manifestada por sus obras extraordinarias y parece como si quisiera entrar en esta nueva doctrina. Nicodemo, incipiente discípulo —que no parece hipócrita, como otros que se cruzan en el camino de Jesús—, descubre que lo que hace

Jesús es de Dios «porque nadie —le dice— puede hacer esas señales que tú haces si Dios no está con él».¹¹ Pero Jesús le sale al paso —como suele hacer siempre—, al ver que Nicodemo está todavía lejos de reconocerlo como verdadero Hijo de Dios. En efecto, no basta reconocer que «Dios está con él (en minúscula)»; hay que llegar a aceptar que el Hijo del hombre es también el Hijo de Dios. Pero es muy sorprendente el modo como lo hace. En efecto, a renglón seguido de la declaración de Nicodemo responde Jesús: «En verdad, en verdad te digo: si uno no fuere engendrado de nuevo no puede ver el reino de Dios».¹²

¿Por qué Jesús le advierte, de sopetón, que es preciso nacer, ser engendrado, de nuevo? La respuesta parece clara: Jesús le enseña —justamente por su buena disposición— que todo ha de ser nuevo en la comprensión y práctica de su doctrina pues de otro modo el discípulo se queda —como tantos judíos que le seguían porque le veían hacer cosas extraordinarias— en lo externo. Estos que no nacen de nuevo son los que rechazarán a Jesús en las dos grandes ocasiones: cuando les hablará de la Eucaristía —que es el pan indispensable de la nueva vida— y cuando le verán perseguido, acusado y sentenciado por los poderes políticos y religiosos —esto es, cuando la salvación se alcanza al precio de la entrega de esta vida terrena. Es pues necesario nacer de nuevo.

Santo Tomás de Aquino, en su comentario al Evangelio de san Juan¹³ advierte que el término latino «*denuo*» —que nosotros traducimos al castellano por «de nuevo»— es la traducción que san Jerónimo hizo del término griego *anóthen*, el cual propiamente debería traducirse al latín por «desuper» (en castellano, «desde arriba»). Con esta observación nos instala en el núcleo y la intención de las palabras de Jesús. En efecto no se trata meramente de nacer «de nuevo» en el sentido de nacer «otra vez» —¿para qué serviría esto?—, sino de nacer «desde arriba» lo cual *a fortiori* es un nuevo nacimiento pero no la repetición del anterior. Santo Tomás nos da a conocer que san Juan Crisóstomo señaló que nacer «desde arriba» se diría sólo del mismo Jesús que, siendo Dios, ha nacido «desde arriba» por ser el Hijo unigénito del Padre, pero el Aquinate observa¹⁴ que también se puede decir de los hombres regenerados por Cristo que han nacido «desde arriba», pues como dice san Pablo en su carta a los Romanos «a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, en orden a que fuese el primogénito de muchos hermanos».¹⁵ «Por ello —dice— porque aquella generación [la del Hijo de Dios] es de lo alto (*superna*) también nuestra generación es desde arriba

6. Al decir que el Espíritu Santo se ha hecho fecundo «por» María, añade de inmediato, no se ha de entender que Ella comunique al Espíritu divino esta fecundidad, pues la tiene por esencia, sino que en María encuentra el Espíritu la disposición a recibirlo. Cf. n. 21.

7. *Ibid.*, n. 32.

8. Conc. Vat. II, Cons. *Lumen gentium*, n. 53.

9. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 725.

10. *Ibid.*, n. 726.

11. Jo 3, 2. Cito el Nuevo Testamento por la edición trilingüe de Bover-O'Callaghan, BAC, 1994.

12. Jo 3, 3. Advértase que el texto dice muy literalmente «engendrado» (*gennethe*, en griego) de nuevo.

13. Santo Tomás de Aquino, *Super evangelium Iohannis lectura*, Marietti, Roma-Turín, VI ed. 1972

14. O.C., 435.

15. Rom 8,29.

(*desuper*), en cuanto al tiempo, por la eterna predestinación». ¹⁶

Fijémonos de nuevo en el diálogo evangélico. La condición impuesta por Jesús no es fácil de asimilar y las palabras de Nicodemo demuestran esta dificultad aparentemente insoslayable: «¿Cómo puede un hombre nacer, si ya es viejo? ¿Acaso puede entrar segunda vez en el seno de su madre y nacer?». ¹⁷ La escena ha llegado rápidamente a su punto culminante. ¿Habla Jesús en parábolas? ¿Se trata sólo de un lenguaje metafórico? ¿Es esta expresión *nacimiento* una manera de hablar, diríamos, un tanto exagerada, para referirse, en realidad, a una mera «conversión»? En este caso, el *nacimiento* sería como una «alegoría» usada por Jesús, pero que no habría de ser entendida literalmente.

Pero hemos de agradecer a Nicodemo que lo tomara literalmente y no ocultara su extrañeza, porque dio pie a Jesús para aclarar si verdaderamente se trataba de algo literal o sólo metafórico. A muchos les gustan las lecturas meramente «alegóricas» que huyen, por principio, de la interpretación literal del Evangelio, que, en cambio, tanto provecho ha hecho a los santos.

La respuesta de Jesús muestra que la expresión empleada no es metafórica sino real, con la única precisión que Él no ha dicho que haya de ser un nacimiento «carnal» —esta es la interpretación de Nicodemo— sino simplemente un «nacimiento» y aclara, en su respuesta, que es un nacimiento espiritual, pero nacimiento al fin. E insiste en la precisión del término empleado repitiéndolo: «No te maravilles que te haya dicho: es necesario que nazcáis de nuevo». ¹⁸

Santo Tomás comenta que lo que Nicodemo considera imposible desde el punto de vista carnal, que alguien pueda volver al vientre de su madre, sí es posible espiritualmente porque «cualquiera, por grande que sea, puede, por el bautismo, entrar en el “útero espiritual esto es, en la Iglesia”». ¹⁹ Lo que santo Tomás atribuye a la Iglesia, el lugar donde se nace a la vida del Espíritu, lo es, con igual y mayor motivo la Virgen María. En efecto, el Concilio Vaticano II, al hablar de la fecundidad de la Virgen y de la Iglesia, refiere a la Iglesia el hacer la misma función maternal de la Virgen, con estas palabras: «La Iglesia, contemplando su profunda santidad e imitando su caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se hace *también* madre...». ²⁰ Según deja claro este texto conciliar no es María quien imita a la Iglesia sino la Iglesia la que imita a María en esta función maternal, pero esta verdad no estaba tan clara en tiempos de santo Tomás.

16. O.C., 435.

17. Jo 3,4.

18. Jo 3,7.

19. «Potest et quantumcumque magnus, in uterum spiritualem, scilicet Ecclesiae, per sacramentum baptismi, introire» (O.C., 439).

20. Cons. *Lumen gentium*, n. 64.

Las literales palabras de respuesta de Jesús afirman que el nacimiento al que se refiere como venido de lo alto se hace por el agua y el Espíritu Santo: «En verdad, en verdad te digo, quien no naciere de agua y Espíritu no puede entrar ²¹ en el reino de Dios». ²² La Iglesia ha interpretado siempre este fragmento como una referencia al bautismo. ²³ Pero ha de aceptarse que Jesús no habla aquí sólo de la necesidad del bautismo sino que, por el contexto de todo el diálogo, puede sostenerse que Jesús da una doctrina general de lo que significa el nacer a la nueva vida en Cristo. ²⁴

Toda la cuestión, por tanto, estriba en entender si es legítima la tesis general de san Luis María: siempre que ha de nacer un alma a la nueva vida de la gracia, esto es, a conformarse con Cristo sólo puede hacerse en el seno de la Virgen donde se engendró el Hijo de Dios. Creemos que efectivamente —siempre a la luz del texto montfortiano— la Virgen María estaría representada en el texto del Evangelio de Juan por el «agua». ¿Es aceptable esta interpretación? Naturalmente, sabemos que el agua es la materia del sacramento del bautismo. Pero santo Tomás dice, en la Suma Teológica, al tratar del bautismo, que el agua simboliza la generación. Y como simboliza la generación en el orden natural es adecuada para significar la generación en el orden sobrenatural. ²⁵ Y la misma significación se declara en la liturgia de la noche pascual al bendecir el agua. ²⁶ Y en el *Catecismo de la Iglesia Católica* se lee: «Desde el origen del mundo el agua, criatura humilde y admirable, es la fuente de la vida y de la fecundidad». ²⁷ Pero la Virgen Santísima es, sin ninguna duda, nuestra Madre en el orden de la gracia, como dice el Concilio

21. Dice aquí «entrar» donde antes dijo «ver», porque, como dice santo Tomás, para ver el reino de Dios es preciso entrar primero en él. Este comentario se funda en la traducción literal de «*idein*» como «ver», aunque se refiere a un ver intelectual.

22. Jo 3,5.

23. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1257. La institución del bautismo está clara en las palabras de Jesús: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19 y Mc 16,15), Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1223.

24. No en vano el evangelista san Juan contrapone reiteradamente el bautismo de Juan, que era un bautismo de «agua» al bautismo de Jesús, como un bautismo de «Espíritu Santo». Cf. Jo 1,33. Este punto de vista es fundamental y parece lo más obvio. Y tampoco será aquí inútil recordar lo que nos dice san Luis María acerca de los elementos naturales, que «solamente el Espíritu Santo puede hacer conocer las verdades escondidas bajo las figuras de las cosas materiales» (O.C., n. 261).

25. «Primo quidem, quantum ad ipsam rationem baptismi, qui est regeneratio in spiritualem vitam: quod máxime congruit aquae» (S. Th. III, q. 66, a. 3).

26. «¡Oh Dios!, que realizas en tus sacramentos obras admirables con tu poder invisible, y de diversos modos te has servido de tu criatura el agua para significar la gracia del bautismo» (Cf. *Catecismo*, n. 1217).

27. O.C. n. 1218.

Vaticano II. Luego está muy bien representada por el agua en tanto que el agua simboliza aquello de donde emerge la vida.²⁸

Esta interpretación se funda en que San Luis María Grignion de Montfort nos enseña que la revelación de la totalidad de la doctrina acerca de María se hizo de modo gradual pues era preciso que se supiera primero con claridad que el único esencialmente fecundo es el Espíritu Santo, pero que era necesario que se fuera sabiendo de modo más preciso que esta acción salvífica esencial se realiza mediante la disposición que el Espíritu halla en cada hombre que ha de ser salvado, como la halló en María. La gradualidad del conocimiento de la acción salvífica de María se ha ido conociendo cada vez con mayor perfección, tal como lo señala el Concilio: «Los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento y la Tradición venerable manifiestan de un modo cada vez más claro la función de la Madre del Salvador en la economía de la salvación y vienen como a ponerla delante de los ojos».²⁹ Es muy de advertir la expresión «de un modo cada vez más claro» al ponerla particularmente en relación con la economía de la salvación de todos los hombres. Tal es exactamente el mensaje y la actitud de san Luis M^a Grignion. Y esto es lo que ha hecho el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, poner ante los ojos de los cristianos la necesaria intervención de María en la economía de nuestra salvación.

Volvemos al texto evangélico. Nicodemo, que ya ha entendido que se ha de nacer del Espíritu y no de la carne, sigue sin entender cómo puede haber nacimiento por obra del Espíritu. «Respondió Nicodemo y dijo: ¿Cómo puede ser esto?».³⁰ Está claro para él que Jesús se empeña en hablar de nacimiento, pero también está claro que él no entiende que pueda haber nacimiento por Espíritu. El Espíritu, piensa Nicodemo, puede «inspirar», puede «iluminar», puede «mover», pero no puede «hacer nacer». Esto ya ha sucedido una vez y para él, que es todavía carnal —lo que procede de la carne carne es, lo que procede del

Espíritu, es espíritu»,³¹ dirá Jesús— no hay más nacimiento en el sentido literal de la palabra que el nacimiento carnal. Pero para Jesús la cuestión es esencial y no hay otra palabra que exprese la condición para «ver», esto es, entender y vivir el reino, más que la de un nuevo nacimiento.

La reiterada perplejidad de Nicodemo y su expresa formulación, su «¿cómo puede ser esto?» nos invita a relacionarla con el «¿cómo será esto, pues no conozco varón?» de la Virgen en Nazaret.³² El tema es muy parecido, pues en ambos casos se trata de un nacimiento de forma no natural, pero con una actitud inversa: lo que en Nicodemo es perplejidad, incompreensión, en María es la respuesta satisfactoria. María sí entiende que el Espíritu hace nacer y puede hacer Madre a una Virgen, porque María está preparada para entender la voz del Espíritu que le transmite el Arcángel. Nicodemo, en cambio, no lo podía entender.

El momento clave de aquel diálogo se manifiesta cuando Jesús le quiere dar a entender que la primacía está siempre en Dios diciéndole: «Nadie ha subido al cielo, si no es el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre».³³ Claramente manifiesta Jesús que Él no es un hombre que «hace prodigios porque Dios está con él» sino porque Él mismo es Dios. Dios no se ha fijado en un hombre; Dios se ha hecho hombre. Ahora bien, ¿cómo ha bajado Jesús del cielo? ¿Lo ha hecho de una manera humana de forma que excluya al Espíritu, o de manera «espiritual» de forma que excluya lo humano? Sólo hay una respuesta real: Jesús ha bajado del cielo en María y por María en quien el Espíritu Santo ha obrado toda su fecundidad.

El texto de san Juan es paralelo al comienzo del relato de la Creación del Génesis donde se menciona conjuntamente el agua y el Espíritu: «El Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas».³⁴ Pero en el comienzo mismo del Nuevo Testamento esta conjunción agua-Espíritu es sustituida por la conjunción María-Espíritu, pues en la anunciación el ángel Gabriel dijo a María el modo cómo se realizaría su maternidad: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra; por lo cual también lo que nacerá será llamado Santo, Hijo de Dios».³⁵

Y así, tanto en la Creación como en la Redención, está presente este medio indispensable para que se realice la obra de Dios, pero reconociendo un plano superior en todo lo relativo a la Redención, recordando que si maravillosamente creó Dios la humana naturaleza *más maravillosamente* la restableció, como dice la oración que precede al ofrecimiento del vino, justamente al añadir un

28. En algunas oraciones de algún rito del bautismo el agua simboliza también la muerte del hombre al pecado para renacer después (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.1214). Pero el texto del Evangelio de san Juan, que ahora comentamos, no habla en absoluto de morir —como sí lo hacen otros textos—, pero entonces no se habla del agua. Si el agua simboliza el origen de la vida puede parecer un poco extraño que simbolice también el sepulcro. Sin embargo en los ritos del bautismo, lo que significa la muerte del hombre viejo no es estrictamente el agua sino el sumergirse en el agua. Hay pues dos sentidos del agua en una sola y misma agua. Primero hace de sepulcro, después, al emerger, significa el origen de la vida. Esto es muy válido si lo referimos al bautismo y su rito de inmersión. Pero no es obligatorio interpretar esta agua del texto de san Juan como simbolizando también el sepulcro, aunque en su comentario a este Evangelio, lo hiciera san Juan Crisóstomo, según refiere santo Tomás (cf. S. Th., III, q 66, a 3).

29. *Lumen gentium*, n. 55.

30. Jo 3,9.

31. Jo 3,6.

32. Lc 1,34.

33. Jo 3,13.

34. Ge 1,2.

35. Lc 1,35.

poco de agua al vino que ha de convertirse en sangre de Cristo.³⁶ El agua, como significación propia, es el medio necesario para que haya vida en el orden natural, como el Espíritu es la causa eficiente de que haya vida así natural como sobrenatural. La mayor maravilla a que nos lleva la acción santificadora, que está por encima y es la culminación de la acción creadora, hace que el agua, que es un elemento natural, sea una figura de una persona humana, y de santidad singular, como es la Virgen María, en la que brilla de modo eminente aquello que el agua simboliza, la pureza –que todo lo purifica– y la humildad –que se hace receptiva de todas las virtudes.

Así, el Concilio Vaticano II, siguiendo a san Epifanio, llama a María «Madre de los vivientes».³⁷ Y en el plano que afecta de lleno a esta reflexión montfortiana afirma el Concilio «Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia»,³⁸ y poco más adelante, haciendo suyo precisamente el texto de la carta de san Pablo a los Romanos antes citado, dice: «Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno».³⁹ Son textos realmente impresionantes y san Luis María Grignion de Montfort no pretende decir más que estos mismos textos.

La eficacia intrínseca de los sacramentos instituidos por Jesucristo –cuando se realizan con las debidas materia y forma– no puede ser argumento para cerrar el paso a esta otra interpretación de carácter general por la que descubrimos la función maternal de María en la generación de la vida cristiana. La Iglesia declarará formalmente algún día, sin duda, que María es medianera de todas las gracias. Esta verdad indudable no anulará el rito del bautismo ni de la confesión ni ningún otro sacramento. Ella, ciertamente, no sustituye a los sacramentos, antes al contrario, nos lleva a ellos porque Ella ve en ellos la gracia que nos mereció Jesucristo, pero Ella es medianera también de estas gracias que, según san Luis María, atrae para bien de los hombres al atraer al Espíritu Santo; y nos ayuda con su protección a conservar la eficacia de

los sacramentos una vez recibidos. Pero los que, porque ya tienen los sacramentos, se niegan a descubrir el papel singular de la Virgen María son, en definitiva, los nuevos jansenistas. Olvidan algo muy importante, y es que la Virgen María, si sabemos tomarla como verdadera Madre, es la principal garante de la virtud más fundamental, la humildad, sin la cual ninguna virtud se engendra ni se conserva.

A este respecto escribe san Luis María Grignion de Montfort: «¡Ah! ¡Cuántos cedros del Líbano y estrellas del firmamento se han visto caer miserablemente y perder toda su alteza y claridad en poco tiempo! ¿De qué ha procedido este extraño cambio? No fue falta de gracia, que a nadie falta, sino que fue falta de humildad.»⁴⁰ Se han juzgado más fuertes y más poderosos de lo que eran, más capaces de guardar sus tesoros; se han fiado y apoyado en sí mismos, han creído bastante segura su casa y bastante fuertes sus cofres para guardar el precioso tesoro de la gracia, y a consecuencia de esta confianza insensata que en sí tenían, aunque les pareciera que se apoyaban sobre la gracia de Dios únicamente, el Señor justamente ha permitido que hayan sido robados, abandonándolos a sí mismos.

¡Ay! Si hubiesen conocido la admirable devoción a María, hubieran confiado su tesoro a la Virgen poderosa y fiel, que se lo hubiera guardado como su bien propio, haciéndolo como un deber de justicia.»⁴¹

La Virgen María es el agua del Nuevo Testamento, la única dispuesta a recibir el Espíritu precisamente por su humildad. La humildad de María atrajo hacia sí la mirada de la Trinidad y la colmó de gracia hasta el punto de hacerla digna⁴² esposa del Espíritu. Esto es lo que dice el canto de adoración y acción de gracias de la Virgen: «Porque puso sus ojos en la bajeza⁴³ de su esclava».⁴⁴ Ella, haciendo de Madre, nos atrae la gracia de Cristo y es la garante de nuestra imprescindible humildad.

36. Cuando del costado de Cristo brotó sangre y agua, es común interpretación que por el agua se representa la Iglesia, de la que la liturgia dice que nació del costado de Cristo. Santo Tomás dice que todos los sacramentos brotan del costado de Cristo muerto en la cruz. También aquí es evidente el paralelismo con la creación del mundo, pues la Iglesia procede del costado de Cristo como Eva nació del costado de Adán. Pero como hoy sabemos que María es la Madre de la Iglesia, es muy coherente interpretar que el agua es la Madre que Cristo acababa de entregar a Juan desde la cruz, del mismo modo que llamamos a Cristo nuevo Adán y a María nueva Eva. Muchos textos se aplican proporcionalmente a la Iglesia y a María.

37. *Lumen gentium*, n. 56.

38. *Ibid.*, n. 62.

39. *Ibid.*, n. 63.

40. Es bien cierto que el agua es el símbolo natural de la humildad, por su sencillez, por su transparencia, por su suavidad, por dejarse llevar. Y así dice el Santo que en María «hay un río de humildad» (*O.C.*, n. 261).

41. *O.C.* n. 88.

42. Escribe el Santo: «El mundo era indigno, dice san Agustín, de recibir al Hijo de Dios directamente de las manos del Padre; se lo ha dado a María para que el mundo lo recibiese por Ella» (*Ibid.*, n. 16, p. 23).

43. La traducción que hemos manejado en este artículo usa el término «bajeza» para traducir el término griego *tapeinosis*. Las traducciones más clásicas traducen por «humildad» inspiradas en el término latino de la Vulgata *humilitatem*. Pero, en realidad, «humilis» en latín no significa otra cosa más que «bajo» o sinónimos. La humildad como virtud es esa misma bajeza que se ha asumido con alegría y ha arraigado a modo de hábito permanente.

44. *Lc* 1,48.

Recrear la figura del hombre

ANSELMO A. NAVARRETE OSB

POCAS cosas tan incorrectas, política, intelectual y hasta teológicamente, como hablar del hombre moderno en términos no obligadamente panegiristas, como parece ineludible en un tiempo en que el culto al hombre es el dogma que sustituye todos los viejos credos y reclama adhesión incondicional. La confianza en él, depositario ya de saberes y poderes ilimitados y de capacidades aún mayores en proceso de evolución, ha suscitado expectativas y entusiasmos a los que se considera aberrante sustraerse. Dado tal nivel de autosatisfacción, reforzado en ocasiones por la evocación de un nuevo y más fascinante humanismo universal, el amago de crítica o el titubeo en la apología se descalifican por sí mismos. Y si en el análisis de algunas categorías fundamentales del hombre moderno se señalan signos de planteamientos erróneos y secuelas de descarrío o deterioro en el perfil del hombre, ello se considera fruto de una visión desviada o de un pesimismo impotente.

Sin duda los éxitos cosechados por el hombre occidental en los campos de la ciencia y de la técnica o en el de los derechos y libertades, demandan el reconocimiento explícito tanto por sus resultados incuestionables al servicio de la humanidad, como por el esfuerzo intelectual y la tenacidad de su empeño. Pero no es menos claro que la suma de esos resultados contiene algunos elementos que o bien desvirtúan significativamente los efectos positivos o entran en abierto contraste con ellos. Tal es la conclusión que parece obtenerse si nos situamos en la perspectiva de la historia espiritual del hombre, en particular en su vertiente cristiana, que contempla sus obras más allá de una apariencia tal vez seductora y de valoraciones exclusivamente humanas.

Hombre «sin figura ni hermosura»

Lo cierto es que en nombre de su progreso y liberación llevamos siglos asistiendo al desarme gradual del hombre, aunque estemos bien lejos de aceptar este resultado inverso. Más bien, damos por hecho que, a pesar de haber tenido que declarar liquidada la modernidad, el balance señala un superávit incuestionable a favor del crecimiento humano. Y así sería si el hombre no fuera más que su dimensión natural; entonces su optimismo podría estar justificado con creces. Pero la propia naturaleza racional, reforzada decisivamente por la revelación divina, le ha puesto ante perspectivas y compromisos de los que el sujeto de la cultura europea se ha ido

desprendiendo gradualmente, con el resultado de una depauperación humanista sin precedentes.

El crecimiento desproporcionado de la inteligencia práctica y de la dimensión técnico-biológica le ha desestabilizado en la medida en que ha adoptado una visión marginal de la realidad humana. Su dedicación privilegiada a la instalación y posesionamiento del entorno material, incluido el de su corporeidad, le ha llevado a hacer peligrar su propia identidad, porque mientras descubría la exterioridad se le ha desvanecido su interioridad. La fascinación por la tierra y por la historia en lugar de arraigarle en su suelo natal le ha trasplantado a un territorio extraño.

Sus móviles vitales se han alejado cada vez más de la *figura* constitutiva del hombre en la medida en que le han acercado progresivamente a su biología: naturaleza, ciencia, economía, desarrollo, bienestar, eficacia. Se afirma con ello la recuperación de una cultura de eminente carácter ecológico y corporal, estrechamente vinculada al dominio y disfrute preferentes de la tierra, con primacía de los instintos primarios ligados al poder y al placer, así como a los saberes funcionales que los posibilitan. Entretanto, la indigencia en ideas, valores u horizontes trascendentes se incrementa sin cesar.

Esta identificación prioritaria del hombre con su marco natural lleva camino de revelarse como el final inevitable de toda la cultura y civilización modernas. El proceso de la modernidad ha sustituido la contemplación preferente de Dios, centro hasta entonces de la atención humana, por el ensimismamiento ante el hombre y la naturaleza. Tal debía ser en adelante el eje de toda investigación intelectual y de toda construcción histórica, dándole así el sentido de realización alternativa del reino de Dios.

Parece que de nuevo nos sale al paso el sabor de la fruta del paraíso: avidez de conocer, soberbia, placer, esperanza de llegar a ser dioses mordiendo en la carne y en la ciencia. El poder, el conocimiento, la libertad incondicionados, se insinúan como tentaciones de la primera y última hora del hombre. La razón ilustrada y utópica deriva así en razón cínica y epicúrea, escéptica de cualquier metafísica o moralidad. Y ocurre que donde y cuando el hombre parecía encontrarse por fin a sí mismo a través de sí mismo —de sus recursos y proyectos—, se ve cada vez más separado de su semblante humano, entregado a una falsificación creciente de su personalidad: «¿habéis empezado por el espíritu para terminar en la carne?» (Gál 3,3).

«La verdad habita en el interior del hombre» (san Agustín); por eso ha llegado a encontrarse tan lejos de sí y de su verdad, porque ya no vive ni dentro de sí ni de Dios: el hombre ha huido del hombre. ¿Dónde quedan hoy sus categorías distintivas: alma, espíritu, humanismo, libertad, valores, sabiduría, amor, verdad, cultura? Este sujeto, des-figurado y frivolidado, aclimatado irracionalmente al horizonte terreno, ha perdido su patrimonio, ha extraviado el pasado y no adivina el camino del futuro. Ante él sólo parece abrirse un laberinto por el que va abandonando retazos de su simbología espiritual y de su condición humana. Hay un rumbo perdido del hombre y de la historia que hace que ambos vivan un tiempo frenético y caótico, en medio de una ausencia casi total de ideas conductoras, después de haber disipado las certezas metafísicas y los absolutos en que habían desembocado milenios de reflexión concordante. En este sujeto desarraigado de sí mismo una especie parece haber perdido su memoria y su diferencialidad.

San Pablo había observado que lo que caracterizaba al hombre pagano, de su tiempo y de todos, es «la vaciedad de su mente» (Ef 4,17), a la que oponía un realismo elemental: «yo no corro sin rumbo fijo, no peleo dando golpes al viento» (1 Cor 9,26). Esta sencilla sabiduría, nutrida de la experiencia racional y evangélica que ha inspirado lo mejor del espíritu humano, ha sido olvidada y la cultura y el hombre levanta ahora construcciones y forja ideas huecas, excava aljibes agrietados que ni producen ni pueden contener el agua, como ya habían advertido los profetas.

Esta es la desventura inesperada del progreso en la mayor parte de sus vertientes: ideológica, económica, científica o técnica. El progreso es una de las vocaciones y compromisos unidos, desde el origen, a la existencia humana. Pero esto mismo imponía un sentido primordial a esa tarea: progresar avanzando en la dirección del hombre, en conformidad con los proyectos de los que él es, constitutivamente, portador.

Lo primero en lo que hay que convenir es que no se puede hablar de progreso sin saber exactamente quién es el sujeto que lo promueve y al que va dirigido. Porque si el hombre construye fuera y con abstracción de sí, de su verdadera entidad, construye sobre el viento. El hombre progresa desde el interior al exterior; el primer crecimiento que le espera es el de su hominidad y a imagen y en armonía con ella, el de todas las restantes esferas que lo enmarcan: tal es el orden de la racionalidad. Preguntó Cristo en una ocasión: «¿qué es más importante: el oro o el santuario que hace sagrado el oro?» (Mt 23,17). Igualmente, la edificación de la ciudad terrena o la actividad acumulativa de bienes y conocimientos naturales, sólo encuentra pleno sentido en esa subordinación al crecimiento de la perfección humana y espiritual.

Pero por extraño que parezca, el hombre de nuestra cultura ha excluido de su interés algo tan elemental como la búsqueda de la razón suficiente de sí mismo, y en lugar

de rastrear el contorno de su verdadera imagen ha preferido investigar sobre su osamenta, sustituyendo la fascinación ante el misterio del ser por la curiosidad sobre las cosas. Este encubrimiento ha avanzado paralelamente al descubrimiento del mundo. Su mirada persistente hacia el exterior ha abierto una sima de olvido e ignorancia en torno a sí: la realidad, concluye, está fuera de él y a ella debe dedicar su atención para moldear según ella una nueva visión de sí mismo y para establecer con ella una nueva comunión. Sin embargo, «quien no sabe por qué ha sido hecho tampoco sabe ni quién es él ni qué es el mundo. El que ha descuidado el conocimiento de una sola de estas cuestiones tampoco sabrá decir en qué consiste su propia función en el mundo» (Marco Aurelio, *Pensamientos*, VIII, 52).

El hombre pertenece al doble orden de la naturaleza y de la gracia, lo que significa que su expansión ha de tener esa doble dirección simultánea, a fin de obtener la elevación a un estado humano superior y a una transformación «de claridad en claridad» que alcance a la totalidad de la persona. La evolución capital asignada al hombre, a través de la Creación y de la Redención, consiste en trascender el estadio biológico, natural y animal, y permitir la dilatación de su espacio espiritual en lugar de proyectarse en la dirección única de la tierra. Es la que avanza hacia la realización creciente de la imagen de Dios en él, en la que están todos y los únicos dinamismos que movilizan su proyecto. En ella está el verdadero hombre nuevo, de capacidades y horizontes ilimitados, el hombre finalmente *señor*, con independencia de sus conquistas materiales. Ese señorío es la meta final del desarrollo humano. Fuera de él nos movemos en un diminuto círculo cerrado.

Esta desproporción entre el avance técnico y el humano da lugar a un ser periférico a sí mismo, extraño a su ontología trascendental, huérfano de su anclaje teológico, carente de categorías axiales, agnóstico de todas las ideas menos de las intrascendentes. Hombre, por tanto, banal: cada vez más indiferente a Dios y al diablo, al bien y al mal, al pecado y a la virtud, a la mentira y a la verdad, realidades todas finalmente confundidas e indiferenciadas. Hombre sin significado y sin destino reconocidos, que reinventa cada día su fisonomía y espera oír cada mañana de su informador de turno las cosas que debe creer o negar, consumir o desechar, y que permanece complacido y tranquilo en su actual inanidad humana y espiritual. Un hombre que prefiere contemplar su propia máscara, que mira en cualquier dirección con tal de no encontrarse con su verdadero rostro.

Por eso, el exilio del hombre de su módulo espiritual reinvierte el sentido ascendente de la evolución para volverla a situar en el punto de partida. El progreso se convierte entonces en un juego exhibicionista, frívolo o trágico, del que salen indistintamente un ordenador, un misil, un ser clónico, un alimento transgénico o la carta del genoma humano. La infinita variedad de los productos

técnicos, aun los más positivos, no justifica por sí misma ese reduccionismo mecanicista del desarrollo ni la prepotencia de la tecnología, de la que Heidegger decía que podía llevar al hombre a un invierno sin fin. En todo caso, le ha dejado indefenso ante el fetichismo de las criaturas salidas de sus manos, mientras que sus habilidades prácticas sirven ante todo a su megalomanía y narcisismo. La comprobación de que el auge tecnocientífico no logra racionalizar el contexto humano y de que el hombre no crece con él, sino que más bien parece decrecer, insinúa un sensible repliegue del espíritu y de la sabiduría.

Con este bagaje se entra en la era de la globalización y de la biogenética. Una globalización que se está elaborando en falso, sobre premisas accesorias y espurias, ineficaces si no es en términos de mercado. La homogeneización de ideas y apetitos virtuales, productora de individuos ideológicamente clonados, es una catástrofe humana sin precedentes que apunta hacia el fin del hombre, esto es, de la única realidad consonante con él.

Proceso al que se añade una nueva dimensión de la que tiene escasa conciencia: la del hombre biogénico, reconstruido a base de terapia celular. Aquí estamos ya ante una especie mutada, aunque se ignora bajo qué signo y con qué señas de identidad. Estamos ante «un segundo Génesis, esta vez en laboratorio, ante una naturaleza bioindustrial, producida artificialmente y destinada a reemplazar los mecanismos de la evolución natural» (J. Rifkin, *Le siècle biotech*, París, 1998, 27). «Los nuevos descubrimientos científicos abolirán la humanidad en cuanto tal... En este estadio habremos acabado definitivamente con la historia humana, porque habremos abolido los seres humanos en cuanto tales. Entonces empezará una nueva historia, más allá de lo humano» (Fr. Fukuyama, *Le Monde*, 17 junio 1999, 20). ¿Más allá o más acá? ¿Con resultado de una sobre o una infrahumanidad? ¿Esa acción técnica tendrá una virtualidad superior a los equilibrios de la evolución natural?

«Este hombre de rostro indefinido está en gestación desde los orígenes de la modernidad cuando, en lugar de alcanzar la madurez que le prometía el humanismo ilustrado y científico, fue vaciando la silueta humana recibida en la Creación. En esta situación las suyas son «obras muertas» (Hbr 6,1; 9,14), porque no emanan ya de un hombre viviente (cf Ap 3,1) ni sirven para la vida verdadera, espiritual o humana. Goethe había pronosticado esta abolición de los rasgos humanos y espirituales del hombre.

»Para compensar este déficit, los ideales democráticos y una llamada moral de mínimos parecen querer representar un último reducto de humanidad en torno a ideales como los de igualdad, participación, tolerancia, solidaridad o derechos humanos. Conquistas –o aspiraciones– sobre las que se quiere nutrir la persuasión de que la sociedad está viva, e incluso próxima al logro de la utopía humana. Pero la ausencia de un sólido soporte

moral y espiritual los hace inviables mientras carezcan de él».¹

La realidad humana que se perfila cada vez más nítidamente es la un individuo en alejamiento vertiginoso de las cuestiones centrales; la de un sujeto que ha disuelto su ecología espiritual y ética, estética y política; alérgico a las disciplinas morales, rendido a todas las tolerancias, justificador de todas las incontinencias y que, en esta fuga de sí mismo, lleva consigo el fin de la cultura.

«En realidad, la ruptura del entorno humano se viene produciendo desde que el hombre se desmarcó del espacio divino y, aunque esa escisión fue restañada por Cristo, cada vez que el hombre la reabre pone en entredicho su experiencia humana y adopta él mismo el rostro “sin figura ni hermosura” con que las Escrituras describieron al Mesías crucificado».²

El hombre en su verdad

YA nos habían advertido que los hombres «se han apartado de la verdad y se han vuelto a las fábulas», y que muchos «prefieren las tinieblas a la claridad» (Jn 3,19). Pero no por eso impresiona menos el carácter obtuso de este sujeto en su alejamiento de la luz y de la verdad y su tranquila instalación en la noche. Rosmini había advertido que por el camino de la negación de Dios se termina llamando falso a lo verdadero y se está obligado a llamar verdadero a lo falso; algo que ya había insinuado también un sabio hebreo: «algunos llaman día a la noche, luz cercana a la tiniebla presente» (Job, 17, 12). Con la ciencia y el pensamiento ilustrado el hombre creyó estar alcanzando la culminación de sí mismo. Pero «la inteligencia sin humildad es la fuerza más devastadora del mundo» (Karl Stern, *La zarza ardiente*), porque no busca la verdad sino la arrogancia, que es ciega y demoledora.

Sólo en su verdad puede el hombre acceder a comprender lo que le rodea y el orden de relaciones que ha de

1. La *Declaración de Derechos Fundamentales* acordada por la Unión Europea en octubre del año 2000 sigue haciendo abstracción de este cimiento, pese a una alusión incidental a la herencia religioso-espiritual y moral de Europa, a la que no se vincula ninguna mención de Dios o del cristianismo.

2. Josef Pieper ha recogido en su obra *El fin del tiempo* (Herder, Barcelona, 1984, 75-79) algunos testimonios que describen el estado de conciencia de bastantes europeos ante la situación de nuestra cultura. Nombres como Donoso Cortés, Ch. Dawson, J. Burckhardt, J. Henry Newman, V. Soloviev, Theodor Haecker, Thomas Mann, Karl Jaspers, Stanislas Lec, evocan el contraste entre el ideal del progreso y sus efectos devastadores sobre el presente y el futuro humano y espiritual del hombre occidental. Algo que impone a Mann la observación resignada de que «la fe en el bien no supone necesariamente la fe en el triunfo del bien», dada la capacidad del hombre para disipar sus dones de naturaleza y de espíritu.

guardar con ello. La acción del hombre sobre su entorno carece de sentido hasta que él haya encontrado el suyo, lo que es una de sus prioridades, pues «no tiene sentido que nuestra existencia no tenga sentido», decía el Nobel de Física de 1974, Anthony Hewihs. Sentido y verdad del hombre que no está en su capricho ignorar, contradecir o modificar, como no lo está el negar o modificar su naturaleza por mucho que la manipule: «no tenemos poder alguno contra la verdad; sólo a favor de la verdad» (2 Cor 13,8).

La disolución del concepto de verdad representa la amenaza absoluta sobre la cultura y el hombre. El relativismo sistemático imposibilita establecer cualquier orden de certezas en el pensamiento y la acción humanos: no hay ya lugar para ninguna afirmación consistente, sea teórica o real, personal o colectiva. Esta privación de convicciones, ideas y valores concordantes le convierte en marioneta de todas las veleidades. Su error consiste en oponer libertad y verdad como si ambas pudieran coexistir por separado o en oposición. Fuera de la verdad hay cambio y alternancia, pero no progreso. Precisamente, ese proceso vertiginoso de cambio, que constituye el orgullo de la modernidad, es el síntoma del desconcierto y de la búsqueda a ciegas cuando se ha perdido el referente de la verdad.

La evidencia que más nos importa es la que atañe a nuestra condición humana. Por eso, ¿cómo poder reconocernos, afirmarnos y definirnos, cómo saber dónde estamos o cómo nos llamamos, cómo hacernos objeto de alguna seguridad respecto a nosotros mismos, si hemos borrado todas nuestra huellas, si, por tanto, carecemos de pasado y no sabemos de dónde venimos, si no queremos venir de ningún sitio ni ser o tener nada que nos ligue al pasado, si arrancamos de nosotros cualquier memoria, cualquier raíz, cualquier tradición? No hay cultura sin sedimento de experiencia y tradición, que nos transmiten de forma decantada el patrimonio elaborado en el curso de edades y generaciones. Como tampoco la hay donde se deroga la espiritualidad, la belleza, la ética, la armonía del ser consigo y con la naturaleza, donde no se deja lugar para la hominidad ni un camino para su recuperación. En lugar de ello el pensamiento, la ciencia, el arte, el conjunto de los valores modernos, ahondan la ruptura con el pasado a fin de anunciar la nueva edad de la historia y eliminar los vínculos que hipotecan el crecimiento de la nueva creación. Es preciso rehacerlo todo y esto a su vez reinventarlo incesantemente para que lo nuevo de hoy no sea viejo mañana mismo.

Este intento, sin embargo, en el que se ha agotado la modernidad, ha resultado ilusorio. Según se creyó, la vetusta y cuarteada morada cultural del hombre no debía ser reparada sino demolida, pero la que le ha sucedido se ha desplomado ella misma de manera súbita. En corto espacio de tiempo a la liquidación del pasado siguió la del presente. Inopinadamente, el nuevo orden, que se consideraba definitivamente asentado, se declaró utópico y

agónico. Aquella herencia primera había alimentado la vida de la humanidad durante milenios; en cambio su alternativa –la modernidad- nació con la fragilidad de unos pseudoconceptos extraños al espíritu humano. Hoy sabemos que la alienación decisiva de nuestro tiempo no es tanto la que se ha venido vinculando a la esfera socioeconómica y política, como la que está provocada por la ruptura con las raíces nutricias de las significaciones fundamentales en las que el hombre se había reconocido. Esta enajenación cierra el ciclo de la cultura humana y abre el apogeo del hombre terrícola. Pero la finalidad eminente del hombre era el cultivo de sí mismo según la Imagen esculpida en él y, en imitación de ella, de todo lo demás.

El fundamento y el centro

ESTE panorama sombrío, ajeno no menos a las perspectivas depositadas por Dios en la raza humana que a la exaltación de que el hombre se ha hecho objeto en la época moderna, está sin embargo muy próximo al que, con su propio lenguaje, describe la Escritura al resumir la trayectoria del hombre caído: «caminaban según sus ideas... daban a Dios la espalda, no la frente» (Jer 7,24). Como en la historia de Israel, esta posición del hombre frente a Dios se prolonga en el extravío frente a sí mismo. Algo que los Padres de la Iglesia han definido como un «caminar por la tierra de la desemejanza», a lo largo de la cual ha ido desdibujando los rasgos divinos con que había sido formado y cuya recuperación afirmaban ser inexcusable para volver a entrar dentro de sí. Este habría sido el objetivo de la Encarnación y de la Redención llevadas a cabo por el Verbo de Dios.

Ya ha quedado indicado cómo todos los datos suministrados por la Revelación acerca del hombre subrayan que el alejamiento de Dios altera profundamente el orden humano, que está llamado a ser imagen del divino. El hombre subsiste en Dios; por eso, cuando se aleja de Él deja al descubierto su impotencia para crear una obra verdadera, en armonía con su constitución trascendente e histórica. De ahí que la infidelidad a Dios le haga también infiel a sí mismo. El hombre es una unidad y, por designio del Creador, su doble dimensión espiritual y humana siguen un rumbo paralelo, tal como se evidencia a raíz del pecado original, cuyos efectos trastornaron no sólo la integridad de los dones sobrenaturales, sino la propia condición terrena.

De hecho, el origen de todas sus desviaciones se sitúa en el intento de oponer las afirmaciones y opciones del hombre a las de Dios, situando las suyas en un nivel superior de veracidad y coherencia, y concluyendo después que las propuestas divinas acerca del hombre o no existen o no son de recibo, por lo que es preciso que éste formule otras desde su exclusiva perspectiva.

El sentido de la cultura moderna se ha decantado por

la clausura, al menos momentánea, de la trayectoria humana hacia Dios. A partir de ello el hombre se declara en retorno a sí mismo, abandonando las huellas divinas y convirtiendo en necedad la Sabiduría del Evangelio, como había subrayado san Pablo. Desde entonces son la razón y la libertad excéntrica las que tienen confiada la dirección de una nueva historia. Se han encendido así las luces crepusculares de la razón, que si han permitido arrancar algunos secretos de la naturaleza y satisfacer algunos derechos sociales y políticos, han ocultado en cambio la grandeza del misterio que es el hombre.

La obstrucción de lo espiritual conduce a la apostasía de lo humano, sin más. El alejamiento de ese epicentro le distancia de su propio núcleo, y el ciclo termina cuando el hombre se escinde de sí mismo, con la amenaza añadida de que, en la medida en que se profundiza la ausencia de Dios, la historia queda a merced del hombre, capaz ya de desencadenar todas las demencias. La razón sólo sirve a la persona cuando se pone bajo la autoridad del espíritu y a la sombra de su imagen divina. Más aún; no podrá sorprender que el mundo, vaciado de las profundidades de Dios, se llene de lo que el Apocalipsis llama «las profundidades de Satanás» (2, 24).

«El pensamiento que no se decapita desemboca en lo trascendente», escribía Adorno (*Dialéctica negativa*), y Octavio Paz aseguraba que «la mayor herejía de nuestro tiempo es haber sustituido a Dios por la historia». En realidad, el final del humanismo ha progresado en paralelo con el avance del escepticismo y del agnosticismo, convertidos en la forma pseudoestética de la decadencia. Tal como se le había advertido, el hombre muere cuando elige contra Dios: «el día que comas de ese árbol morirás». En consecuencia, está sufriendo la segunda expulsión del paraíso. La respuesta sobre qué ha sido del hombre se responde al inquirir qué ha sido de Dios. De hecho, la distancia entre el dedo de Adán y el de Dios, que en el fresco de la Creación, en la Capilla Sixtina, es todavía mínima, ha ido ensanchándose incesantemente: en la misma medida en que se amplía la distancia del hombre frente a sí mismo.

Sin embargo, el hombre es humano porque es divino, porque está hecho con fragmentos y reflejos divinos. Por eso, el intento de desvincularse de Dios desarticula íntegramente la estructura fundamental del hombre y de la historia. Dios es el clima en el que el hombre ha nacido; su eclipse es su agonía. Con el de Dios concluye el tiempo del hombre; sólo sobreviven sus restos. Fuera de Dios el hombre es el verdadero ser mítico, en el que se verifica el dicho de la Escritura: cuando alguien deja de mirarse en ese espejo –en Dios– y le vuelve la espalda, se olvida inmediatamente de quién es él mismo (Sant 1,23-24). Sin Dios nada es posible, todo es radical utopía y quimera. El desarrollo perfectivo de lo humano exige que todas las cosas y todos los individuos ocupen el puesto, el orden y la finalidad para los que fueron creados. El progreso no puede caminar en la indiferencia o la rivalidad frente a

Dios, que es lo que sucede cuando decide que sus proyectos terrenos deben constituir la «verdadera ciudad de Dios sobre la tierra» (Herder). La historia acaba no cuando a Fukuyama le parezca, sino cuando se ha acabado el hombre, lo que ocurre cuando el hombre ha eclipsado la presencia de lo divino en él.

Sin Dios el hombre es su nombre y su sombra: nada, un fantasma. El hombre no tiene relevancia alguna fuera de Dios: está pero no es, produce pero no crea, voce pero nada dice, opina pero no razona, corre pero no avanza, llena de artilugios su inmensa caverna vacía y de ensueños su soledad irremediable. Es la «pasión inútil» descrita, entre el abatimiento y el despecho, por el existencialismo que, sin embargo, renunció a entrever las claves reales de esta situación. El hombre se desarrolla en semejanza con Dios, o por el contrario en afinidad con el barro primigenio; barro dotado de razón, pero una razón de barro.

Esa es la causa de su enorme precariedad actual. Por eso, a pesar de que los islotes de cultura espiritual son cada vez más escasos en el océano de las actitudes positivistas, parece indispensable volver a pensar al hombre, de manera total y radical, a partir del Hombre arquetípico –Jesús–, en el que lo humano y lo divino se han encontrado de forma ejemplar. El hombre es la medida de todas las cosas, pero Cristo es la medida del hombre. Fuera de Él la humanidad está fuera de su orden, de su realidad, de su destino; en Él están, por el contrario, todas y las únicas potencialidades. Él es el suelo y la raíz, la savia y el aire del hombre: «Él es el origen, guía y meta del universo» (Rom 11,36).

Cristo es «la luz del mundo», de manera que «el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tiene la luz de la vida». Él ha sido dado por Fundamento, Centro y Vértice de toda realidad humana, porque el plan de Dios, viene a decir San Pablo, es que todo tenga a Cristo por Cabeza (cf. Ef 1,22; Col 1,18;2,10). En Él el Padre ha dicho su Palabra para todos los tiempos. En Él está la medida y la frontera de la verdad. Más allá de Él y de lo que es asimilable por Él sólo queda espacio para la mentira y la nada. En Él se centraron todas las referencias anteriores y posteriores a su venida, y Él ha sido constituido primogénito de la humanidad nueva; sólo su descendencia es portadora de humanidad y novedad auténticas. Los genes y la primera identidad del verdadero superhombre están en el Evangelio y en la gracia del Bautismo: «Dios busca descendencia divina» (Mal 2,15).

Después de todo lo que hemos aprendido y experimentado en el terreno de las ciencias –naturales, humanas e históricas–, nos queda por asimilar algo que en el pasado de nuestra cultura constituía el a priori, implícito o explícito, de todos los demás saberes y actividades: la historia humana tiene como referente inexcusable el doble acontecimiento de la Creación y de la Redención. En ambas están los hechos nucleares que determinan la armonía y la ley del acontecer humano, sea o no advertido o aceptado

por sus protagonistas. De ellas brotan su sentido y dinamismo actuales. Todo lo que no se adhiere o no secunda ese significado queda fuera del movimiento ascendente abierto bajo su impulso; ellas darán a su tiempo la dimensión y el valor objetivos de las realizaciones humanas. En consecuencia, el logro de las aspiraciones que movilizan la evolución del hombre, llámense bien, verdad, paz, justicia, libertad, progreso o unidad, crece únicamente dentro del orden establecido por Dios; fuera de él está el reino del desorden.

Ciertamente, la situación de este hombre agotado pone en evidencia la extrema actualidad del Evangelio. Es posible que sus palabras estén hoy muy lejos de nuestras ideas, pero están completamente cercanas a nuestra realidad. La historia entraría en una etapa y un ritmo totalmente nuevos si el hombre volviera a descubrir a través de ellas el sacramento divino que es. Sin duda, antes o después, el hombre volverá a esas palabras, ahora olvidadas o despreciadas. Todos los demás dilemas están aca-

bados. Con la postmodernidad hemos entrado en el final de los absolutos históricos: ideología o revolución, clase o raza, ciencia o Estado, razón o progreso, historia o liberación. También el mundialismo, último aunque tal vez el más amenazante de los ismos desarrollados por la utopía humana, y que ha sido ya ensayado en los colectivismos, comunismos y totalitarismos que han quedado atrás, con los resultados conocidos. Apenas es posible ir más lejos en el exilio elegido. Sólo hay ya lugar para una era nueva, que no es la *Nueva Era*, sino el tiempo de ese Hombre nuevo que ahora hace dos milenios fue anunciado en la persona de Cristo: «Él nos salvó y nos salva; en Él está nuestra esperanza» (2 Cor 1,10).

Si hay una providencia que vela para preservar al hombre dentro de su ser y destino, frente a todas sus veleidades para desnaturalizarlos, hay que presumir que, llegado el momento, su actuación va a tener toda la contundencia que ya hemos conocido al menos en dos ocasiones decisivas: en el paraíso y en la Encarnación del Verbo.

Junio, mes dedicado al Sagrado Corazón de Jesús



¡Qué necesario es para la humanidad contemporánea el mensaje que brota de la contemplación del Corazón de Cristo! ¿Dónde, si no en ese manantial, podrá obtener las reservas de humildad y de perdón necesarias para sanar los ásperos conflictos que la ensangrientan?

Juan Pablo II en el Angelus
del 24 de junio de 2002

Su relación con el padre Ignasi Casanovas y su obra

FRANCISCO CANALS VIDAL

HABLANDO con el padre Orlandis del contraste que yo percibía al leer al padre Ignasi Casanovas, S.I., comparándolo con otros autores jesuitas de su tiempo, me comentó: «El padre Casanovas no era tenido por jesuítico por el clero de la diócesis y por las otras órdenes religiosas. Conmigo ocurre algo parecido».

El padre Orlandis había aceptado una sugerencia del padre Ignasi Casanovas de colaborar en las tareas del Foment de Pietat y de la Balmesiana de entonces. «Sabía que yo no era anticatalanista ni enemigo de su obra», que había tenido ocasión de defender al ser consultado por el padre General de la Compañía. Éste había tenido que venir a Barcelona porque los jesuitas anticatalanistas le aconsejaban la supresión del Foment de Pietat y de todas las obras conexas con él.

El padre Orlandis veía peligros graves en el catalanismo cuando tomaba el camino de «una Cataluña nacional podrá ser católica o librepensadora, centralista o descentralizada, liberal o socialista, pero será catalana», pensamiento de Prat de la Riba que expresa el veneno inoculado en los nacionalismos por la errónea filosofía surgida en el idealismo romántico alemán. Le disgustaban las afectaciones culturales del Noucentisme, con su hostilidad a lo «verdaguérivol». Él admiraba con fervor a Verdager, Costa i Llobera, Maria Antònia Salvà... Denunciaba también, por lo mismo, como peligroso el anticatalanismo, y a veces se llamaba a sí mismo «supercatalanista». Pensaba, con el obispo Torras i Bages, de quien era muy amigo el padre Ignasi Casanovas, que «Catalunya serà cristiana o no serà». En todo caso, defendía y apoyaba al padre Ignasi Casanovas contra sus adversarios jesuitas anticatalanistas.

«Es extraño que el padre Casanovas no fuese tomista –decía el padre Orlandis– porque todos los jesuitas que él admiraba, el padre Lebreton y otros franceses, eran tomistas». Yo le comenté que, seguramente, su entusiasmo por Balmes explicaba este hecho. Añado, incidentalmente, algo sobre el sentido del balmesiano del padre Casanovas, del que tengo un recuerdo muy preciso por lo que me dijo también el padre Orlandis.

Me refirió que, en una conversación circunstancial con el padre Florí, discípulo de Casanovas y conocido estudioso de Balmes, le dijo el padre Orlandis: «Yo soy más balmesiano que ustedes». «¿Cómo?» –preguntó el padre Florí. «Porque a Balmes le importaba, más que la negación de la distinción real de la esencia y la existencia, el tener una actitud de pensar con libertad. Esto es lo que yo hago con mi tomismo, y por esto he podido ser tomista».

Sobre el tomismo del padre Orlandis escribí en *Cris-*

tianidad n° 811-812 (enero-febrero 1999). Recordé entonces que él decía que, de los tres «epítetos» con los que se calificaba –o se quería a veces descalificar– su obra, los de *tomista*, *integrista* y *milenarista*, era el primero, precisamente el único que él aceptaba sin reservas, aquel por el que más frecuentemente los jesuitas de su provincia religiosa tendían a pensar su tarea como algo carente de futuro y no integrado en los ambientes apostólicos más característicos de los jesuitas de entonces.

Le oí decir muchas veces que la distancia y enfrentamiento que, durante siglos, se habían dado entre los dominicos y los jesuitas no tenían su punto nuclear en cuestiones metafísicas como la de la distinción real entre la esencia y el ser, de que tanto se habló a fines del siglo XIX y en el siglo XX. En metafísica, la escolástica escotista de los franciscanos se oponía al tomismo tanto o más radicalmente que el suarismo de los jesuitas. Pero «los frailes» dominicos y franciscanos se sentían entre sí cercanos. Era usual que un franciscano predicase un panegírico sobre santo Domingo en una iglesia de los frailes predicadores, o que un dominico hablase sobre san Francisco de Asís en una iglesia franciscana.

Los jesuitas eran sentidos como «otra cosa». El padre Orlandis notaba que la razón de la distancia no era metafísica. «No era eso, era otra cosa, que no sabría decir qué es» («No és això. És una altra cosa, no sabria dir el què és»). Sus palabras, precisas y decididas en lo que negaban, y tan explícitamente perplejas en lo que constataba que no se le había mostrado claramente, han quedado para mí inolvidables, y me han dado siempre mucho que pensar.

El padre Orlandis juzgaba muy desacertada la negación de la moción divina en las causas segundas y el llamado «concurso simultáneo». Recordemos que, según Suárez, hablando de la causa divina y de las causas creadas, «ninguna de estas causas influye con prioridad a la otra, porque ninguna influye en la otra, sino que una y otra influyen en el efecto o en la acción, y ninguna aplica a la otra o la hace obrar, en virtud de este concurso» (Suárez, *Opúsculo I. De Concurso* Libro I cap. 15, n° 7). De esta tesis del concurso simultáneo, y de su expresión clásica «como cuando dos arrastran una nave», decía coloquialmente el padre Orlandis: «És un reneç», lo que la descalifica casi como una blasfemia, pero con un sentido más irónico que condenatorio.

Y porque la tesis del concurso simultáneo fue pensada para remover la tesis tomista de la «premoción» –y con la preocupación de excluir la «predeterminación»–, y porque, después de las polémicas *de auxiliis*, la oposición de las

escuelas había tendido a excluir, con la predeterminación física como explicación de la eficacia de la gracia, también la misma tesis teológica de la eficacia intrínseca de la gracia, se llegó a la situación que, ya en los primeros años del siglo XVIII, describía el dominico Billuart:

«Que la eficacia de la gracia consista en una predeterminación física, y que esta predeterminación deba extenderse a los actos naturales y a lo «material» del pecado, son cuestiones puramente metafísicas e incidentales respecto de la tesis de que la gracia eficaz lo es por sí misma e intrínsecamente.

»Pero que la gracia es eficaz por sí misma e intrínsecamente, con independencia de la cooperación de la criatura y de una ciencia media, lo enseñamos los tomistas como un dogma teológico intrínsecamente conexo con los principios de la fe, y próximo a la definibilidad, y con nosotros todas las escuelas, a excepción de la molinista.» (Billuart, *De Deo*, dissertatio V).

Más de un siglo antes de que el representativo dominico escribiese este juicio tan preciso, san Roberto Belarmino, el eminente jesuita, Doctor de la Iglesia, que combatió la tesis de los dominicos sobre la predeterminación física, pero que sostenía su posición propia contra los que, entre los jesuitas molinistas, tendían a apartarse de la doctrina del propio Belarmino, según la cual la divina predestinación es gratuita y antecedente a los méritos humanos y la eficacia de la gracia no puede explicarse como un efecto de la buena voluntad humana, decía:

«Siguiendo esta tesis, estaremos conformes con los dominicos, franciscanos y agustinos, cosa muy de desear. De otro modo, estaremos en guerra con todas las órdenes.» (citado por Raúl de Scorraile, *El padre Francisco Suárez, S.I.*, Barcelona, 1917; pp. 442-443).

San Roberto Bellarmino y el dominico Billuart advierten acerca del hecho de una escuela que se sitúa frente a todas las demás en una temática excepcionalmente nuclear, no sólo en el campo de la ciencia teológica, sino en la práctica comprensión del sentido de la vida cristiana. Escribió también Bellarmino, contradiciendo por anticipado la futura hegemonía del llamado «molinismo puro» en los jesuitas a partir de la mitad del siglo XVII y en siglo XVIII:

«Algunos opinan que la eficacia de la gracia se constituye por el asentimiento y la cooperación humana, de modo que, por su resultado, se llama eficaz, a saber, porque obtiene su efecto, y lo obtiene porque la voluntad humana coopera. Esta opinión es absolutamente ajena a la doctrina de san Agustín, y en cuanto a lo que yo juzgo, incluso ajena a la doctrina de las divinas Escrituras.» (*De gratia et libero arbitrio I*, cap. XII).

La atención a estos textos me va llevando a pensar que aquella razón profunda y misteriosa que durante siglos hacía sentir distantes a los jesuitas de las otras escuelas y familias religiosas, que no era un tema metafísico —como advertía el padre Orlandis— se situaba, precisamente, en este núcleo de la doctrina católica referente a la iniciativa misericordiosa de la gracia divina en la vida del cristiano, es decir, del hombre redimido por Cristo de la herencia y de la herida del pecado.

Una experiencia reciente me ha confirmado en esta perspectiva. He encontrado un texto de la *Concordia* de Molina que dice:

«Mira a la exaltación, alabanza y honor de Cristo y de Su Santísima Madre, algo que a mí me parece totalmente verosímil: que a sus Sacratísimas almas, no sólo Dios decretó darles dones más excelentes, sino que también había previsto que usarían mejor que otras de aquellos dones, por su innata libertad y usando de su arbitrio, y que, por esta razón, fueron elegidas para tal gran dignidad, más bien que otras.» (Parte VII, Qu. 25, disp. 1ª, memb. 11, nº 43).

Ante este texto, que se mueve al margen del dominio de la voluntad divina sobre la voluntad humana de Jesucristo, y desconoce, por lo mismo, que la humanidad asumida es instrumento unido a la divinidad, y así, con la voluntad humana de Cristo, «Dios nos ha amado con Corazón de hombre», según la profunda y precisa expresión del Concilio Vaticano II, he podido hablar con algunos sacerdotes diocesanos y algún jesuita, y he podido advertir la misma reacción en todos: «Esto es nestoriano», «Esto roza la herejía», «Esto se mueve en una desorientación profunda».

El padre Orlandis estaba convencido de que, en el futuro, se haría cada vez más patente la fecundidad orientadora de la síntesis doctrinal de santo Tomás de Aquino, y que se evidenciaría su necesidad. Pero discernía también, en la creciente reacción «antimolinista» y en la hostilidad de la «teología nueva» hacia lo postridentino, y en especial hacia la escolástica de los jesuitas, una corriente que no tendía a corregir las desviaciones «hacia la derecha» de aquella tradición, sino que abría paso a lo que llegaría pronto: un difundido «izquierdismo» teológico.

Al emplear los términos que aluden a la derecha y a la izquierda, no pienso, en primer lugar, en su significado político (aunque fuese frecuente la opción molinista entre legitimistas contrarrevolucionarios y entre los sectores intransigentes y anti-liberales del ultramontanismo), sino a un texto del *Libro de los Proverbios* y al comentario que de él hizo san Agustín:

«No te desvíes a la derecha ni a la izquierda: aparta tu pie del mal, porque los caminos que están a la derecha, el Señor los conoce: pero son perversos los caminos que están a la izquierda.» (Prov. IV, nº 27).

Comenta san Agustín:

«Desviarse hacia la derecha es querer asignar a sí mismo, y no a Dios, las mismas obras buenas que pertenecen a los caminos que están a la derecha ... cuando te mandan «haz rectos los caminos para tus pies y dirige los caminos» entiéndelo de modo que sepas que, si lo haces, es Dios que te otorga el que lo hagas. Así no te desviarás a la derecha, cuando andes por los caminos que están a la derecha, porque no confiarás en tu vigor.» (Carta a Valentín, año 427).

El haberse puesto conscientemente, el padre Orlandis y el padre Ignasi Casanovas, en la escuela y el camino de santa Teresita del Niño Jesús hermana a los dos eminentes jesuitas en aquella fidelidad a santo Tomás de Aquino que el padre Orlandis adivinaba, en lo profundo, en el «balmesiano» Ignasi Casanovas. La liberación de la lectura del gran libro del magisterio espiritual de san Ignacio de

«mecanización semipelagiana y semiestoica», que reconocía el padre Leturia, S.I. haber obrado el padre Orlandis en sus estudios, y la serena seguridad con que el padre Ignasi Casanovas podía vindicar los *Ejercicios* ante quienes los acusaban de «matemáticas espirituales», están en relación profunda con aquella fidelidad esencial a santo Tomás.

Un gran estudioso dominico, M. M. Philipon O.P., en su obra *El mensaje de Teresa de Lisieux* (publicado en castellano en 1960, en Barcelona, por la Editorial Balmes), demuestra documentadamente la coherencia profunda entre la orientación espiritual de la Santa carmelita y la teología expuesta por Santo Tomás, en especial en la acción divina según los dones del Espíritu Santo en el alma cristiana.

Las reflexiones sugeridas vienen al caso por una razón muy profunda. Leyendo los volúmenes de la *Biblioteca d'Exercicis* del padre Casanovas, sentiremos lo que dos biógrafos y comentaristas de su obra constataron y expresaron en la forma más inequívoca: la penetración de la espiritualidad de santa Teresa del Niño Jesús en el estudio ignaciano del padre Casanovas. El padre Batllori dice que «en los once tomos muy valiosos de su *Biblioteca d'Exercicis*, la Rosa de Lisieux dejó un perfume inconfundible» y el padre Ignacio Corrons, el traductor a la lengua castellana de la obra del padre Casanovas, reconoce «una inconfundible huella teresiana que se percibe —oculta o patente, según los casos— en su comentario a los *Ejercicios* de San Ignacio» (véase las referencias en mi artículo «Ignasi Casanovas Camprubí. Su espiritualidad y acción apostólica» en *Cristiandad*, nº 777-778 (marzo-abril 1996, pág. 35).

Reiterando lo que escribí entonces, sostengo que me parecen identificables, en el estudio sobre Santa Teresa del Niño Jesús y en el comentario sobre los *Ejercicios* del padre Ignasi Casanovas, líneas muy centrales de su doctrina, profundamente acordes con la teología espiritual de Santo Tomás de Aquino, e incluso en algunos momentos, con características tesis metafísicas del propio Doctor Angélico. Así en la interpretación del padre Casanovas sobre las palabras de San Ignacio según el cual «Dios trabaja y labora por mí en todas las cosas»:

«También es Dios el que obra en esta vida superior, que es la vida humana: no hay ni verdad ni belleza, ni moralidad que no venga de Dios; incluso los actos contrarios, producidos por una voluntad enloquecida que ignora su fin, no serían sin la acción de Dios, que respeta las libres determinaciones de los seres que ha creado y ha querido libres, y aquí hay maravillas que eclipsan lo que hasta ahora hemos considerado. Dios es el agente principal, y con su acción no estorba ni ata la libertad de la criatura.» (*Biblioteca d'Exercicis*, vol. IX, p. 330, trad. castellana padre Corrons).

La unidad de intención y de espíritu entre la tarea de estudio de los *Ejercicios* y la espiritualidad de la infancia espiritual y el abandono filial y confiado al amor misericordioso de Dios, que fue el mensaje de santa Teresa del Niño Jesús, nos muestran como muy cercanos a aquellos dos eminentes jesuitas, el padre Orlandis y el padre Casanovas. Para los dos, santa Teresa del Niño Jesús fue como la «estrella de su tarea apostólica», por decirlo con expresión análoga a la inequívoca del papa Pío XI, que in-

sistía en presentar a aquella joven carmelita como «la estrella de su pontificado».

No dejaré de decir que, en los tiempos en que el padre Orlandis comenzaba la formación de los que pertenecerían a Schola Cordis Iesu, o en que el padre Casanovas creaba, apoyando a Mossén Eudald Serra, el Foment de Pietat y toda la constelación de instituciones y tareas orientadas hacia lo que hoy llamaríamos «la inculturación de la fe católica» en la sociedad catalana, el hecho mismo del puesto central de santa Teresita del Niño Jesús en sus respectivas vidas y actividades apostólicas que acercaba y hermanaba a aquellos dos eminentes religiosos de la Compañía, insignes estudiosos de san Ignacio de Loyola, también constituía la razón probablemente más profunda de aquel hecho de que no fuesen considerados como «jesuíticos» por el clero diocesano y por los religiosos de otras órdenes, ni tampoco —lo cual sería causa de íntimos sentimientos dolorosos y de desconcertantes malentendidos— por sus hermanos en religión de la entonces provincia de Aragón de la Compañía de Jesús.

Un dato institucional importante es el del proyecto del padre Casanovas de crear en Barcelona una institución análoga al Instituto Católico de París o a la Universidad Católica de Milán. En orden a ello, dirigió una memoria a los obispos de la provincia eclesiástica Tarraconense. En ella se contiene el texto de unos «Estatutos de la Facultad Filosófica fundada por la autoridad apostólica en la Institución Balmesiana de Barcelona». El artículo treinta y seis de aquellos Estatutos estaba redactado así:

«Se enseñará la filosofía escolástica, y de tal manera que los que siguen sus cursos sean formados con una síntesis doctrinal plena y coherente, según el método de los principios de santo Tomás de Aquino; desde esta doctrina, serán examinados los diversos sistemas filosóficos» (citado en *Obras del Pare Ignasi Casanovas. relíquies literàries*, Barcelona, Balmes, 1960, p. 354)

Quiero completar este recuerdo sobre el padre Orlandis en su relación con el padre Ignasi Casanovas reiterando lo que expresé ante el entonces arzobispo de Barcelona, el cardenal Narcís Jubany Arnau, cuando recibió a un grupo de laicos, entre los que estaban algunos miembros del patronato de la Fundación Balmesiana, como Eudaldo Forment y José María Petit, y algunos otros de Schola Cordis Iesu. Tratábamos de afirmar ante nuestro arzobispo la congruencia de que Schola Cordis Iesu fuese acogida en los locales e instituciones de la Balmesiana, y la oportunidad con que se podrían iniciar tareas de colaboración útiles para ambas instituciones. Hablé al cardenal Jubany del paralelismo de dos vidas que tuvieron, en su tiempo, actitudes poco frecuentemente unidas: el espíritu de san Ignacio en sus *Ejercicios* y el camino de la infancia espiritual y la entrega al amor misericordioso de Dios de santa Teresita. Recuerdo que dije, con convicción muy profunda: «En su vida bienaventurada, en la patria celestial, el padre Casanovas y el padre Orlandis se sentirán gozosos y nos apoyarán con su oración, y obtendrán de Dios gracias y auxilios providenciales para esta tarea común de servicio a la Iglesia».

La Santa Sede distingue la fecunda labor de Francisco Canals Vidal en su servicio al bien e incremento de la Iglesia

El pasado día doce de junio, nuestro querido amigo Francisco Canals Vidal –bien conocido por todos los lectores de esta revista– recibió de manos del Excmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Ricard María Carles el título de Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, que la Santa Sede le otorgaba a petición del propio Arzobispo, en reconocimiento a su constante y dilatada labor en bien de la Iglesia universal. Además de su esposa y uno de sus hijos, le acompañaban en ese acto el padre Pedro Suñer, S.I., director diocesano del Apostolado de la Oración y director de Balmesiana, Mn. Àngel Fàbrega, director de Foment de Pietat, y Don Antonio Samsó, SDB, rector del Templo del Sagrado Corazón del Tibidado, así como numerosos consocios de Schola Cordis Iesu.

El texto del diploma que acredita la distinción, firmado por el cardenal Sodano, secretario de Estado de la Santa Sede, dice así: «Juan Pablo II Pont. Max. Atendiendo complacido a las peticiones que se nos han dirigido, por las que hemos sabido de tu meritorio servicio al bien e incremento de la Iglesia y de la realidad católica, para manifestar con testimonio patente nuestra voluntad agradecida, a ti, Francisco Canals Vidal, de la Archidiócesis de Barcelona, te elegimos, hacemos y anunciamos Caballero Comendador de la Orden de San Gregorio Magno, y te damos la facultad de usar de todos los privilegios que van unidos a esta dignidad. Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 26 de abril del año MMII».

La Orden de San Gregorio Magno toma su nombre

del gran defensor de la Iglesia que fue el papa Gregorio I (540-604), y fue creada por el papa Gregorio XVI durante el primer año de su pontificado (1831) con el fin de que «fueran honradas con público testimonio de afecto pontificio aquellas personas de probada fidelidad a la Sede Apostólica», las cuales, ya fuera por «ventaja de nacimiento, o celebridad de tareas desempeñadas, o cuidado de un asunto notable», se hubieran convertido en personas «manifiestamente conocidas por elogio de virtudes, honestidad de carácter, brillantez de servicios, y extraordinaria diligencia en el cumplimiento de funciones».

Al agradecer la distinción al Sr. Cardenal, nuestro colaborador destacó como verdadero precedente de toda su labor el magisterio del P. Ramón Orlandis Despuig, S.I., y centró su obra «en el apostolado del reinado del Sagrado Corazón de Jesús, en el espíritu y las actitudes tantas veces recomendadas por el Magisterio pontificio, que Dios impulsó por medio de la acción de santa Margarita María de Alacoque y de san Claudio de la Colombière», así como «en el mensaje de infancia espiritual y de donación confiada al Amor misericordioso de Dios de Santa Teresita del Niño Jesús», pidiendo a Dios que le ayude a perseverar siguiendo el mismo camino.

Desde estas páginas felicitamos muy cordialmente a Francisco Canals por tan significativa y merecida distinción, haciendo también nuestros los deseos por él expresados.

J.M.R.B.



IN MEMORIAM

P. Armando Bandera González, OP

3-V-1920 – 1-IV-2002

El día uno de abril del 2002, en el convento de San Esteban de Salamanca, donde había transcurrido la mayor parte de su vida, fallecía cristianamente el padre Armando Bandera González. La muerte le sobrevino repentinamente a causa de un fuerte derrame cerebral sufrido en la mañana del domingo de Resurrección en la abadía cisterciense de Cobreces Santa María Via Coeli (Cantabria). Allí había acudido con el deseo de vivir intensamente los misterios de la Semana Santa.

Nacido en la Ribera de León (España) en el pueblo de Palazuelo de Torio de una familia numerosa de ocho hermanos, hizo sus estudios de Humanidades en Corias (Asturias) y en Caldas de Besaya (Santander). El año 1936 tomó el hábito dominicano en el convento de San Esteban de Salamanca, donde también hizo sus estudios de filosofía y teología, ordenándose de sacerdote el año 1943. Estudió un curso de Filosofía y Letras en la Universidad de Madrid. Regresó a Salamanca en 1946 donde ha permanecido hasta su fallecimiento.

En la Facultad de Teología de San Esteban de Salamanca ejerció el magisterio teológico durante cuarenta y cuatro años enseñando fundamentalmente Teología dogmática y Teología de la vida religiosa. En la comunidad dominicana de San Esteban de Salamanca fue nueve años subprior, y cuatro Maestro de padres jóvenes; fue decano de la Facultad de Teología de San Esteban, fue director de la revista *Vida sobrenatural* durante diez años en los que trabajó denodadamente por dar a conocer la doctrina y la vida del fundador de la revista P. Juan G. Arintero, OP. Uno de los últimos y altos servicios que prestó a la cultura lo realizó desde la Presidencia de la SITAE (Sociedad internacional Tomás de Aquino, sección española).

La lista de publicaciones es prolija, con unos treinta libros, más de doscientos artículos, e innumerables reseñas de libros. Sus temas preferidos fueron de Eclesiología, como prolongación de la Cristología, Vida consagrada, Mariología y estudios sobre santo Tomás.

Participó en varios capítulos provinciales de la Provincia de España y en dos capítulos generales, pero sobre todo merece reseñarse su presencia en el Concilio Vaticano II como perito del Maestro General de la orden padre Aniceto Fernández. Impactado por la experiencia conciliar, fue un asiduo estudioso de los documentos del Concilio Vaticano II, llegando a ser uno de los más expertos conocedores y divulgadores a través de sus libros y artículos. Junto con el Concilio, cualquier documento del Magisterio de la Iglesia era bien conocido y estudiado por el padre Armando Bandera.

Era miembro de la Sociedad Mariológica Española y de la Pontificia Academia Mariana Internacional.

La Orden reconoció su trabajo y sus méritos en el campo teológico nombrándole Maestro en Sagrada Teología.

Tras esta breve síntesis de lo que podríamos decir fue su curriculum vitae como teólogo dominico, está por una parte el hombre bien dotado intelectualmente, con una voluntad fuerte y gran capacidad de trabajo, y por otra el religioso que tiene el centro de su vida en la Eucaristía, la Iglesia, la Virgen María. Sin duda alguna, fue hijo de su tiempo y su magisterio teológico estuvo fundamentado sobre todo en su fuerte formación escolástica tomista, de la que fue uno de sus más seguros y fieles exponentes hasta el final de sus días. No obstante los aires nuevos del Concilio llegados ya en la madurez de su vida le impulsaron a deseos de apertura y puesta al día.

Admirable fue su espíritu de trabajo hasta el final de su vida, admirable su desprendimiento de las cosas, como fue la entrega de su biblioteca personal al Seminario de Puerto Maldonado (Perú), y admirable también el respeto a la vida íntima de las personas.

Descanse en paz el padre Armando Bandera, dominico cuya vida quiso ser un servicio a la Iglesia, bajo el amparo y guía de la misma Iglesia.

Juan José Gallego, OP
Presidente de la Sociedad Internacional
Tomás de Aquino (E)





Pequeñas lecciones de historia

La declaración de la renta y el Apocalipsis

GERARDO MANRESA

CON motivo de la presentación de la declaración de la renta, toda persona puede pedir al Ministerio de Hacienda los datos que este ministerio posee sobre él. En menos de cinco minutos, el empleado le entrega una hoja en la que aparecen: su DNI, el número de identificación fiscal (NIF) de la empresa en que trabaja, el sueldo que cobra, las retenciones que se le efectúan, el salario en especie, los números de los bancos, agencias y cuentas corrientes con los que trabaja, intereses que cobra, saldos que tiene, los números de la mutua de seguros, los planes de pensiones, los fondos de inversión, las empresas de las que es accionista.

Todos estos datos están identificados por un código de barras. Nuestro Estado protector nos protege tanto que nos tiene controlados por todos los lados. Si a esto añadimos que cuando un producto entra o sale de su fabricación y venta también es controlado por el código de barras llegamos a la conclusión que más que protegidos estamos acorralados.

Hace 1900 años el apóstol Juan ya escribió proféticamente algo sobre esto. El libro es el Apocalipsis y en su capítulo 13, versículos 15-17, dice:

«Y fuele dado infundir espíritu en la imagen de la bestia, para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se postrasen ante la imagen de la bestia, e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos se les imprimiese una marca en la mano derecha y en la frente y que nadie pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre».

Aquellas personas que no se han postrado ante la imagen de la bestia, entre otras, han sido las canonizadas este año por el papa Juan Pablo II. Pero ¿quién, hoy día, no está marcado con el código de barras, ya sea persona, mercancía o empresa, etc.?

Los políticos del sistema, la prensa, los economistas, los dirigentes empresariales de las multinacionales, los intelectuales, etc., se llenan la boca con la palabra libertad, ya sea de pensamiento, de prensa o de mercado, y es el momento de la historia de la humanidad en que estamos más controlados por nuestro Estado «protector». Todo lo que no controla es ilegal y sancionable, como lo es la compra de mercancías sin IVA. Únicamente el Estado «protector» puede realizar este tipo de acciones, por el

bien del país y dispone del llamado «dinero negro» para la seguridad del Estado, puede hacer espionaje de todos sus súbditos sin tener que dar responsabilidades a nadie, etc.

Con la excusa de la salud pública, para poder ingresar en nuestra sociedad, antes de nacer, es obligatorio que las madres realicen una prueba (la amniocentesis), para comprobar si el niño tiene algún defecto y, en el caso de que lo tenga, de momento, se recomienda a la madre que aborte. Los niños con algún posible defecto no tienen derecho a la vida porque salen demasiado caros a la economía de la sociedad.

Lo mismo ocurre en los últimos años de nuestra vida: si nuestras enfermedades salen demasiado caras a la salud pública se recomienda, de momento, la eutanasia.

Nuestra vida está en manos de nuestro Estado protector.

Es curioso que el Apocalipsis es un libro del que nadie quiere hablar y cuando los fieles preguntan sobre él, se les suele decir que son visiones de san Juan que nadie entiende o, como máximo que se refieren al final de los tiempos. Pero parece que los únicos que lo entienden son los que odian a la religión católica y van haciendo pintadas por las calles o poniendo nombres a grupos musicales o cualquier otra cosa con el número 666, el número que el Apocalipsis dice que es el número de la bestia, u otros signos satánicos.

Si toda la protección que nos ofrece este Estado no tiene que ver con lo que dice el Apocalipsis, será una opinión mía y estaré equivocado, pero si tiene que ver pongámonos ante el Señor y pidámosle lo que Él nos dice en su Evangelio:

«Que el Señor quiera abreviarnos estos días porque si no, todos perderemos la fe».

De todas formas esto tiene que alegrarnos porque a pesar de todo lo que pueda ocurrir, el Señor está cerca y la Providencia y la Misericordia Divina velan por nosotros y nuestro Padre celestial no permitirá que caiga ni uno solo de nuestros cabellos.

Recordemos las palabras del apóstol san Pablo:
¡Estad alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres!.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

50 años del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona

DEL 27 de mayo al 1 de junio de 1952, los católicos del mundo centraron sus ojos y corazones en Barcelona, donde se celebraba el primer Congreso Eucarístico Internacional (CEI) tras la Segunda Guerra Mundial y a muy poco del término de la Guerra Civil Española.

Fue el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Su celebración en Barcelona, gracias a la tenacidad de Mons. Modrego, dio a conocer la ciudad al mundo entero y produjo en la misma grandes frutos espirituales, con una masiva participación de todos los habitantes de la ciudad. Celebrado bajo el pontificado de Pío XII, su lema fue «La Eucaristía y la paz», respondiendo a la necesidad de reconciliación sentida en el ámbito internacional y en España.

Entre otros aspectos, caben destacar de aquel Congreso las ordenaciones sacerdotales, sus sesiones de estudio y las viviendas del Congreso. En el estadio de Montjuïc se celebró la ordenación de 820 sacerdotes, la más multitudinaria de la historia, mientras que en la Universidad de Barcelona se celebraron las distintas sesiones de estudio, centradas en los aspectos teológico-históricos de la Eucaristía en relación con la paz, correspondientes a cinco ámbitos: la persona, la familia, la sociedad nacional, la sociedad internacional y la Iglesia, y en las que participaron ponentes de la talla del teólogo Reginald Garrigou-Lagrange y el escriturista cardenal Agustín Bea. El CEI de Barcelona, al vincular la Eucaristía y la solidaridad efectiva en favor de los necesitados, sirvió también para despertar la conciencia de las autoridades en relación a una de las problemáticas más debatidas en la época: la falta de viviendas.

Siglo XX: siglo de martirio

SEGÚN el revelador y escalofriante libro de Antonio Socci, *I nuovi perseguitati. Indagine sulla intolleranza anticristiana nel nuovo secolo del martirio* («Los nuevos perseguidos. Una investigación sobre la intolerancia anticristiana en el nuevo siglo del martirio»), publicado hasta ahora solamente en italiano por la editorial Piemme, cristianos del mundo entero sufren martirio diariamente en una de las atrocidades más silenciosas y silenciadas que jamás se hallan visto.

Desde China a Sudán, de Indonesia a Nigeria, los cristianos sufren torturas, segregación y hasta la muerte alrededor de todo el mundo. En Arabia Saudita, católicos que se reúnen para rezar reciben azotes en la cabeza, mientras en Pakistán y Sudán son encarcelados, acusados de «blasfemar» contra el Islam.

Antonio Socci, según el crítico de *L'Espresso* Sergio Magister, ofrece «páginas fuertes, documentadas, fluidas, donde incluso las cosas ya sabidas aparecen nuevas e inauditas, sólo porque están recompuestas por un dibujo unitario. (...) Pero sobre todo, Socci ensaya una respuesta a la pregunta más inquietante. La del silencio y la indiferencia de Occidente». La violencia contra los cristianos ya no es tenida por Occidente como un ataque a los «suyos» y si los defiende alguna vez, lo hace únicamente porque ve heridos en ellos algunos derechos humanos genéricos.

Nuevo santuario mariano en China comunista, centro de peregrinaciones

LA agencia católica FIDES ha señalado que la laboriosa construcción del santuario mariano de Hu Zhuang, en la provincia de Shan Dong, ha convertido la región en un polo de peregrinaciones en la China comunista.

En la aldea de Hu Zhuang, donde el cristianismo cuenta con más de 300 años de historia, se inició en octubre de 1998 la construcción del santuario que, tras superar diversas dificultades técnicas, de financiación y administrativas, pudo concluirse gracias a la ayuda de muchas diócesis de China.

El santuario fue inaugurado con una misa presidida por Mons. Wang, obispo de la diócesis de He Ze, que celebró rodeado por más de 40 sacerdotes y acompañado por miles de fieles provenientes de diversas diócesis de China. Actualmente, varios cientos de fieles visitan diariamente el santuario.

Marthe Robin, en proceso de beatificación

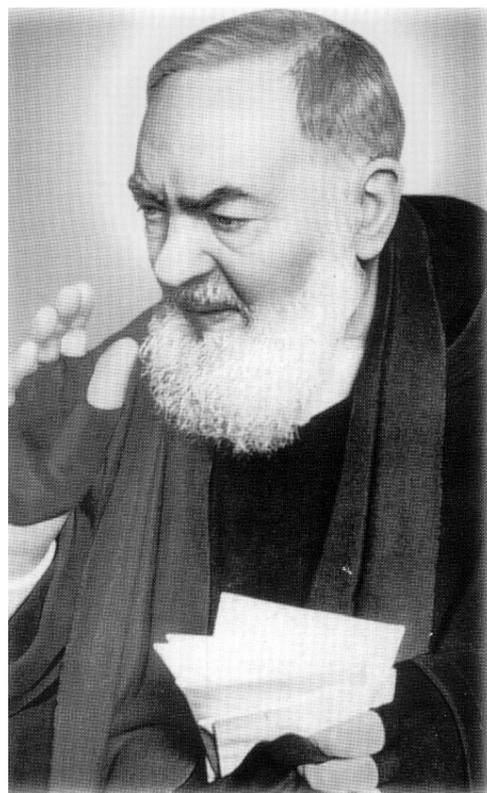
LA Congregación para la Causa de los Santos estudia los informes sobre la joven francesa Marthe Robin, hija de unos campesinos de Chateaufort-de-Galeur, cerca de Lyon, y fundadora de setenta «Hogares de Caridad» en los cinco continentes.

En 1928, a los 26 años de edad, una encefalitis comenzó a apoderarse poco a poco de Marthe hasta postrarla irremisiblemente en la cama, inmóvil, con todos los músculos paralizados y sin poder comer ni beber el más mínimo alimento. Su estado se fue agravando más y más, fruto de un insomnio persistente y de la ceguera. El diagnóstico médico fue claro: Marthe moriría pronto. Lo único que podía hacerse era llamar a un sacerdote para que recibiera la unción de enfermos y la confortara en sus últimos días con la Sagrada Comunión. La joven, en extremo piadosa, preparó su alma para entregarla al Señor y recibió el viático un miércoles. Una semana después, Robin seguía viva y la familia volvió a llamar al sacerdote. Y así semana tras semana, mes tras mes... Durante 53 años Marthe logró sobrevivir con la Sagrada Eucaristía como único alimento. Ante hecho tan inexplicable, la joven repetía: «No hay que asombrarse de que yo pueda vivir en total ayuno. El Cuerpo y la Sangre de Cristo son mi alimento sobreabundante». Su unión con Cristo llegó a ser tan profunda que todos los viernes padecía las angustias visibles y similares a las que sintió Cristo en Getsemaní y su cuerpo postrado manifestó visiblemente los estigmas de la Pasión (en las manos, los pies, el costado e incluso en la cabeza, que sangraba como si tuviera clavada las espinas de la corona).

Decenas de miles de testigos pudieron dar fe, a través de los más de 50 años que Marthe sobrevivió exclusivamente con «el Pan Vivo bajado del cielo», de la verdad sobre el caso Robin. Así, Jean Guittou, filósofo, escritor y miembro de la Academia de la Lengua, en su libro «El retrato de Marthe Robin», subraya: «soy consciente de que esta obra es desconcertante e irritante para muchos que van a dudar de la verdad de lo que cuento. No obstante, quiero responder a sus objeciones con las pruebas evidentes de la verosimilitud de este relato». Veinte años después de su muerte (el 6 de febrero de 1981), los directores de estas casas de acogida han introducido en Roma el proceso de beatificación que hoy estudia la Congregación para la Causa de los Santos.

Canonización del Padre Pío (1887-1968)

MÁS de trescientos mil peregrinos se congregan el día 16 de junio ante el Vaticano, en la Vía de la Conciliación y en las plazas más cercanas ante la imposibilidad de acceder a la plaza de San Pedro. Bajo un sol húmedo y soportando los 35 grados centígrados a la sombra, peregrinos venidos de los cinco continentes esperan con emoción la proclamación de santidad del beato Pío de Pietrelcina en la canonización más multitudinaria de toda la historia. Entre los presentes, Consiglia De Martino, curada de una enfermedad mortal en 1992 por intercesión del Padre Pío (milagro que permitió su beatificación), y Matteo Colella, sanado de una meningitis fulminante gracias al Padre Pío (milagro que

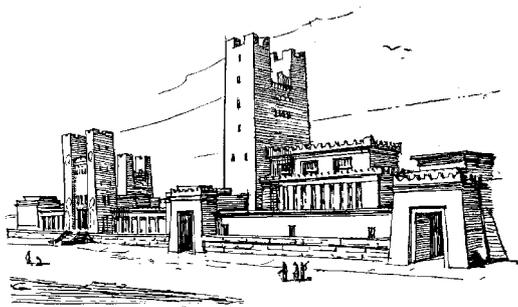


ha permitido esta canonización) y que recibió la primera comunión de manos del Papa durante la celebración. Además de la muchedumbre reunida en Roma, en San Giovanni Rotondo (Foggia, Italia), santuario más visitado del mundo después del Vaticano y de la basílica de Guadalupe en México, donde vivió el fraile capuchino de los estigmas y fundó el hospital «Casa de Alivio del Sufrimiento», siguieron la ceremonia sesenta mil personas.

El Papa, en la homilía, quiso resumir el legado del seguidor de san Francisco, en estas pocas palabras: «Oración y caridad, esta es una síntesis sumamente concreta de la enseñanza del Padre Pío, que hoy vuelve a proponerse a todos». «¡Qué actual es la espiritualidad de la Cruz vivida por el humilde capuchino de Pietrelcina! Nuestro tiempo necesita redescubrir su valor para abrir el corazón a la esperanza». «¡La misa del Padre Pío!». «La santa misa era el corazón y la fuente de toda su espiritualidad».

Al concluir la misa, durante la oración del «Angelus», Juan Pablo II anunció con satisfacción que la memoria litúrgica del Padre Pío tendrá carácter «obligatorio» y será celebrada el 23 de septiembre, aniversario de su muerte.

En la India oriental, mientras Juan Pablo II proclama al nuevo santo, la diócesis de Tura colocaba la primera piedra de una iglesia, con ambulatorios y escuela anejas, dedicada al Padre Pío. En la diócesis de Goré, en Chad, en septiembre, nacerá una parroquia dedicada al Padre Pío y que será la primera en toda África.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Le Pen, el convidado que nadie esperaba

LA que se ha montado. Cataclismo, terremoto, conmoción, vuelve el fantasma del nazismo, vuelve la Resistencia; lo cierto es que el 17% de votos a Jean Marie Le Pen en la primera vuelta de las presidenciales francesas ha hecho correr ríos de tinta, las más de las veces desbordados. «*Nadie lo había previsto* —escribe Jean D'Ormesson en *Le Figaro*—. *Estábamos ciegos y sordos. Pensábamos sólo en Chirac y Jospin*». Pasado el pánico del primer momento y vueltas las cosas a su cauce tras la victoria de Chirac, primero, y del centroderecha en las legislativas, después, es el momento de analizar qué hay de duradero detrás del inesperado éxito electoral de Le Pen.

En primer lugar, no estaría de más detenernos en el perfil del votante lepenista. A la pregunta ¿quién ha votado a Le Pen? la respuesta que nos dan las encuestas es que se trata de un votante intergeneracional, aunque con especial penetración entre las capas más jóvenes, con importante presencia de las clases más desfavorecidas: el 38% de los parados y el 30% de los obreros, el doble que a Jospin, votaron por Le Pen, mientras que entre los profesionales liberales y altos ejecutivos sólo un 8% le dieron su voto. Además Le Pen ha atraído no sólo a antiguos votantes del centroderecha, sino a un 12% de los que respaldaron a Jospin en las anteriores presidenciales y a un 13% de los que se consideran próximos a la extrema izquierda. Su implantación es especialmente intensa en las periferias de las grandes ciudades, donde la inseguridad es rampante (lo que explica que Le Pen esté captando votos incluso entre la población musulmana más estabilizada, como reflejaba *El País* al referir los casos de madres magrebíes que clamaban seguridad para sus hijos a Le Pen).

Es interesante notar cómo la zona del Oeste francés, las regiones de la mítica Vendée, de marcado carácter católico, ha sido donde Le Pen ha obtenido peores resultados. Si bien es cierto que se trata de una región poco industrializada, con elevado nivel de vida y escasa inmigración, también hay que reseñar que una parte del voto católico se ha decantado hacia Christine Boutin, la candidata pro-vida famosa por citar la Biblia en un pleno parlamentario, que ha cosechado sus mejores resultados en esta zona. Un resultado significativo y que indica que en la Vendée sigue vivo ese carácter insobornablemente

católico que en su día le infundiera San Luis M^a Grignon de Montfort, que no renuncia a la presencia en la vida política, que no renuncia a la aspiración del reinado social de Cristo en nuestra sociedad y que no se identifica con Le Pen.

Conocemos ya el perfil del votante lepenista, bastante alejado del que se nos suele presentar, pero, ¿y sus motivaciones? Las encuestas nos dicen que sus preocupaciones son, en este orden, inseguridad, inmigración y paro. Curiosamente, los delitos de sangre han descendido en Francia en los últimos tiempos, multiplicándose por el contrario los pequeños delitos y los actos incívicos, que afectan cada vez a más gente. Pero en realidad a través de la inseguridad lo que se expresa es un profundo y extendido malestar: malestar por el trabajo precario, por el individualismo imperante, por una inmigración creciente y difícil de integrar (Francia alberga actualmente a casi 5 millones de musulmanes), ante un futuro incierto y desde una realidad problemática. La sensación de peligro que late desde el 11-S (recuérdese la confusa explosión de una fábrica química en Toulouse que causó 29 muertes), no es ajena a este clima. En este orden de cosas aparece el llamado «efecto euro», que no es más que el proceso de desaparición del estado nacional en aras de la nueva Europa tecnocrática, obra de una minoría iluminada, y que en un marco de crisis demográfica e inmigración masiva provoca un sentimiento de identidad amenazada que recoge electoralmente el Frente Nacional de Le Pen. Todo ello en una sociedad que, como señala el sociólogo Emmanuel Todd, está profundamente atomizada: arrinconada la Iglesia por décadas de laicismo militante, entre el individuo y el Estado ya no hay nada a que aferrarse o a donde recabar ayuda.

En definitiva, tanto los votantes como el mensaje lepenista configuran un perfil político que coincide con el de otros partidos europeos populistas que están capitalizando los temores y el descontento generados por la hegemonía del liberalismo en Occidente, captando un electorado transversal y que se siente marginado por el curso que la política ha tomado. Es lo que pretendió expresar Le Pen en su polémica arenga tras conocerse los resultados de la primera vuelta: «*Sois vosotros, los pequeños, los excluidos, los obreros de unas industrias arruinadas por el euromundialismo de Maastricht, los campesinos que recibís pensiones de miseria, los testimonios del renacimiento de Francia*». Demagogia, explotación de la

desesperación o denuncia valiente, sea lo que sea, lo cierto es que este discurso va a tornarse cotidiano en el panorama europeo de principios de siglo.

De lo que no hay ninguna duda es de que los resultados de estas elecciones ponen de relieve la profunda fractura entre el país real y su representación política, entre el discurso oficial y la realidad en la que viven los franceses. Si sumamos los votos que han ido a parar a los partidos extraparlamentarios veremos que más de un tercio de los votantes franceses han apoyado a partidos extremistas y antisistema. Una abstención récord en las presidenciales (Chirac se ha convertido en el presidente que menos apoyo ha obtenido en la primera vuelta de las presidenciales, el 19,7%, ligeramente por delante de Le Pen) que se ha repetido en las recientes legislativas (con un 35% ha marcado un nuevo récord histórico) no es una casualidad y sí un aviso y una protesta ante una situación política que se vive cada vez más como lejana e impropia. Jean de Belot, director de *Le Figaro*, afirmaba al respecto que «*la clase política y el gobierno que dirige el país hace tiempo que se han alejado de la realidad francesa. Han ido a la suya, han perdido todo contacto*». No es ajena a esta sensación la prolongada cohabitación entre Chirac y Jospin, que ha reforzado la impresión de que las diferencias entre socialistas y gaullistas son cada vez más imperceptibles. Los dos líderes, que acudían hasta hace poco de la mano a las cumbres europeas, han marcado el nivel más bajo de la política francesa desde hace muchos años. François Giroud, en el *Nouvel Observateur*, escribía: «*Ni Chirac ni Jospin apasionan. Los dos están gastados y los conocemos hasta el hastío: uno es un tipo nada recomendable y el otro no tiene talento*». Mientras ambos candidatos vivían ajenos a los problemas del país, inmersos en el microclima de París (donde, por cierto, Le Pen obtiene sus peores resultados), «*Le Pen no ha tenido necesidad de hacer campaña, la realidad la ha hecho por él*», afirmaba Alain Finkielkraut en *Le Point*.

Si bien ha sido todo el sistema político francés el conmocionado, la hecatombe en las filas de la izquierda ha sido total. Lionel Jospin, el campeón de lo políticamente correcto, el socialista liberal y europeísta, educado e intelectual, producto de la ENA e hijo del más respetado *establishment*, ha visto, atónito, como su asalto al Elíseo se ha convertido en su tumba política. La suya y la de Martine Aubry, la artífice de la semana de 35 horas, y también la de Robert Hue, el fiel aliado comunista, ambos noqueados en las presidenciales y definitivamente enterrados en las legislativas, donde no han obtenido escaño. Una de las culpables de este fracaso ha sido la renacida galaxia trotskista, dividida entre tres candidatos (el renacer del trotskismo en Francia transforma la escena de tragedia en esperpento), que han recogido los votos de protesta izquierdistas que no podían ni ir hacia los socialistas ni a los comunistas, aliados de gobierno. Estos últimos han protagonizado uno de esos sucesos que marcan época: con un 3,39% el otrora todopoderoso Partido Co-

munista Francés ha obtenido su peor resultado desde su creación en 1920, quedando relegado a una marginalidad que bien podría costarle la propia existencia. La lucha final de la que hablaban los más de un millón de afiliados al PCF en 1946 ha resultado ser una lucha por la supervivencia, por retener un trozo, pequeño, del pastel que reparte la socialdemocracia liberal.

El último acto de la izquierda, más humillante si cabe que la derrota ante Le Pen, ha sido el apoyo sin fisuras a Chirac para «salvar la democracia» frente a la agresión de los votantes. Si los guiñoles del Canal Plus francés presentaban a Chirac disfrazado de *Supermenteur* (supermentiroso), de cara a la segunda vuelta éste se había transformado en el líder que necesitaba Francia. La campaña que se ha desarrollado entre las dos vueltas de las presidenciales nos ha brindado un espectáculo de lo más pedagógico en el que se nos ha mostrado el verdadero rostro de la democracia liberal: manifestaciones de adolescentes justicieros que hacían sonrojar a cualquier persona sensata, una agresividad desatada en todos los medios de comunicación e incluso algunos miembros del clero prestos a jurar cualquier constitución civil que el poder temporal tuviera a bien imponer. Como ha señalado Enric Juliana en *La Vanguardia*, «*un exceso de retórica antifascista conduce a la banalidad y a la pereza mental*», las grandes triunfadoras de la segunda vuelta.

La segunda vuelta y las legislativas han restablecido, ni que sea momentáneamente, la tranquilidad. La crisis institucional, no obstante, persiste: un sistema político esquizofrénico que oscila entre unas presidenciales con 16 candidatos que recuerdan los mejores tiempos del «pentapartito» a la italiana y unas legislativas que excluyen a los candidatos minoritarios de modo brutal, no parecen lo más adecuado para la estabilidad de un país. La V República, después de la conmoción Le Pen, puede tener los días contados. En cualquier caso, el malestar que, como hemos señalado, ponen de manifiesto los resultados de las últimas elecciones francesas no podrá erradicarse con meras operaciones superficiales; la enfermedad que sufre Francia, y con ella toda Europa, es más profunda y tiene su origen en el rechazo a la identidad cristiana que dio vida a nuestra civilización. Como señala acertadamente Gérard Leclerc desde las páginas de *France Catholique*, «*la ausencia de confianza ante la mundialización se añade a una enorme crisis moral, que afecta a todos los aspectos de la existencia. No se puede cuestionar impúnemente la estructura familiar, relativizando la impronta absoluta que constituye la diferencia sexual. Nuestros dirigentes, tanto liberales como socialdemócratas, están inmersos en una deriva generalizada que se funda en una «liberación» fantasmagórica y fragiliza los lazos sociales. Que nadie se sorprenda de que todo esto se traduzca en una desestabilización de nuestras instituciones. No es sólo que la Vª República agonice, es que nuestra sociedad, demasiado enferma, se expone cada vez más a la*

ingobernabilidad». En efecto, desactivado, al menos por el momento, Le Pen, la República francesa no tardará en crear sus propios nuevos «monstruos».

Reaparece la sífilis en Francia

CUANDO decimos que Francia, y podríamos extrapolar a todo el mundo occidental, está enferma, no hablamos únicamente en sentido metafórico. La enfermedad espiritual y moral que padecen las naciones ex cristianas se evidencia también en aspectos muy tangibles. Como muestra, la noticia que lanzaba la Agencia de prensa *Decryptage* el pasado mes de mayo: el Ministerio de Sanidad francés informa en su último boletín mensual del avance de la sífilis en Francia.

Esta enfermedad –continúa la información– de transmisión sexual que había sido prácticamente erradicada está creciendo a un ritmo preocupante. Los casos se concentran en París (87%) y afectan principalmente a homosexuales (85%). La importancia del rebrote ha llevado a la creación de un «Comité de seguimiento epidemiológico de la sífilis», cuya efectividad ya podemos imaginar.

Irlanda en la pendiente secularizadora

EL problema irlandés tiene su origen en la incompatibilidad entre la profunda fe católica de los irlandeses y el protestantismo de los colonos ingleses que invadieron y sometieron la isla. La política británica consistió en la expropiación del país y la represión de cualquier atisbo de «papismo»; recordemos muy especialmente los más de 40.000 irlandeses que fueron asesinados, ahorcados o vendidos como esclavos bajo el gobierno de Cromwell. Conocemos la reacción irlandesa: resistencia y fidelidad a la fe de sus padres.

Hace un tiempo, un analista de la situación irlandesa señalaba que una de las claves para el cese del conflicto en el Ulster era precisamente la desaparición de esa diferencia religiosa. En efecto, en la medida en que los católicos se secularizaban se volvían cada vez más parecidos a los protestantes, también intensamente secularizados. Lo que las armas británicas no habían conseguido lo conseguiría el proceso social secularizador y la integración en la Unión Europea. Desgraciadamente, las noticias que nos llegan desde Irlanda parecen confirmar este análisis. El *Irish Independent*, en un reportaje publicado con motivo de las recientes elecciones legislativas, titulado «*La familia, "víctima" del boom económico irlandés*», informaba de que el alto crecimiento económico ha modificado profundamente el perfil social de Irlanda, en particular la institución de la familia, donde se asiste a un rápido proceso de desintegración. Uno de los datos más significativos es el porcentaje de hijos ilegítimos: si en 1994, uno de cada cuatro niños nacía fuera del vínculo matrimonial; hoy, más de uno de cada tres es hijo de ma-

dre soltera. El divorcio se mantiene todavía en tasas bajas, pero está creciendo preocupantemente: de un 6 por mil a finales de los 70 a un 60 por mil en los años noventa. El liberalismo, suave pero implacable, se muestra una vez más mucho más eficaz que el anticatolicismo violento de antaño.

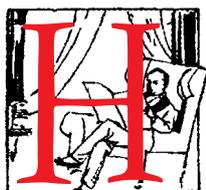
Colombia: crisis de Estado y persecución religiosa

LAS noticias que nos llegan desde Iberoamérica son ciertamente preocupantes. Ya tratamos de la crisis Argentina en nuestro número anterior y ahora contemplamos cómo el desolador panorama hispanoamericano se completa con la confusa situación de Colombia y Venezuela.

La guerra en Colombia se está ensañando últimamente con la Iglesia: los ataques continuos a los católicos por parte de los grupos guerrilleros han culminado con el atentado con bomba en una iglesia de Bellavista, en la región del Chocó, obra de las FARC. Allí perdieron la vida 103 personas, entre ellas 37 niños, que asistían a misa. Estamos pues ante un paso más en la espiral de muerte en la que ese país se haya sumido.

De hecho, hace ya tiempo que la Iglesia está en el punto de mira de los guerrilleros: el secuestro de dos sacerdotes por parte del ELN en febrero de este año marcó el inicio de esta nueva campaña que se ha cobrado ya la vida de don Gersan Paz, confesor de monseñor Isaías Duarte, obispo de Cali, bárbaramente asesinado el pasado mes de abril por dos sicarios de las FARC. De esta manera la guerrilla pretende silenciar a aquellos que no temen la muerte y hablan con libertad dando testimonio de Cristo: sólo en el año pasado 52 religiosos han perdido la vida en Colombia asesinados por grupos revolucionarios y, a día de hoy, hay 5 sacerdotes secuestrados.

La reciente elección de Álvaro Uribe como nuevo presidente del país abre un nuevo periodo en el que la guerra se recrudescerá, al menos como paso previo a la solución del conflicto. El ex gobernador de Antioquia y ex alcalde de Medellín, su ciudad natal, ha basado su campaña en la necesidad de recuperar la legitimidad y la autoridad del Estado frente a los grupos armados. Y es que si algo resulta evidente no sólo en Colombia sino también, por citar dos países también convulsos, en Argentina o en la vecina Venezuela, es la carencia de legitimidad de unos estados que, desgraciadamente, han sido las más de las veces, instrumentos en manos de una clase dirigente para beneficiarse y perpetuarse en el poder (no está de más recordar que esos dirigentes estuvieron marcados en su mayoría por un liberalismo de corte masónico y anticlerical, lo que explica el desprecio hacia unas masas populares que mantenían muy viva la fe católica). El fracaso de Colombia, Argentina o Venezuela es el fracaso de las élites criollas para, a partir de la independencia, establecer un estado legítimo y justo, y en consecuencia, sólido y estable.



emos leído

ALDOBRANDO VALS

A vueltas con el *Risorgimento* italiano

El tema lo merece. Un obispo valiente ha escrito una carta al Presidente de la República italiana atreviéndose a romper uno de los temas tabúes en la moderna Italia: la realidad de la llamada «unificación» italiana, la obra del Risorgimento. Para gran parte de los italianos del sur, el Risorgimento es percibido como una dramática conquista militar y la posterior resistencia, animada por el espíritu legitimista y religioso del pueblo, y la represión liberal final. Así, la historia nacional italiana resulta no sólo una repetición de lugares comunes sino un monumento a la injusticia, cuando no a la injuria. En este contexto, Monseñor Gemma le acaba de decir al presidente Ciampi que cada vez son más los que no soportan los altares laicos y falsos en los que han entronizado, entre otros, el Risorgimento y Garibaldi. Si los italianos tienen que trabajar juntos por un futuro mejor, éste no debe basarse en la ocultación de la realidad histórica ni en la imposición de ninguna «vulgata» liberal. El caso es extrapolable a la mayoría de los países del Occidente secularizado, incluido el nuestro. A continuación, reproducimos el texto de la carta tal y como la publica el número de abril de Il Timone:

Carta abierta al señor Presidente de la República, Dr. Azeglio Ciampi

Señor Presidente,

Perdone la iniciativa, que sé compartida por otros, lo que me confirma en la necesidad de alzar la voz para que ciertos lugares comunes, que se

han convertido en insoportables, no continúen engañando a los sencillos.

Participaba con alegría e íntima participación en la «fiesta de la unidad de Italia y de las fuerzas armadas» el 4 de noviembre pasado. Habíamos rezado juntos en la catedral – también por usted, señor Presidente – y nos habíamos dirigido al monumento a los caídos en una mañana soleada.

Todo bonito, todo comúnmente sentido, incluido el himno nacional de Italia. Luego, la ducha de agua fría: su mensaje, señor Presidente. Pensamientos elevados, nobles peticiones, deber de participación. En este contexto tan elevado, la alusión al Risorgimento y, por añadidura, a aquel Garibaldi que, créame, en Isernia es tristemente famoso, junto a sus tropas mercenarias.

Ah, no, señor Presidente, aquel volver a una historia, por suerte casi olvidada, estuvo fuera de lugar.

Créame –y se lo dice un pastor de la Iglesia católica– ninguno de nosotros quiere volver 150 años atrás, aunque sólo sea para no reabrir las heridas sangrantes; ninguno de nosotros quiere restablecer el reino de Nápoles y la dinastía borbónica, de la cual, por otro lado, el sur ha recibido grandes beneficios; nadie quiere volver a poner en pie el Estado pontificio, sustraído a su legítimo soberano, a través de una guerra no declarada y por tanto contra el «ius gentium» plurisecular; ninguno de nosotros quiere fraccionar Italia, pero nadie nos podrá convencer de la belleza exaltante de una acción que en su tiempo toda Europa, por no decir el mundo entero, estigmatizó conjuntamente; nadie podrá aceptar la acomodaticia exaltación de un aventurero armado que con sus tropas arrasó a sangre y fuego las pacíficas

zonas del sur, entre ellas mi sede episcopal. Las cabezas cortadas de los isernianos expuestas al público escarnio están en estampas y documentos de la época que usted mismo podrá consultar. Ninguno de nosotros quiere desenterrar el pasado, señor Presidente, sobre todo tal pasado... No lo puede hacer ni siquiera usted, tergiversando la historia. En este tipo de casos nuestros antiguos decían sabiamente: «¡Parce sepultis!». Por caridad, señor Presidente, no nos obligue a sacar fuera del armario del llamado Risorgimento ciertos esqueletos repugnantes...

Busquemos juntos construir una Italia mejor, junto a nuestros jóvenes, los cuales conocen la historia y miran al futuro, sin volver a insoportables tergiversaciones de una historia que hoy los más perspicaces conocen. Le sugiero, al respecto, la lectura de un simpático libro de una joven estudiante de Italia: «Risorgimento da riscrivere».

Y después, espero que pronto, le enviaré, en homenaje a su puesto, un libro que uno de mis presbíteros ha escrito y por el cual ha obtenido ya el aplauso internacional. Deje estar el «Risorgimento», señor Presidente, y hablemos juntos de «recuperación» moral, civil, religiosa que nuestra Italia merece y de la que todos, juntos, queremos ser artífices activos, sin nostalgia por un pasado no muy antiguo, que tiene bastante poco que enseñarnos. Perdone el atrevimiento, señor Presidente, pero no podía quedarme dentro todo lo que aquí simplemente le he señalado. «¡Ningún silencio comprado!» es uno de mis lemas preferidos.

Con deferente obsequio, le saluda
Andrea Gemma, obispo de Isernia-Venafro.

Bienaventurados los dogmáticos

Entre los adjetivos que rechaza el mundo moderno con mayor vehemencia, al lado de intolerante encontramos en seguida dogmático. Y, sin embargo, cualquier intelecto sano comprende fácilmente que, lejos de ser palabras peyorativas, son indicadores de salud y vitalidad y garantes de la verdadera libertad y amor al prójimo. Aprehender la verdad y proclamar que como tal es diferente del error y que éste no puede pretender los mismos derechos que aquélla es algo tan obvio que resulta indicativo de cómo nuestro mundo moderno, incapaz ya de reconocer lo evidente, ha perdido el norte de tanto mirarse el ombligo. Un chestertoniano confeso, David Mills, acaba de publicar un breve ensayo en la revista norteamericana Touchstone, titulado «Doctrina necesaria. Por qué el dogma es necesario y por qué sus sustitutos fracasan», que plantea sin complejos la cuestión:

«Muchos cristianos odian que se les califique como “dogmáticos”. Todos sabemos a qué tipo de personas me refiero. Terminarán una discusión sobre principios básicos asegurando a todos sus contendientes su profundo respeto hacia todos los que están en desacuerdo con él, con un entusiasmo que sugiere, no tanto el respeto por las diferencias, como el miedo a que los otros puedan pensar que está demasiado seguro de su posición».

Lo que les pone nerviosos, prosigue Mills, es ni más ni menos que lo que entendemos por cristianismo: «Es justamente la doctrina cristiana la que molesta a este tipo de cristianos. Estos cristianos son muy dogmáticos en otros asuntos: creen que comer vidrios es una tontería, que no se debe cruzar delante de un camión en marcha y que es malo pegar a los niños. Creen en ello, en lo último especialmente, como si fueran verda-

des eternas e inalterables y así lo sostienen en público.

Pero por algún motivo no les gusta decir en público nada que sea exclusivamente cristiano. Estos cristianos creen en un Dios simpático que ama a la humanidad, pero no quieren ni siquiera hablar acerca de cómo esa gracia es dada a los hombres o de quién es exactamente ese Jesús que la da, o de cómo se relaciona con el Padre y el Espíritu Santo o (a evitar especialmente) cómo quienes han recibido la gracia de Dios se supone que deben vivir, o (a evitar incluso más) qué acciones nos pueden separar de esa gracia, o (a evitar completamente) por qué es el único Salvador de la humanidad y el resto impostores.

Les gustan sus doctrinas ordenadas por título pero sin especificar su contenido. Les gusta hablar sobre la «Encarnación», pero ya no están tan cómodos diciendo «Él se hizo hombre», porque implica que «Él, y no otro, se hizo hombre» y «Él, y no Alá, ni Buda, ni nadie del panteón hindú, se hizo hombre», y esto implica que «Yo, a pesar de ser un indigno pecador, sé la verdad, y tú no»...

... Hay quienes sostienen que «la teología divide, mientras que la experiencia une» y, por tanto, desechan los argumentos teológicos como si fueran «juegos vacuos». El dogma sería impropio de gente ilustrada y se reservaría para los más cortos de entendederas, gente incapaz de superar el pasado y aferrada a la doctrina. La misma actitud la encontramos en las llamadas actuales a la «unidad en la diversidad y diversidad en la unidad» y al «diálogo», consecuencia de una concepción, por cierto muy dogmática, de la naturaleza de la Iglesia como un cuerpo que no debiera estar dividido por desacuerdos doctrinales.

Es esta actitud la que lleva a Mills a afirmar que: «Por “dogmático” entiendo un tipo de convicción que el cristiano toma como una certeza razonada y humilde y que el mundo toma por arrogancia».

De ahí nace la necesidad del dogma, sin la que es imposible vivir rectamente: Queremos saber no sólo que «Dios es amor», que puede significar casi cualquier cosa, sino que la Segunda Persona de la Trinidad murió por nuestros pecados y resucitó de entre los muertos. Esta afirmación es la luz por la que podemos ver dónde debemos ir, es la luz que ilumina nuestro camino.

A partir de aquí Mills se dedica a ir desmontando cada una de las pretendidas alternativas al dogma, empezando por una ética de mínimos: Un mínimo común ético no puede producir unidad porque un mínimo común ético requiere una doctrina común. La gente actúa de determinada manera porque creen que ciertas cosas son verdad. Si no lo creyeran actuarían de forma diferente.

Otra alternativa es un proceso común, especialmente de «diálogo». La unidad, afirman algunos, no debe buscarse en nuestras respuestas sino en nuestras preguntas, en abrimos a las perspectivas únicas de los demás, en conocerse mejor los unos a los otros, con la vaga promesa de que posiblemente nos pongamos de acuerdo algún día en el futuro. El hablar los unos con los otros sanaría por sí mismo nuestras divisiones.

Esta alternativa fracasa también. Un proceso común no puede producir unidad porque el diálogo, si es sincero, debe llevar a discutir sobre las creencias básicas, punto en el que habrá desacuerdo. Sobre los temas básicos o se está de acuerdo o se está en desacuerdo. El diálogo no puede sanar la división si el origen de la división es una diferencia doctrinal que ninguna de las partes puede abandonar. A lo sumo se puede respetar más a los otros (aunque posiblemente ni eso), pero el respeto no es la unidad. Dos hombres batiéndose en duelo pueden respetarse mucho, pero acto seguido intentarán matarse el uno al otro.

CRISTIANDAD

hace
cincuenta años

J. M^a P. S.

La ciudad de Barcelona ante el Congreso Eucarístico

El número actual de CRISTIANDAD ofrece ya otros dos artículos que son reproducción de los publicados hace cincuenta años en nuestra revista, porque la efeméride lo pide a gritos: cincuentenario del XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona realizado en los primeros días de junio de 1952. Un congreso que asombró a todo el mundo católico por la espontánea y multitudinaria respuesta de todos los barceloneses, de todas las condiciones, llena de fervor eucarístico y aclamación de la Iglesia católica, años antes tan perseguida precisamente en esta misteriosa ciudad. Aquel congreso se merece una crónica detallada y se merece una reflexión acerca de su significado como expresión de la realeza de Cristo, como hacen, respectivamente, los otros dos artículos reproducidos. Pero no podemos terminar este recuerdo de aquel singular acontecimiento sin dar a conocer otro ensayo también muy característico de nuestra revista y de su redactor, Luis Creus Vidal, de tan inolvidable memoria en esta casa. Se contrasta en este artículo lo bueno y lo malo de la ciudad de Barcelona, para mostrar su profunda realidad. Es, como dice expresamente su autor, que si se trabaja por el reino de Cristo, como hicieron -el hoy ya- san Antonio M^a Claret o Félix Sardá i Salvany o, más recientemente, el obispo mártir Dr. Irurita -a quien deseamos ver pronto beatificado-, se recogerá en ella una gran cosecha espiritual. A esta ciudad se le puede hablar en maximalismo católico, precisamente -aunque parezca paradójico- porque en otros aspectos se deja también seducir por los mayores errores y vicios. Luis Creus Vidal nos hace una descripción genial de esta entraña barcelonesa para invitarnos a seguir trabajando intensamente en ella, sembrando la buena semilla de la palabra de Dios, convencidos de que -como ha sido probado en este acontecimiento- habrá respuesta po-

sitiva a la voz de Dios, con tal de que hagamos exactamente esto, proclamar su realeza, su amor hacia todos los hombres sin distinción y sin rebajas de mediocridad. A Barcelona parece que no le va la mediocridad; necesita la radicalidad de la proclamación del evangelio para hacer frente al error. Esta es una verdad universal que no debería sorprender a un católico pero se ha hecho evidente -lo fue clamorosamente en 1952- que entre nosotros se hace más palpable por la idiosincrasia de nuestra colectividad. Porque el Congreso Eucarístico fue una demostración, que no admite réplica ni disimulo, de que la verdad esencial no ha sido absorbida por la frivolidad de los tiempos actuales. Y este es un mensaje para nosotros hoy, en particular para los que hacemos -o leemos- esta revista, de urgente actualidad. Hay que perseverar en decir toda la verdad del amor de Dios a los hombres y que, en virtud de este amor, quiere reinar en nosotros y en nuestra pública sociedad. Toda la ciudad fue una custodia para que en ella se expusiese Cristo Rey a la adoración de todos los hombres de Barcelona, de España y del mundo. Barcelona admiró al mundo católico y sorprendió a todo el mundo de los que creen conocer al pueblo y habían ya catalogado a nuestra querida ciudad de urbe no sólo secularizada sino incluso antirreligiosa. La reflexión de nuestro colaborador no era sólo válida hace cincuenta años, porque otros acontecimientos, aunque de menor grandiosidad, siguen dando muestras de que en Barcelona se puede -y por tanto se debe- predicar la totalidad íntegra del mensaje de Cristo Rey que quiere ser públicamente reconocido y adorado, de modo muy particular en aquello que más define a la Iglesia católica, el misterio de la presencia real de Cristo en la Eucaristía y en el acatamiento a su Vicario en la tierra, el Papa.

¡ALZATE Y BRILLA, PORQUE LLEGA TU LUZ!

Brilla como ascua la Catedral de Barcelona.

Y brillan también las torres macizas y pesadas de los modernos edificios bancarios del centro de la ciudad. Y miríadas de otras lucecitas. Son cruces, son constelaciones de estrellas que irradian desde cada balcón, desde

cada hogar. Y el fulgor total de este incendio reflejado en la calina de la noche tibia, se divisa, físicamente, hasta cien kilómetros alrededor. Espiritualmente, sin embargo, su resplandor llega más lejos: al mundo entero.

Y llega a Roma. Y consuela al Papa.

Sí. Porque sus cifras son descomunales.

Querámoslo o no, ciudadanos del mundo moderno, rendimos tributo a la cantidad. Por ello queremos que ella, también alguna vez, rinda tributo a Dios.

Cifras descomunales, incluso en lo sobrenatural. No es corriente, por ejemplo, esto de una ordenación simultánea de ochocientos veinte sacerdotes. ¡Y en un estadio! Bajo un sol abrasador, acompañados de cincuenta mil impertérritos fieles. Quizá alguno añorase la paz, el recogimiento de su basílica, de su abadía. Mas no es este el signo moderno. Jesús nos dijo, es gran verdad, que en Betania se hallaba la mejor parte; mas cuando la masa –¡bendita verdad!– crece, ya es más difícil hallar tranquilo en Betania a Nuestro Señor. Muchas veces nos hemos de resignar a verle y a seguirle tras el inmenso cortinón de los fieles. Mas si le amamos a Él de veras, no echaremos ciertamente de menos una piedad y un fervor que los empujones en buena hora marchitan. El hombre es cada vez más social; Cristo Rey debe reinar socialmente. Felices de nosotros a quienes nos ha sido dado gustar en estas manifestaciones triunfales de la Iglesia –como el Congreso Eucarístico de Barcelona–, un anticipo, siquiera lejano, de los triunfos que un día serán definitivos de nuestro Divino Capitán. Por lo mismo, a quienes, en nuestra flaqueza, sentimos el horror de la masa, nos debe consolar lo que con un poco de humor podríamos llamar la moderna teología de los empujones. Sacrifiquemos un poco nuestra intimidad con Jesús y ofrezcámosle desde el rincón anónimo el sudor y los pisotones, que Él sufrió otros más terribles, y de contrario signo, en su Pasión.

Cifras descomunales, incluso en lo sobrenatural. Tal lo fue aquella Comunión nocturna, de centenares de miles, donde el prodigio de la devoción produjo este otro, mayor aún, de aquel silencio, de aquel recogimiento, de aquel orden tan espontáneos.

Pero, ¿acaso es la primera vez que esto ocurre en el mundo? ¿No será que lo exageramos un poco en nuestro fervor de barceloneses?

No. Existen, a Dios gracias, en el universo mundo –¡gracias a Dios!–, en el regazo de la Iglesia, siempre joven y renovada, otros pueblos que nos sobrepasan mucho y de su religiosidad y virtudes mucho hemos de aprender. Gracias a Dios, repetimos, no sentimos el patriotismo mal entendido que quizá otros sientan, y nos alegramos –conocedores de nuestras miserias– de que otros –¡no faltaba más!– nos sobrepasen en el servicio de Dios. Pero lo que hasta ahora no se había visto, y lo que viene a proclamar un verdadero fasto en la historia, es el auténtico y total homenaje de una ciudad moderna a la Eucaristía. Un homenaje total de una ciudad grande, con todos sus vicios, con todo su materialismo inherente y fatal de la época, con todas sus virtudes cívicas, propias también de la época actual. Ya sabemos. Barcelona no es Nueva York, ni Londres, ni París. No se nos achaque vanidad ridícula ni provinciana. Pero si nuestras moles de cemento no lle-

gan a las de Manhattan, ni nuestros monumentos pueden compararse a los que circundan la plaza de la Concordia, no por esto Barcelona, agrupando con su *banlieue* cerca de dos millones de habitantes, deja de formar parte de la docena y media o doble docena de grandes ciudades del mundo; urbe, por tanto, típica y legítimamente representativa de lo que es una capital moderna.

Capital moderna. Hija de una época en que todo, comenzando por la arquitectura externa –expresión, querámoslo o no, de la mentalidad actual y concepto, o *weltanschauung*, como hoy se dice, de la vida–, es hijo de cien, de doscientos años de laicismo, aun buscando, si cabe, en esta palabra el contenido menos peyorativo posible. Las urbes modernas no son las viejas Burgos, Colonia o Reims, agrupadas en torno a la catedral, plasmando en piedra un sentido teológico de la vida, al igual que Calderón lo plasmaba en su teatro. Las ciudades modernas, con sus moles cuadradas de cemento, que parecen aplastar con su peso las torres de las viejas basílicas; con su vorágine, torbellino atolondrado circulatorio de vehículos de acero, con sus finanzas, sus bolsas, sus fábricas, sus kilovatios, realmente, digámoslo claro, alejan nuestro pensamiento de Dios. Él nos libre de condenar nuestra época por el gusto de hacerlo; pero la coincidencia de los siglos de laicismo con los de progreso material –que nada ha tenido que ver uno con otro– han impreso este carácter a las Nueva Yorks, a los Londres, a las Barcelonas contemporáneas.

Por esto es enormemente significativo; por esto provoca una emoción nueva el ver en este aspecto por primera vez en el mundo, una ciudad auténticamente moderna, con sus feos altos edificios de cemento y su vorágine, y con sus grandes buenas cosas; ciudad, además, completa, con magníficas reliquias de un pasado que no prescribe, rendir tributo a Jesucristo Sacramentado. Toda. Toda ella. ¿No es un tributo esta iluminación total? ¿No lo es este no sé qué, este enorme movimiento que la ha incendiado toda, que ha salido no sé de dónde, ni sin saber cómo? Muchas veces las Burgos y las Colonias han homenajeado públicamente al Señor. Pero, que sepamos, en esta forma, entre las grandes ciudades modernas *como tales*, Barcelona ha sido la primera en hacerlo en la forma *total* que hemos visto. Como lo hacen los aldeanos. Que de esto se trata. Toda, toda ella. Con explosión. Con vehemencia. Sin respetos humanos. De cabeza a pies. Como lo haría un pequeño pueblo del más religioso rincón de la Bretaña o del País Vasco o del Tirol si de repente se viese crecido, multiplicado por mil en el momento en que arranca su profesión más típica conducida por su cura párroco.

Hemos querido desde estas líneas referirnos de un modo especial a aquellos actos, los externos, los más mundanos casi, por así decir, de los días del Congreso, por hallar en todos ellos, como antes hemos hecho constar, un profundo contenido. Que no hay humo sin un rescoldo. ¡Y qué rescoldo! ¡Qué hoguera!

¿Y no es significativo, no hallamos algo, por ejemplo, en este homenaje, tan fuera de lo corriente, que le prestó la Cámara de Comercio Norteamericana en Barcelona al cardenal Spellman? ¿Qué motor extraño pudo producir un acto en el que espontáneamente acudieron personalidades muy respetables, pero ciertamente bien extrañas al Congreso y a su contenido? Un homenaje inesperado del frío mundo de las cifras y de las finanzas.

«Barcelona, ciudad deslumbrante de luz, no necesita, ciertamente, ni sol ni luna, porque su luz es Cristo, quien se llamó Él mismo Luz, el Cristo de la Eucaristía.» ¿Sabe bien lo que nos dijo el cardenal Spellman en aquella heterogénea reunión tan improvisada? Perdónenos el eminente purpurado, quien evidentemente pesa sus palabras. Pero no podemos menos que recoger esto: que el mayor Prelado del país donde han aparecido armas e inventos –la era atómica–, que funden en realidad humana y cósmica –cataclismos cósmicos producidos por la misma locura humana– los anuncios del Apocalipsis, nos aplica las palabras que san Juan dirige a la Jerusalén celestial, terminada la gran tragedia de la Historia. «Y la ciudad no necesita sol, ni luna que alumbrén en ella; porque la claridad de Dios la tiene iluminada, y su lumbrera es el Cordero» (Apoc 21-23). ¿Nos hemos dado cuenta, los barceloneses, de esta exclamación salida del cardenal, en su oración en inglés, en un mundano salón del Hotel Ritz, delante de un público como es el de una «American Chamber of Commerce»? Por muchas que hayan sido nuestras luminarias, por fantástica que haya resultado Barcelona, por gusto que haya tenido el que, consumado artista, ha convertido nuestra catedral en ascua, no creemos sean como para hacer perder la cabeza al arzobispo que diariamente cruza el puente de Brooklin, o los Broadways y Quintas Avenidas, cuajadas de luces que brotan de los edificios con centenares de pisos. Y es que, en nuestras bellísimas y admirables luces físicas, ha descubierto el prelado luces mejores de las que aquéllas no son sino una simple expresión. No son los kilovatios materiales, con ser muchos, los que han entusiasmado al cardenal: han sido los espirituales.

Pero, vamos a ver: ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Es que ignoramos muchas cosas los que tenemos memoria? ¿No es aquí dónde, hace poco más de quince años, presenciámos aquel denigrante espectáculo del triste entierro del pobre miliciano Durruti? ¿No hemos visto, en el transcurso de una sola generación, arder dos veces la casi totalidad de nuestros templos? ¿Olvidamos, triste privilegio de toda urbe moderna, la complejidad de Barcelona, de Barcelona en especial? ¿Es que no hay un Paralelo, cuya significación –al par que viciosa– revolucionaria es bien conocida? ¿No sentimos una voz que nos dice que no seamos cándidos, que no nos dejemos llevar demasiado de las ilusiones? ¿Que a Barcelona le falta aún mucho para ser digna custodia del Señor?

No. No ignoramos nada de esto. ¿Cómo podremos olvi-

darlo los que, en Barcelona, hemos presenciado el estallido de todas las subversiones?

Pero, ¿es que el mal, por abundante que sea, no puede hallarse, un día, enfrente de una mayor abundancia, de la abundancia del bien?

Admitamos, por desgracia, que el mal, que aquel mal, subsiste. Pero, ¡Dios mío!, ¿y el bien?

¿Cómo puede ser el bien escaso en Barcelona, si acaba de producir una manifestación como ésta?

Nemo dat quod non habet. Todo efecto exige su causa proporcionada. Si una inmensa nube de humo sube al cielo, es que existe un volcán, siquiera escondido. De no haber nada, nada habría.

La manifestación exterior que acaba de verse en Barcelona, tan enorme, tan totalitaria: esta iluminación material, que ha llegado a los balcones de los hogares más humildes, de las barriadas más pobres, de las callejas en donde no cabe ni la vanidad porque no las mira sino Dios, no puede ser otra cosa que la expresión de algo que está muy adentro. ¡Muy adentro!

Lo han reconocido todos. Ya sabemos algo, en el año 1952, los ciudadanos del mundo, de lo que son las propagandas y las cosas hechas bajo el dictado oficial para engañarnos. A ninguna persona de buen sentido se le ha ocultado lo enorme, lo espontáneo de la manifestación de Barcelona. Y menos a nadie con un poco de sentido –ni hace falta aquí compartir ni nuestra fe ni nuestro entusiasmo– de realidad para captar algo del espíritu de lo que se ve y se palpa.

Entonces, ¿qué ha ocurrido? Sencillamente, aquello: que a una abundancia del mal se ha opuesto una mayor abundancia del bien.

Esta explosión, este «escándalo de gloria» a que se refería un prelado en su alocución, al demostrar una profundidad tal, es, en definitiva, el fruto de esta labor oculta, constante, perenne, que debemos a nuestro clero; a la labor oculta y, constante de tantas buenas almas que, a través de años y de vicisitudes, han mantenido el depósito de nuestra fe. Es la labor del sacerdote sacrificado, pobre: su trabajo diario en el confesionario, cerca del moribundo, en las obras de caridad. Es la labor extraordinaria de nuestro apostolado seglar. Es la tradición familiar, perpetuada ejemplarmente de padres a hijos.

Luego, para producir tales efectos, en esta misma ciudad donde se ha podido tocar otras veces la abundancia del mal, ¡hemos tenido santos! ¡Hemos debido tener muchos santos! Sí. ¡Qué duda cabe! Ésta es la labor del santo «Padre Claret», al proveer ansiosamente para las diócesis españolas, un siglo casi ha, los mejores pastores; ésta es la labor de los santos varones, de los Sardá y Salvany, verdaderas rocas contra todos los laicismos y todos los liberalismos, verdaderas antorchas de fe y de amor *ignis ardens*, como su contemporáneo el beato Pío X. Éste es el fruto, en fin, de nuestros mártires, en especial del santo obispo de Barcelona, doctor Irurita, cuya me-

moria y cuyo recuerdo ha revivido, ha brotado, providencialmente, durante estos grandes días.

¡ Hemos debido tener muchos santos!

Abundancia del mal. Abundancia del bien. Otras veces lo hemos comentado en las páginas de esta revista. Barcelona es una ciudad misteriosa. Porque en ella se odia más a Cristo que en otras partes. Pero, ahora sí, ¡ahora sí que vemos que, en cambio, se ama a Jesús, con más intensidad, con más fidelidad que en otras partes!

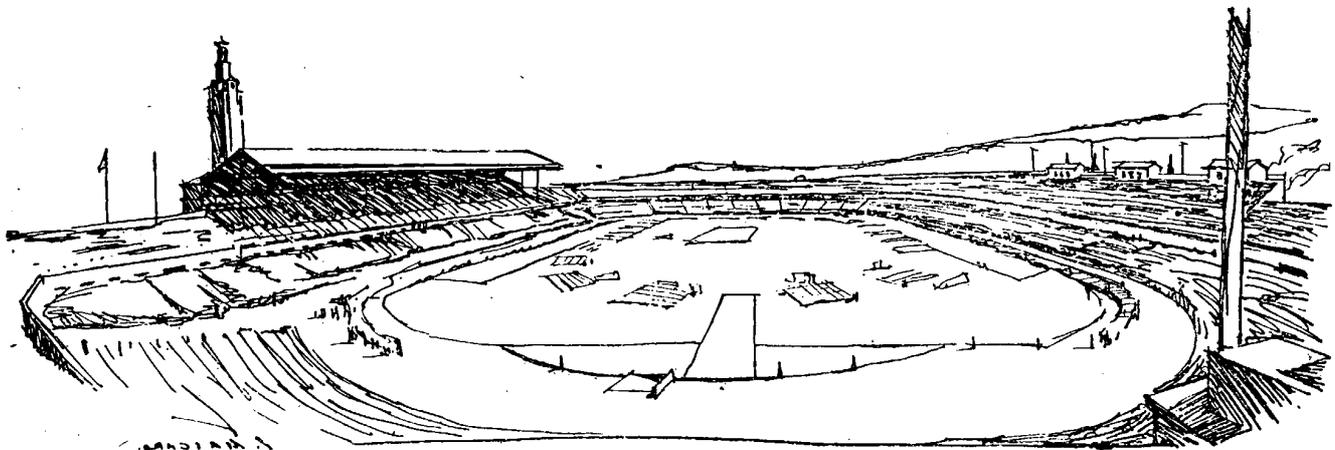
¿Acaso no hay motivo para sentirse entusiasmado al ver cómo en él divino tablero, en el gran campo de juego del mundo y de la historia, le hemos ganado tantos puntos a Satanás? Quizá el lector se sonría. Hace años, cuando nuestros padres vibraban de otro modo —tanto vibraban, que gracias a la herencia de su vibración hemos vibrado ahora nosotros—, un poco ingenuamente, pero con hartío heroísmo, en sus cantos desafiaban los «bramidos de Satán». ¿Es que Satán no debe bramar, ahora, ante el espectáculo que le ha dado Barcelona, a los tres lustros en que logró incendiar la totalidad absoluta, el cien por cien de nuestros templos?

Ya lo sabemos. Ya lo sabemos. No nos hemos de dormir sobre nuestros laureles. ¡Menguado sería aquel que creyese que ya hemos alcanzado el reinado del Sagrado Corazón! Pero, ¿no es legítimo, tras este Congreso, sonreír, engréfnos un momento en el colosal triunfo, y cantar el trágala a todas las potestades del Infierno, que no han podido, ¡no han podido!, con España?

Exultemos. Y preparémonos luego. Exultemos, porque no hemos de ser aves de mal agüero por sistema. Exultemos por el triunfo sobre todas las masonerías... y preparémonos para su contraofensiva. No por nuestro valer, sino por el que Cristo nos ha concedido, al hacer que,

soldados suyos, podamos habernos apuntado tal triunfo, por esta divina categoría, pues hemos de prepararnos a la embestida del Infierno. De momento, seguramente no pasará nada. Probablemente el diablo recurrirá —a veces también le falta fantasía— a la vieja leyenda negra y a la conspiración del silencio. No le faltará, por ahí, más de un periódico imbécil que le secunde. Pero ésta no la perdona. El homenaje total, absoluto, explosivo, de una ciudad entera, ante Jesús-Hostia y de parte de una ciudad moderna, enorme, donde precisamente creyó asentar sus reales, no lo olvidará. Preparémonos. Las armas realmente eficaces, las de un padre Claret, las de un Sardá y Salvany a que antes nos hemos referido, las de tantos humildes sacerdotes de barriada sacrificados y abnegados, las de tantas mujeres buenas y piadosas, han sido las del sobrenaturalismo y las de la humildad. Esto ha destrozado la causa de Satanás en Barcelona. Esto ha devuelto a Cataluña aquella típica religiosidad militante que la caracterizaba y que provocó su reacción viril que tuvo su mayor explosión en el Bruch. Aquella Cataluña viril y combativa, que tanto echamos de menos, abanderado español de las causas de Dios.

Conservar —Barcelona, se nos ha dicho, es una custodia— en esta custodia espiritual, todos nuestros valores en su integridad, todo este espíritu que acaba de hacer explosión por calles y plazas, es el objetivo futuro, porque salvando el alma, se supera todo. Arrimada al Papa, ésta será la contribución de Barcelona, de España, a la paz: proclamar constantemente con energía santa la realeza de Cristo, como acaba de hacerlo ante su Sacramento. Y empeño de todos los buenos, ha de ser conservar *íntegramente*, la sal bendita de esta tierra. Si esta sal no pierde su fuerza, estamos salvados.



En el estadio de Montjuïc se ordenaron 820 sacerdotes con ocasión del Congreso Eucarístico Internacional.

CONTRAPORTADA

El Corazón de Jesús en unas recientes palabras de Juan Pablo II

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. El mes de junio está marcado, de manera particular, por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Celebrar el Corazón de Jesús significa dirigirse hacia el centro íntimo de la Persona del Salvador, ese centro que la Biblia identifica precisamente en su Corazón, sede del amor que redimió al mundo.

Si el corazón humano representa un insondable misterio que sólo Dios conoce, ¡cuánto más sublime es el Corazón de Jesús, en el que late la vida misma del Verbo! En él, como sugieren haciendo eco de las Escrituras las bellas letanías del Sagrado Corazón, se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, y toda la plenitud de la divinidad.

Para salvar al hombre, víctima de su propia desobediencia, Dios ha querido darle un «corazón nuevo», fiel a su voluntad de amor (Cf. Jeremías 31, 33; Ezequiel 36, 26; Salmo 50, 12). Este corazón es el Corazón de Cristo, la obra maestra del Espíritu Santo, que comenzó a latir en el seno virginal de María y fue traspasado por la lanza en la Cruz, convirtiéndose así para todos en manantial inagotable de vida eterna. Ese Corazón es ahora prenda de esperanza para todo hombre.

2. ¡Qué necesario es para la humanidad contemporánea el mensaje que brota de la contemplación del Corazón de Cristo! ¿Dónde, si no en ese manantial, podrá obtener las reservas de humildad y de perdón necesarias para sanar los ásperos conflictos que la ensangrientan?

Al Corazón misericordioso de Jesús quisiera confiar hoy, de manera particular, a cuantos viven en Tierra Santa: judíos, cristianos, musulmanes. Ese Corazón que, colmado de oprobios, no nutrió nunca sentimientos de odio y de venganza, sino que pidió perdón por sus asesinatos, ese Corazón indica el único camino para salir de la espiral de la violencia: el camino de la pacificación de los espíritus, de la comprensión recíproca y de la reconciliación.

3. Junto al Corazón misericordioso de Cristo, veneramos el Corazón Inmaculado de María Santísima, mediadora de gracia y de salvación.

A Ella nos dirigimos con confianza para implorar la misericordia y la paz para la Iglesia y el mundo entero.

(Angelus del 22 de junio de 2002)